



DESTINO

MERCHE DIOLCH

Copyright

EDICIONES KIWI, 2016
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, septiembre 2016
© 2016 Merche Diolch
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: iStock
© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Glosario de Nombres](#)

Agradecimientos

*Para mi familia
sin ellos nada de esto sería posible.*

No soy un aventurero por elección, sino por el destino.

Vincent Van Gogh

La Elegancia pretendió cuerpo y vida,
de ahí que se transformó en gato.

Guillermo de Aquitania

Prólogo

Año 2070

Se encontraban en la habitación central de la cabaña de los Ancianos. Rodeados de velas esparcidas por pequeños rincones, en un intento de facilitar la visión de Ninox y no impedir la de los otros comensales. Habían pasado ya más de dos semanas desde la llegada de los hermanos a Nueva Esparta y ahora estaban decidiendo, junto al resto de los neoespartanos, cómo llevar a cabo su plan contra Hyaena.

De pronto, el sonido de un teléfono retumbó por la estancia y todas las miradas se centraron en el jefe de seguridad de la familia Rapax.

—Falco, es el tuyo —dijo Caetus.

—¿Qué dices?! —preguntó con burla—. Cómo va a haber cobertura aquí, si estamos perdidos en la nada.

Su amigo miró a Séneca con una gran sonrisa.

—Díselo a él —le señaló.

—Hemos estado incomunicados estos días por las tormentas, pero ya podemos recibir llamadas aunque no imágenes —indicó el Anciano mientras el teléfono sonaba, repitiéndose una y otra vez una antigua melodía—. Hace tiempo, *hackeamos* uno de los satélites de tu familia, lo que nos permite tener comunicaciones con el exterior.

Falco miró la pantalla del reloj, donde aparecía el nombre de quien llamaba y que no pertenecía al cuerpo de seguridad de la familia Rapax, ya que estos habrían utilizado el dispositivo intracraneal para comunicarse con él, al ser más directo.

—Ninox, es Feles —anunció.

—¿Feles? —repitió su hermana, recibiendo como contestación un movimiento afirmativo, mientras pulsaba el botón del reloj para comunicarse con ella y se lo acercaba a la oreja, ya que sin imágenes debía usar el método tradicional.

—¡Feles! —la saludó.

—Falco... —La voz de la mujer se escuchó por la habitación.

—¿A que no sabes quién dice que se nos casa? —preguntó, pero no esperó respuesta—. La pequeña Ninox. Mi hermana ha encontrado a alguien al que martirizar —le guiñó un ojo a Gabriel—, y dice...

—¡Chrys! —le gritó, acallando su diatriba.

Hacía mucho que Feles no utilizaba ese nombre para dirigirse a él.

El silencio se asentó al otro lado de la línea.

—¿Estás bien, Feles? —El tono de preocupación atrajo la atención de los que le rodeaban.

La tensión se reflejó en el rostro de Ninox, al percatarse de que algo no iba bien.

Falco estaba atento al sonido del otro lado de la línea. Su afilado sentido sensorial, conseguido gracias a su operación genética, le avisaba de que Feles no estaba sola.

El suave deslizamiento de la hoja de un cuchillo al rozar el cuello de la mujer le llegó con claridad. Un sordo sollozo acompañó a ese ruido, consiguiendo que sus dedos se encresparan alrededor del reloj al presentir qué era lo que le sucedía.

—Falco... —La voz de un hombre le llegó sin distorsión.

—¿Qué le has hecho? —preguntó, remarcando el odio que sintió al reconocerle.

Una carcajada aterradora resonó en la sala.

—Todavía nada —anunció.

—Cómo... —La impotencia se reflejó en el rostro y la voz de Falco.

—¿Qué harás? —interrogó, sin dejar terminar la amenaza de su interlocutor, y volvió a reírse.

—Hijo de puta.

—Chrys... —Feles le llamó con un débil susurro.

Los dedos que agarraban el reloj estaban cada vez más blancos.

—No la toques, porque si no...

—Si no qué, sobrino.

El pitido continuo de la línea telefónica le informó de que la conversación había acabado. Miró el aparato sin comprender y dejó que sus negros ojos se posaran por el rostro del resto de ocupantes de la sala, hasta que se detuvo en el de su hermana.

—Chrys... —La voz débil de Ninox le devolvió a la realidad—. ¿Qué sucede?

El hombre expulsó el aire que retenía sin darse cuenta y se pasó una de sus manos por el cabello moreno.

—Hyaena tiene a Feles.

Capítulo 1

—¡Voy con vosotros! —gritó Ninox. Se paró delante de algunos de los hombres que transportaban cajas de alimentos, sacos y útiles necesarios para usar en alta mar, impidiéndoles que siguieran trabajando. Vestida con ropa de abrigo, ya que el frío había regresado hacía unos días, y con las gafas que le permitían vislumbrar algo de lo que le rodeaba, en su rostro mostraba la determinación de sus palabras.

Falco se apartó el cabello negro de la cara, suspiró y se enfrentó a su hermana.

—Tienes que quedarte en Nueva Esparta —indicó mientras sus ojos se fijaban en el hombre que había detrás de ella—. Gabriel tampoco viene.

—Pero...

—Ninox, ya lo hemos hablado. —El mencionado posó la mano sobre su hombro y asintió mirando a su futuro cuñado—. Falco viajará hasta Nueva York Twin y nosotros le esperaremos aquí.

Ella los observó y dejó que sus brazos cayeran sin fuerzas a lo largo de su cuerpo.

—Se trata de Feles.

Gabriel abrazó a la mujer que le había robado el corazón y le dio un beso en la mejilla.

Falco miró a la pareja y se reafirmó en su decisión: ellos debían quedarse en Nueva Esparta.

Dejó que sus negros ojos recorrieran todo lo que les rodeaba. Observó el bosque próximo a la aldea, situada en la montaña, lejos del puerto donde se encontraban en esos instantes. Escuchó con claridad el relincho de los caballos, gracias al viento que se había levantado hacía unas horas, acompañado de los trinos de las aves que poblaban esa región. Animales que creía extintos hasta que recayó en esa tierra de leyendas, descubriendo lo equivocado que estaba.

Las enseñanzas que le habían inculcado desde niño habían desaparecido cual espejismo.

Llegó hasta allí en busca de su hermana pequeña, raptada por aquellos que creía enemigos, los neoespartanos.

Nueva Esparta formaba parte de lo que se había calificado como la Resistencia. Terroristas que buscaban atentar contra el estado de Nueva América, contra las normas implantadas por los haddasus. Un sistema que lideraba Hyaena, su tío, y que se había deteriorado desde la muerte de su padre.

Su sorpresa fue enorme cuando descubrió que el enemigo no era Gabriel, el neoespartano que había secuestrado a Ninox y que con su acción solo había buscado alejarla del verdadero peligro, de Isatis.

Los acontecimientos que vivieron les revelaron que el secretario de Hyaena estaba obsesionado con Ninox. Sin experiencia ninguna y armado solo con su perfeccionado olfato, salió a la mar en busca de su amada. Las tormentas le sorprendieron y Falco terminó rescatándole.

Todavía a día de hoy, el jefe de seguridad de la familia Rapax se reprochaba no haberse dado cuenta antes de lo que pretendía ese lobo con piel de cordero. Si no hubiera sido por Gabriel...

Miró al hombre que susurraba palabras tranquilizadoras a su hermana en ese momento, y sonrió al recordar su primer encontronazo. Las ganas de matarle nada más conocerle se apoderaron de él y ahora, cuando observaba lo enamorado que está de Ninox y cómo la cuida, se alegraba de no haberlo hecho.

Gabriel secuestró a Ninox, por órdenes de los Ancianos, y le robó el corazón a la haddasu.

Si no hubiera sido por la llamada de Feles, todo habría terminado como los cuentos infantiles, con un «...y comieron perdices». Pero la realidad esconde la crudeza de la vida.

Observó el devenir de los neoespartanos, agricultores o ganaderos, oficios que ya creía extintos hasta la llegada a esa tierra. Saludó a uno de ellos que, cargado con un par de bidones de

agua dulce, pasaba por su lado en dirección al barco que preparaban para regresar a la capital de Nueva América.

Diez días...

Mucho tiempo...

Apenas había descansado desde que había respondido a la llamada telefónica de Feles.

A una orden de Séneca, miembro del consejo de Ancianos que coordinaba la vida de Nueva Esparta, además de las misiones de exploración del resto del mundo, los bellatores se pusieron en marcha tras escuchar el sonido del teléfono inerte cuando Hyaena colgó la llamada.

Había que equipar un barco para regresar a Nueva York Twin.

La misión: rescatar a Feles de las garras de Hyaena.

Los días estaban siendo una agonía para Falco. Las horas se le pasaban con demasiada lentitud y las noches eran un infierno. Las pesadillas se sucedían en su subconsciente, sueños en los que encontraba a Feles sin vida porque no había llegado a tiempo para salvarla, despertándose de improviso cuando oía su voz llamándole...

«—*Chrys...*»

Cuántas veces había deseado que Feles le llamara por su verdadero nombre, como antaño, cuando compartían intimidad, y que no utilizara el nombre de Falco como fría defensa hacia él, hacia todo lo que habían compartido...

—Falco, Séneca te necesita. —La voz de Caetus le alejó de esos negros pensamientos.

Observó cómo el recién llegado saludaba a Gabriel con una palmada en la espalda y le daba un beso a Ninox en la mejilla. Todavía recordaba cómo se sintió al descubrir que su amigo formaba parte de la Resistencia desde hacía bastante tiempo y aunque al principio creyó que su «hermano» le había traicionado, cuando se le reveló la verdad de Nueva Esparta, los tejemanejes de su tío para mantener su *status* en Nueva América y la posible relación de Hyaena con la muerte de su padre, comprendió que en realidad Caetus no era un traidor sino un haddasu que buscaba la verdad.

—Caetus, dile al cabezón de mi hermano que me deje ir con vosotros —Ninox le suplicó.

El hombre de piel oscura miró a los dos hermanos, y posó sus ojos en Gabriel quien encogió los hombros en un gesto de resignación.

—Ninox, ya lo hemos hablado. Te necesitamos aquí, en Nueva Esparta.

Ella se cruzó de brazos y se alejó de las caricias de su futuro marido.

—Creo que seré de más utilidad en Nueva York Twin.

Falco agarró las manos a su hermana y la acercó hasta él.

—Séneca quiere que te quedes —indicó mientras le acariciaba la mejilla—. Necesitamos que ejercites ese poder que escondes aquí. —Le dio con cariño en la cabeza—. Cuando regresemos tenemos que saber cuántos territorios habitados hay para realizar expediciones, descubrir si hay más tierra seca aparte de Nueva Esparta o averiguar cómo subsisten el resto de los habitantes de este planeta donde el agua lo invade casi todo.

Ninox dejó sus ojos fijos en los negros de su hermano.

—Chrys, prométeme que salvarás a Feles.

Falco acarició su mejilla y asintió con la cabeza.

—Te lo juro.

El silencio envolvió a los cuatro amigos ante la solemnidad de la promesa.

—Caetus, te necesitamos. —El requerimiento de uno de los neoespartanos rompió lo que estaban compartiendo.

El joven indicó con sus dedos que esperaran dos segundos y comentó:

—Ninox, todo saldrá bien. —Ella asintió mientras regresaba a los brazos de Gabriel—. Falco, Séneca te necesita.

El mencionado dio un beso a su hermana y miró a su futuro cuñado.

—Cuida de ella —le dijo.

—Con mi vida —aseveró el hombre.

—Caetus, tú...

—Supervisaré los preparativos que quedan del barco mientras vas a la aldea.

Falco movió la cabeza afirmativamente ante las explicaciones de su amigo y observó la profundidad del océano.

—Debemos irnos ya.

—Partiréis esta noche —anunció Séneca.

Desde la llegada del jefe de seguridad de la familia Rapax a Nueva Esparta, el Anciano había envejecido a gran velocidad. Era como si en esos diez días, desde la llamada de Feles, los años se materializaran en su cuerpo mostrando el cansancio que llevaba arrastrando desde hacía bastante tiempo. Vestido únicamente con una túnica blanca, del mismo tono que su larga barba y su cabello, soportaba estoicamente el frío que traía la nueva estación del año.

Estaban en la cabaña donde el consejo de Ancianos se reunía cada vez que querían tratar un tema importante. Sin ninguna compañía más que el viento que entraba con libertad a través de las ventanas, los dos hombres observaban el devenir de la aldea. Una situación muy diferente a la primera vez que llegó Falco a esa tierra, atado para evitar cualquier intento de fuga o lucha. Custodiado por dos bellatores, fue llevado ante la presencia del consejo, ante Séneca.

—¿Por qué esta noche? ¿Por qué no ahora? —le interrogó de forma brusca mientras recorría la estancia a grandes zancadas.

Séneca se giró y observó al hijo de Accipiter. Entendía que estuviera nervioso. Sabía que aunque la relación entre Feles y Falco era complicada, los sentimientos que ambos compartían eran muy poderosos. El desaparecido jefe del clan Rapax, su querido amigo, siempre terminaba contándole en sus encuentros algunas de las últimas ocurrencias de la pareja, sus discusiones o sus reconciliaciones cuando los mencionaba:

«—*Esos dos me acarrearán más problemas que alegrías.*»

Él sonreía ante sus palabras, tras las que acababan riéndose y pensando en los futuros nietos que tendría Accipiter porque una cosa tenía clara el padre de Falco, y es que a pesar de los desencuentros de la pareja, esos dos acabarían juntos.

«¡Ojalá no te equivoques, amigo! —pensó el Anciano.»

—¿Has avisado a tu gente? —preguntó de pronto alejando los tristes recuerdos. Echaba en falta a los padres Ninox y Falco.

El jefe de seguridad de los Rapax detuvo su caminar y observó a Séneca.

—El mismo día en que Feles... Hyaena me llamó. —Séneca asintió—. Hawk ya está buscando a ese malnacido.

El Anciano afirmó de nuevo con la cabeza.

—¿Y tenemos alguna noticia?

El joven negó al mismo tiempo que propinaba un puñetazo a la pared que tenía más cerca de la cabaña.

—Nada. A pesar de que mis hombres cuentan con la ayuda de Talpid, el encargado del albergue de Nueva Esperanza, todavía no han descubierto nada.

—Sí, lo conozco.

Falco no se sorprendió de las palabras de Séneca. Desde que había llegado a Nueva Esparta,

el Anciano le había contado anécdotas de sus padres o habían debatido sobre las normativas que el Gregem, bajo los dictados de Hyaena, había implantado alejándose mucho de la estructura heredada a la muerte de Accipiter. Era un gran conocedor del sistema político y estructural de Nueva América, y de todo lo que rodeaba a su familia.

Era un importante aliado para la lucha.

—Tengo a toda la guardia Rapax removiendo cielo y tierra para encontrarla.

—¿Confías en ellos?

Falco enfrentó su mirada, tensando la mandíbula.

—Me son leales.

El Anciano se rio y levantó las manos en son de paz.

—No lo dudo. —Él asintió—. Marcharéis esta noche...

—¿Por qué esta noche y no ahora? —insistió sin dejarle acabar.

Séneca se giró y miró a través de la ventana.

—La temporada de tormentas ha cesado en esta zona, y a partir de esta noche podréis guiaros con la luz de las estrellas.

El jefe de seguridad de los Rapax asintió conforme con la respuesta.

—De acuerdo. Tú conoces mejor la zona. Iré a avisar a Caetus.

—Falco... —le llamó deteniéndole.

El joven le miró impaciente. Necesitaba terminar de preparar el barco para así ponerse en camino esa misma noche. No quería que por un inconveniente de última hora tuvieran que postergar otro día más el viaje.

—¿Sí?

—Ninox y Gabriel se quedarán aquí.

—Lo sé. Ya lo hemos hablado y mi hermana, aunque reticente, lo asume.

—La necesitamos para que nuestros planes lleguen a buen puerto —añadió—. Sin ella nada tendrá sentido.

Falco asintió.

—¿Seguro que podrá descubrir nuevas tierras? —Todavía dudaba de que su hermanita guardara tanto poder en su cabeza y que su ceguera fuera la herramienta que tenía su cuerpo para proteger ese don de las operaciones a las que se había sometido.

—Es nuestra brújula —aseveró.

El joven volvió a afirmar con la cabeza.

—Cuidadla —ordenó.

Séneca sonrió.

—Tranquilo. La cuidaremos como el gran tesoro que es.

Capítulo 2

La noche se había asentado sobre Nueva Esparta, las estrellas ocupaban su lugar en el negro firmamento y la estrella polar brillaba señalando el camino correcto a seguir por los navegantes, muy diferente a la ruta que indicaba a los antepasados marinos debido al cambio climático y al movimiento de los territorios.

Todo había cambiado y todo seguía un ritmo diferente.

El barco estaba listo.

De tamaño medio, de un color azulado en su mayor parte, la proa acababa en una punta afilada. Las velas estaban guardadas en un compartimento, debajo de la cubierta, a la espera de que fuera necesario su despliegue. Equipado con ocho literas en los camarotes principales, además de algún camastro repartido por la sala de máquinas, y una bodega donde se guardaba todo lo necesario para la expedición, resaltaba por dos elementos importantes: la parte del casco del barco que se encontraba por debajo de la línea de flotación, justo en la zona de la sala que utilizaban como salón-comedor, estaba construida de un material transparente, resistente a la presión del agua, que permitía observar la profundidad de los mares. Y el otro elemento que hacía especial el barco era que podía sumergirse, transformándose en un submarino, si la tripulación lo consideraba necesario.

Como combustible utilizaba agua dulce o la fuerza del viento, al igual que los usados en Nueva América, pero además a este se le añadía la instalación de una serie de paneles solares en la cubierta, resistentes al agua salada del mar por si se sumergía, que permitía que los motores adquirieran mayor velocidad utilizando esta fuerza de la naturaleza.

La mayoría de los neoespartanos se habían reunido en el puerto para despedir a la expedición, vestidos con sus mejores ropas de abrigo, ya que una ola de frío había terminado de asentarse por la zona. A la cabeza de ellos se encontraba Séneca, controlando que todo estuviera preparado y, a su lado, Gabriel y Ninox pendientes del trajín de aquellos que se disponían para el viaje.

Dentro de la nave ya se hallaba Rafael. Se había ofrecido como voluntario para ese viaje, sorprendiendo a sus compañeros y amigos ya que no formaba parte del cuerpo de los bellatores. A pesar de las primeras reticencias por parte del Consejo de Ancianos, y principalmente por Séneca, ya que era un miembro importante de la comunidad de Nueva Esparta, dentro de la educación de los niños y controlando o cuidando el crecimiento de las plantas que se cultivaban en los invernaderos, tras una conversación privada, al final cedieron a sus deseos. Formaría parte de esa expedición que tenía como objetivo salvar a Feles y acabar con Hyaena.

Nada más llegar al puerto, portando una vieja mochila donde llevaba sus enseres, se despidió de Ninox con un beso en la mejilla y con un fuerte apretón de manos de Gabriel, para desaparecer inmediatamente por el interior del barco.

Le acompañaba Pandora, otra de las sorpresas de la expedición. También se había ofrecido como voluntaria, provocando un fervor rechazo por parte de Gabriel. Este había jurado a los padres de la chica que la cuidaría como un hermano tras su muerte, y no quería que pusiera en peligro su vida. La inexperiencia y el cariño influyeron en la oposición del hombre, y si Ninox no estuviera segura del amor que le profesaba, podría haberse sentido celosa, pero hasta ella misma sentía que la joven no debía acudir.

Los Ancianos tardaron en decidirse en esta ocasión.

Pandora era muy joven y su poca experiencia por no decir nula en estos menesteres hacía que la balanza se decantara hacia una posición negativa ante su solicitud.

Gabriel, tras su petición, mantuvo una reveladora conversación con Pandora que le hizo cambiar de opinión e incluso logró que la ayudara a convencer al Consejo para que la dejaran

acudir.

—¿Por qué quieres ir? —la interrogó en cuanto salieron de la cabaña del Consejo.

Había salido detrás de ella, movido por la preocupación, y se encontraban solos en mitad de la aldea.

Pandora detuvo su caminar y se enfrentó al hombre que amaba.

—¡A ti qué te importa! —Agarró su trenza morena en un tic nervioso.

—Pandora... No nos hagas esto.

Desde la llegada de Ninox a Nueva Esparta, con la consiguiente evolución sentimental de los dos, Pandora se había sentido apartada del corazón de Gabriel. Observando cómo sus sentimientos hacia el neoespartano no eran correspondidos.

Pandora bufó y dejó que sus brazos cayeran sin fuerzas a lo largo de su cuerpo.

—Necesito marcharme de aquí. Alejarme por un tiempo.

En sus palabras había mucho más de lo que a primera vista parecía.

Gabriel observó su rostro, el rostro que había visto crecer, pasar de niña a mujer sin que él se hubiera dado cuenta. La fuerza de su mirada, tan presente en los iris negros, y la tristeza que trataba de esconder pero que era casi imposible para alguien que la conocía tan bien.

Le había explicado que jamás podría verla de otra forma que como una hermana, y aunque al principio Pandora pensó que le mentía o que podría hacerle cambiar de opinión, con el paso del tiempo la realidad se había impuesto.

Gabriel creyó que lo había asumido bien, pero al observar esa mirada se dio cuenta que estaba equivocado.

—Es peligroso.

Pandora asintió con la cabeza.

—Sé que no será un camino de rosas —confirmó—. Pero en algún momento tendré que realizar mi primer viaje.

Este suspiró.

—Hablaré con Séneca. —Pandora sonrió ante sus palabras y le dio un beso en la mejilla—. Pero prométeme que tendrás cuidado.

Ella asintió.

—Lo haré.

Tras esa promesa, Gabriel se reunió con los Ancianos y los convenció para que permitieran a Pandora formar parte de la expedición que tenía como objetivo rescatar a Feles.

En el puerto la joven se despidió nerviosa de Ninox y Gabriel, y entró detrás de Rafael en el barco.

—Cuidaré de ella —anunció Etien en cuanto la vio desaparecer por el interior de la nave.

Gabriel observó a su amiga embutida en un enorme abrigo que abultaba más que ella y la abrazó.

—Trata de regresar sana y salva tú también, niña —le susurró al oído.

Ninox acarició el brazo de su amiga mientras recordaba el poco tiempo que había pasado desde que la había conocido. Pocos días en los que la pelirroja se le había enredado en el corazón hasta convertirse en alguien especial en su vida. Sintió cómo una lágrima se deslizaba por su nivea mejilla que después hizo desaparecer Etien con la mano.

—No estés triste —le dijo.

Ninox mostró una sonrisa forzada y le dio un beso en la mejilla.

—Regresa...

Ella asintió y ante el temor de ponerse a llorar junto a su amiga, se despidió con rapidez.

Gabriel atrajo a Ninox hasta su cuerpo y apoyó la barbilla sobre su rubio cabello.

—Estarán bien.

Solo pudo asentir muda. No sabía bien la razón, pero un mal presentimiento nacía poco a poco en su interior.

—Estaremos bien —repitió Caetus, quien acababa despedirse de Séneca.

Ninox miró al hombre que quería como a un hermano. Habían compartido muchos años de juegos cuando eran niños y de confidencias cuando se hicieron mayores. Su atractivo rostro estaba envuelto en un halo de misterio y tristeza debido a las experiencias vividas desde que era muy joven, con la desaparición de su madre y por todo lo que rodeaba a su padre... a Hyaena.

Sabía que aunque odiaba a su progenitor por lo descubierto en relación con su propio nacimiento y con posterioridad por los tejemanajes del jefe del clan de los Rapax, Ninox conocía muy bien a su amigo y podía decir sin error a equivocarse que esta expedición le estaba pasando factura.

—Caetus... —Levantó la mano para acariciar su rostro, pero el hombre la detuvo a mitad de camino. Observó sus dedos entrelazados donde la piel de cada uno contrastaba con la del otro y sintió un leve apretón por su parte transmitiéndole sin palabras los sentimientos encontrados que tenía en su interior.

—No te preocupes. Estaremos bien —prometió imprimiendo fuerza en sus palabras. Ninox asintió y le dio un beso en la mejilla—. Cuida de ellas —rogó a su amigo quien asintió con un leve cabeceo de cabeza.

—Lo haré. —Se estrecharon las manos—. ¿Hay noticias de Nueva York Twin?

Desde que se había producido la llamada de teléfono de Feles, descubriendo lo que había llevado a cabo Hyaena, era poca la información que les llegaba.

—Se lo estaba contando a Séneca en este momento. —La voz de Falco los envolvió.

Ninox observó esperanzada a su hermano, cómo se despedía del Anciano con un gran abrazo y se aproximaba hasta ellos. Irradiaba energía, autoridad y cierta preocupación que intentaba ocultar a los demás desde la llamada de teléfono, pero ella le conocía muy bien. Vestido con un jersey de lana gruesa y unos vaqueros negros, llevaba en una de sus manos una bolsa de viaje que dejó en el suelo de madera en cuanto se detuvo delante de ellos. Estaba distinto...

—Chrys, tu pelo...

El jefe de seguridad de la familia Rapax se había deshecho de su negra melena, sin perder un ápice de su atractivo, pero provocando que los rasgos de su cara se endurecieran.

El hombre guiñó un ojo a su hermana.

—Necesitaba un cambio de look. —Su mano se posó sobre el cabello y sus miradas se enredaron.

Ninox sabía que ese corte de pelo significaba mucho más de lo que quería mostrar a primera vista.

—Falco, ¿decías que había noticias? —preguntó Gabriel devolviendo a los dos hermanos al presente.

—Sí. —Tosió—. Acabo de hablar con Hawk y parece que tienen una pista de dónde pueden tener retenida a Feles.

Ninox emitió un suspiro de alivio y sintió cómo su prometido la abrazaba por detrás.

—¿Está bien?

Falco posó la mano sobre la mejilla de su hermana.

—No sabemos nada más...

—Pero ya es algo —añadió Caetus atrayendo la atención del grupo.

Ninox asintió con poca convicción.

—Sí, pero...

—La rescataremos —Falco prometió con solemnidad.

Capítulo 3

El barco se puso en movimiento en cuanto los últimos pasajeros subieron a bordo.

Rafe junto a Caetus se posicionaron en la cubierta y, tras estudiar las cartas de navegación, tomaron rumbo a la capital de Nueva América.

Etien, tras dejar a Pandora en los camarotes, decidió bajar a la cocina y revisar una vez más la despensa donde habían colocado los víveres que iban a necesitar para el viaje.

Falco descendió hasta la sala de máquinas donde entabló conversación con el jefe de máquinas, asegurándose de que todo estaba en perfecto orden. Saludó uno a uno a los neoespartanos que allí se encontraban y que se habían ofrecido como voluntarios para esa misión, a pesar de que todos sabían que iba a ser la más peligrosa de las que se habían enfrentado.

El primer oficial le ofreció informes del estado de los motores y determinaron cómo se llevarían a cabo los distintos descansos que se iba a tomar la tripulación. Necesitaban que no llegaran cansados porque la mayoría de los allí presentes ayudarían al cuerpo de seguridad de los Rapax, a las órdenes de Falco, para salvar a Feles y capturar a Hyaena.

Tras confirmar que todo estuviera en perfecto estado, decidió subir al puente de mando, no sin antes detenerse en la enorme sala que haría las funciones de comedor común, donde el transparente suelo permitía ver la profundidad del océano.

Observó cómo el suelo marino, inmune a la velocidad de la nave, formaba un paisaje misterioso por donde los distintos animales acuáticos circulaban con libertad y fue en ese momento cuando un recuerdo se materializó en su cabeza.

ACUARIO NACIONAL DE NUEVA AMÉRICA CONSTRUIDO POR LA FAMILIA RAPAX AÑO 2045

Falco observó la placa situada por encima de su cabeza y descendió su mirada hasta el gran cristal transparente que permitía ver sin problemas la profundidad del líquido azul que rodeaba la ciudad de Nueva York Twin.

Las voces de los haddasus reunidos para la inauguración del acuario le llegaban desde la lejanía, resaltando la de su padre y líder de Nueva América por encima de todas ellas.

Se había escabullido sin que los adultos se percataran de ello con intención de alejarse de una nueva inauguración donde la familia de Accipiter tenía la obligación de acudir. Su madre, antes de asistir al evento, le había leído la cartilla casi suplicándole que se comportara como correspondía al hijo del jefe del clan Rapax, y tras arrancarle una promesa a media voz, con los dedos cruzados a la espalda, hacerle llevar un pantalón de vestir y una camisa blanca que se alejaba mucho de su estilo, se había sido portado tan bien como se esperaba de él, hasta que había comenzado el discurso.

Miró a ambos lados, confirmando que los haddasus allí reunidos no le controlaban. Melli, su madre, tenía en brazos a su hermana Ninox, mientras su mirada estaba fija en la de su marido y los miembros de la guardia de seguridad estaban alerta por si algún inconveniente podía surgir, más pendientes de los invitados que de un niño que se alejaba de ellos hasta llegar a la sala en la que se encontraba en ese momento.

La cristalera del acuario que se encontraba enfrente de él le atrajo. Observó la enormidad del océano azul, un espacio que aún hoy les era desconocido, y la silueta de algunos de los edificios que se encontraban debajo de la actual ciudad de Nueva York.

—No debemos olvidar nuestro pasado... —recitó en voz alta.

Eran las palabras que repetía una y otra vez su abuelo y ahora su padre. Un lema que había pasado de padres a hijos, y que se reflejaba en la construcción de ese acuario donde todos los habitantes de Nueva América podrían recordar lo que una vez fueron, con la esperanza de que cuando las aguas se retirasen pudieran volver a ser.

Construido a muchos metros de profundidad, la única manera de llegar hasta él era a través de un ascensor que circulaba por un hueco utilizando la fuerza del agua que corría por el interior de ese espacio. El descenso se producía a gran velocidad, pero sin que los ocupantes del cubículo lo notaran, acompañados de las explicaciones que retransmitía una voz metálica que salía por los altavoces mientras en las paredes del elevador se proyectaban las imágenes de cómo había sido la construcción del gran «Acuario». Un acuario donde en realidad los animales marinos nadaban con libertad mientras los haddasus observaban desde el interior de un enorme habitáculo, compuesto por distintas salas donde se podía pasear, descansar o disfrutar de las vistas con tranquilidad, e incluso almorzar mientras se disfrutaba del paisaje, ya que se había construido un moderno restaurante que dirigía uno de los chefs más reconocidos de Nueva América.

La arena del fondo marino se levantó de improviso atrayendo su atención. Dejó la mirada fija donde el polvo se arremolinaba y observó cómo una enorme raya manta nadaba hacia uno de los viejos edificios de la ciudad.

—¿Crees que comerán haddasus? —La voz infantil le sorprendió.

Falco buscó a la persona que le había realizado esa pregunta y se encontró cerca de él a una niña pequeña, cuyo rostro estaba adornado por una multitud de negros rizos brillantes, que llevaba un vestido de tul blanco con numerosos volantes.

—¿Quién?

La pequeña señaló los peces que nadaban detrás del cristal.

—Esos que parecen mantas.

—No. —Escuchó cómo expulsaba el aire mientras acercaba su dedo índice al cristal con intención de golpearlo.

—¡Feles! —Una joven apareció de improviso nada más torcer la esquina de la sala.

La niña saltó al oír su nombre y comenzó a retroceder sobre sus pasos, hasta esconderse detrás de Falco.

—Feles, te he estado buscando.

—¿Sucede algo, Chrys? —Melli se situó cerca de los chicos y observó con curiosidad a la pequeña que agarraba el brazo de su hijo, usándole de escudo.

La joven que llamaba a la niña, la asió de un brazo y tiró de ella.

—Tu padre nos estará esperando —indicó de malos modos.

—No quiero irme.

Falco miró a su madre, observó cómo los negros ojos de la pequeña le suplicaban y tomó una decisión. Se colocó entre la niña y la que supuso sería la niñera, y le ordenó:

—¡Suéltela!

—¡Chrys! —le recriminó su madre.

La joven fue a contestar al niño cuando la voz autoritaria de Accipiter resonó en la sala.

—¿Qué sucede aquí?

La niña se escondió aún más detrás de Falco mientras este enfrentaba su mirada a la de su padre.

—Nada —contestó su esposa al mismo tiempo que cambiaba de brazo, con el que sostenía a la pequeña Ninox, que quería bajar al suelo para jugar con su hermano.

El jefe de la familia Rapax se aproximó hasta ellos.

—¿Falco?

El chico, lejos de amilanarse, se estiró y buscó los ojos azules de su padre.

—Esta mujer quiere llevarse a la niña sin su consentimiento. —Señaló a la pareja.

—Chrys, tiene que haber una explicación —añadió su madre.

Accipiter se cruzó de brazos y miró a la desconocida.

—¡Explíquese! —le ordenó.

La joven que había reconocido al recién llegado se puso nerviosa.

—Señor, soy la niñera de esta niña. —Señaló a la pequeña que seguía escondida detrás de Falco—. Su padre nos espera.

El jefe de los Rapax miró a la niña y se agachó hasta que sus ojos estuvieron a la misma altura que los infantiles.

—Hola, preciosa.

—Hola —le saludó con timidez.

—¿Es verdad lo que dice esta mujer? —Asintió muda—. ¿Y por qué no quieres irte con ella?

La niña observó cohibida a Falco para devolver la atención a su padre.

—Porque acabo de conocer a quién será mi marido y no quiero que desaparezca.

La risa de Accipiter junto a la de su mujer retumbó por la sala. Falco miró asombrado a la pequeña, quien tenía fijos sus ojos en su rostro y le regalaba una enorme sonrisa.

Melli acarició el cabello de la pequeña y le dio un dulce beso en la mejilla.

—Seguro que volverás a encontrarle.

La niña miró a la mujer esperanzada.

—¿Me lo promete?

Ella afirmó con la cabeza e hizo la señal de la cruz sobre su corazón.

—Te lo prometo.

Capítulo 4

—Si todo va como hasta ahora, llegaremos a Isla Babel en tres días —anunció Caetus sentado detrás del cuadro de mandos.

Falco asintió.

—Ya he avisado a Adipem.

—¿El viejo encargado del bar de la isla? —Rafe interrogó sorprendido.

Falco se aproximó hasta unas de las cristaleras que formaban parte del puente y dejó que sus dedos se deslizaran por su corta cabellera. Echaba en falta su coleta.

—Sí, el mismo —respondió—. Hace años fue un gran amigo de mis padres y en cuanto se ha enterado de que la desaparición de Feles era cosa de mi tío, no ha dudado en ayudarnos.

Caetus movió la cabeza afirmativamente.

—A pesar de estar apartado de la civilización y de seguir sus propias normas, es un buen hombre.

El silencio se posó entre los tres por unos segundos, cada uno lidiando con sus propios demonios.

—¿Está todo bien en el barco? —preguntó el neoespartano atrayendo de nuevo al presente a sus compañeros.

—Sí, en la sala de máquinas todo correcto —confirmó.

—¿Y las mujeres? —se interesó Caetus.

—Etien está revisando los suministros mientras prepara algo para comer y Pandora está en el camarote.

Caetus se apartó el cabello del rostro y suspiró.

—Esa chica me preocupa...

—¿Etien? —preguntó de pronto Rafael.

Caetus negó.

—Pandora... No entiendo cómo Gabriel ha convencido a los Ancianos, a Séneca, para que nos acompañe.

Falco asintió con la cabeza. Pensaba como su amigo, pero había sido una decisión de Séneca y él era quien mejor conocía a su gente. El Anciano había asignado a los miembros más útiles para esa misión.

—Esconde mucho más de lo que muestra. —El significado de las palabras de Rafe se quedó en el aire.

Falco contempló el reflejo del neoespartano en el cristal. Con el cabello recogido en una coleta, dejaba visible los rasgos de su rostro y una mirada oscura en la que el jefe de seguridad de los Rapax corroboró que las experiencias vividas por ese hombre escondían mucho sufrimiento y dolor.

Aunque Falco había convivido pocos días con Rafael en Nueva Esparta, por lo que no podía hacerse una idea del hombre que los acompañaba en ese viaje, Ninox le habló de él mostrando una total confianza hacia su persona. A pesar de que todos sabían que escondía algo, nadie dudaba de él. Hablaban con veneración del neoespartano. Se había hecho imprescindible en sus tareas y nadie extrañaba su silencio a la hora de hablar de su pasado. Todos estaban tranquilos porque Séneca confiaba en él.

—¿Sabes ya qué haremos cuando llegemos a Nueva York Twin? —Rafael le enfrentó la mirada a través del cristal mientras le formulaba la pregunta.

Falco tensó la mandíbula con fuerza y observó el negro horizonte.

En realidad no sabía por dónde iban a empezar cuando llegaran al puerto de la ciudad. La

guardia de seguridad de los Rapax, con Hawk a la cabeza, la había registrado entera e interrogado a cualquier haddasu que pudiera saber algo de Hyaena, pero hasta ese momento no habían tenido buenos resultados.

Según la última información que le había llegado, antes de subir al barco, había una mínima sospecha de dónde podrían encontrarse, pero ni Talpid, el encargado del albergue de Nueva Esperanza que les ayudaba en esa misión, ni Hawk, se hacían ilusiones en que así fuera.

Hyaena había desaparecido.

—Espero que Adipem nos ayude.

Los otros dos hombres asintieron al unísono ante su anuncio.

Sabían de lo complicado de esa misión y aunque deseaban todos encontrar a Feles sana y salva, y por ende acabar con el jefe del clan de los Rapax, era muy complicado llevar todo a buen puerto.

Desde Nueva Esparta siempre se había intentado acabar con Hyaena, pero con el tiempo se había desistido a causa de la férrea vigilancia y los poderosos contactos que tenía el haddasu.

—Hawk sigue buscando, ¿no? —preguntó Caetus.

Falco asintió.

—Ha tomado el control de Caeli y desde la sede central de los Rapax dirige la misión.

—El Gregem no debe de estar muy contento —señaló Caetus impregnando de un tono burlón a sus palabras.

Falco sonrió.

—Ya me tocará lidiar con ellos cuando lleguemos, pero de momento la desaparición de mi tío los ha descolocado —explicó—. Esperan mis informes en cuanto pise Nueva York Twin.

Rafael tosió atrayendo la atención de los otros dos hombres.

—Perdonad, pero me he perdido.

Falco apoyó la espalda en el ventanal y se cruzó de brazos.

—El Gregem es el consejo de altos mandatarios que toman decisiones sobre lo que es mejor para Nueva América...

—Lo que ellos consideran que es lo mejor, o mejor dicho, lo que Hyaena cree que es lo mejor para la población —aclaró Caetus.

El jefe de seguridad de los Rapax miró por unos segundos a su amigo y devolvió la atención al neoespartano.

—Están bajo los dictados del jefe del clan. —Rafe asintió—. Aunque ellos tienen poderes al margen de Hyaena, es verdad que se han anclado en una comodidad que ha llevado a que todo lo decida el jefe de la Familia.

—Unos vagos irresponsables, egoístas que solo piensan en...

—¡Caetus! —Falco le interrumpió para proseguir a continuación con la explicación de las funciones del órgano de gobierno de Nueva América—. Ahora que mi tío no está y que desconocen los tejemanejes que ha realizado todo este tiempo...

—¿De verdad crees que lo ignoraban?

—Caetus...

Rafael miró a los dos hombres y sonrió.

—Necesitan un nuevo líder que los guíe —sopesó atrayendo la atención de sus compañeros.

El silencio se asentó en el puente del barco.

Falco posó su mano sobre su cabeza y les dio de nuevo la espalda.

Caetus observó al neoespartano y negó con la cabeza, dejándole claro que lo mejor era no seguir por esa línea de conversación.

El neoespartano extrañado ante la actitud de ambos y viendo que el silencio se tensaba en cubierta, prefirió desaparecer.

—Creo que... —Caetus le miró—. Voy a ver si Etien necesita ayuda con la comida.

El haddasu mestizo asintió.

—Avisad en cuanto esté todo listo.

Rafael afirmó con la cabeza, observó a Falco por unos segundos y desapareció por la puerta que le llevaría hasta las cocinas dejando a los dos hombres solos.

—Falco...

El mencionado miró a su amigo a través del cristal.

—No es un buen momento.

Caetus bufó.

—De acuerdo, pero tienes que ir pensando qué vas a hacer.

Falco retuvo la mirada de su amigo por unos segundos para desviarla al poco y fijarla en la estrella que les llevaría hasta Nueva York Twin.

Año 2047

—Chrys, ¿qué haces aquí fuera? —Melli salió por la puerta de la cocina, descendió las escaleras hasta el jardín artificial del exterior de la casa que trataba de simular el de sus antepasados, y se acercó a su hijo.

Falco miró a su madre que llevaba el dorado cabello recogido y del que se escapaban unos pocos rizos. En una mano portaba una espátula y el delantal que se había puesto para cocinar, regalo de su hermana y de él en su último cumpleaños, estaba tiznado de rojo y blanco, prueba de que Ninox le estaba ayudando en la tarea. Podía suponer que habría más restos de comida modificada genéticamente en su ropa que en la sartén.

—Observar las estrellas.

Su madre le revolvió el cabello y miró al cielo. Vivían en una parte de la ciudad en la que los edificios altos escaseaban, por lo que podían permitirse el lujo de ver el cielo, mientras el ruido del océano golpeaba las columnas que sustentaban la ciudad de Nueva York Twin.

—Tendrías que cortarte el pelo. Cada vez está más largo y...

Falco se apartó con brusquedad de su lado.

—¿No es propio del hijo del jefe de los Rapax?

Melli observó a su hijo y se arrodilló, atrayéndole a su lado para enfrentar su negra mirada.

—Cariño, ¿qué sucede? —Dejó la espátula sobre la hierba artificial y le acarició la mejilla.

—Tengo diez años y desde siempre mi vida ya ha estado prefijada.

—Chrys, eso no es...

El joven se alejó de su madre quien terminó sentándose en el suelo.

—¿No es verdad? —se encaró—. Desde que nací mi sino ha sido el de suceder a padre, al gran Accipiter, y no se me ha preguntado qué es lo que yo deseo hacer.

—Chrys...

—No, mamá. No soy ya un niño al que se le pueda calmar con gestos cariñosos o con medias verdades. La realidad cada día se impone más en mi vida y es un camino que aunque no quiero, tendré que acatar a regañadientes.

Melli observó a su pequeño, un niño que había crecido ante sus ojos sin darse cuenta, convirtiéndose en un hombrecito.

—Ven aquí. —Golpeó el suelo cerca de ella. Falco gruñó, pero a regañadientes obedeció—. Suceder a tu...

—Pero yo no quiero... —interrumpió a su madre mostrando un pequeño mohín en su rostro.

Melli ocultó la sonrisa que nació en su cara y le dio un suave beso en la mejilla. Le atrajo aún

más hacia ella, sentándole sobre sus piernas, y dejó que sus miradas se perdieran por el cielo estrellado.

—Mi niño se hace mayor...

—¡Mamá!

La dulce risa femenina los envolvió.

—Lo siento. —Le revolvió el cabello—. Es un gran honor ocupar el cargo de jefe de la familia Rapax...

—Pero...

Melli chistó acallándole.

—Es un puesto de enorme responsabilidad desde donde se vigila por el bienestar de todos los haddasus. Más de una persona quisiera estar en tu lugar.

Falco miró a su madre.

—El tío Hyaena quiere, por qué no...

La mujer le abrazó instintivamente nada más escuchar el nombre de su cuñado y apoyó su barbilla sobre su cabeza.

—Sí, tu tío desea ocupar ese puesto —expuso con tiento—, pero ese no es su lugar.

—Pero si yo se lo regalara...

La risa forzada de Melli resonó por el jardín, enfrentó la mirada de su hijo e indicó:

—Eres muy joven todavía...

—No soy tan joven. Ya tengo diez años —señaló.

La madre sonrió y continuó lo que estaba diciendo:

—Eres muy joven todavía y no sabes bien lo que quieres, pero el día de mañana recordarás esta conversación. Será cuando hayas comprendido que la vida de aquellos que nos rodean depende de tus decisiones y no son simples regalos. Necesitan que les gobierne una persona justa, altruista y generosa. Una persona que piense con esto de aquí y con esto de aquí. —Señaló el pequeño corazón y su cabeza. Le dio un beso y le guiñó un ojo—. Y ahora no tardes en venir a cenar, que si no tu hermana se lo comerá todo.

Capítulo 5

El hombre, apoyado en la jamba de la puerta, sonreía mientras observaba a la joven pelirroja que no paraba de ir de un lado a otro portando distintas bandejas de comida, refunfuñando para sí misma. Llevaba un pantalón negro que se le ajustaba al cuerpo con cada movimiento y una sudadera verde, tonalidad que le hacía resaltar su corto cabello rojo.

Desde que llevaba viviendo en Nueva Esparta y a pesar de que no había coincidido mucho con Etien, ya que esta pasaba mucho tiempo destinada en Nueva York Twin, le había cogido cariño.

A veces creía escuchar su risa a pesar de estar separados por miles de kilómetros y tenía que reconocer que cuando no la tenía cerca, la extrañaba. Se le había incrustado bien en el corazón y eso, en ocasiones, podía llegar a molestarle.

Se pasó la mano por el rostro y suspiró mientras negaba con la cabeza.

—Mecachis —espetó en voz alta Etien cuando una bandeja se le caía de la mano y la fruta rodaba por el suelo.

Rafael se rio.

—Niña, esa lengua —la amonestó sorprendiéndola.

Etien emitió un grito asustado y se resbaló, acabando con su trasero en el piso.

—¡Rafael!

Él continuó riéndose mientras se acercaba hasta ella, quien le daba la espalda.

—Mira que eres patosa —le dijo esperando una réplica veloz, tal como le tenía acostumbrado, pero esta no llegó.

El silencio los rodeó por unos segundos hasta que Rafe escuchó un sutil sollozo, acompañado por un leve temblor de hombros que le atrajo como un imán.

Se acomodó detrás de Etien, tiró de ella hasta pegar su espalda a su cuerpo y la abrazó.

—Oye, que lo decía de broma —le susurró al oído consiguiendo que se riera.

—Mira que eres tonto.

Rafe sonrió ante sus palabras y la abrazó aún más fuerte, atrapando sus manos. Las mangas de su camisa de cuadros rojos, dobladas hasta los codos, resaltaron sobre la sudadera verde de la mujer.

—Encima que vengo en tu ayuda, me insultas.

Etien se carcajeó con fuerza durante unos segundos, acompañada por la risa masculina, hasta que se evaporó la diversión. El eco de la respiración de la pareja resonó por la habitación.

Rafael apoyó la barbilla en la cabeza de la mujer y dejó que sus manos acariciaran el estómago femenino por encima de la sudadera.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado.

Etien dudó en contestar por unos segundos hasta que tomó aire y soltó lo que le rondaba por la cabeza desde que habían salido de Nueva Esparta.

—Este viaje no me da buenas vibraciones.

—No te preocupes.

La mujer atrapó la mano masculina y la llevó hasta su corazón.

—Lo siento aquí —señaló acallándole.

Rafe sabía que la joven poseía un sexto sentido que en ocasiones le hacía adelantarse a algunas situaciones complicadas, un «poder» muy valioso para la Resistencia que les servía para tener controlado de cierta forma a los Rapax. Si se trataba de una de esas premoniciones, no debía tomarse a la ligera sus palabras.

—¿Qué sientes?

—Es complicado.

—¿Por qué?

Etien negó con la cabeza y la apoyó en él.

—No lo sé... —titubeó.

—Niña, sabes que puedes contármelo todo. —Ella asintió—. No te lo quedes para ti sola.

Aunque Etien volvió a mover la cabeza afirmativamente, sabía que iba a tener que vigilarla. Era muy dada a guardarse todo lo que le preocupaba para sí misma y más si tenía que ver con sus presentimientos.

—Gracias...

Rafael detuvo las caricias que le prodigaba en la barriga.

—¿Por?

La joven suspiró y se acomodó de lado sin despegar la cabeza de su cuerpo, pero permitiéndole con esa nueva postura, observarle.

—Por estar a mi lado, por preocuparte por mí...

—Todos nos preocupamos por ti —interrumpió—. Todos te apreciamos.

—Lo sé, pero...

Rafe fijó su mirada en los ojos verdes.

—Pero... —Un tono rojizo apareció en las mejillas femeninas, acompañando al valle de pecas que poblaba su rostro.

—Contigo es distinto.

Tras esa confesión ambos retuvieron sus respiraciones.

Rafael descendió con lentitud su mirada hasta los rosados labios para elevarla poco a poco, ofreciéndole una dulce sonrisa cuando llegó a las pecas de la nariz. Ascendió un poco más, hasta que sus ojos ámbar se centraron en los verdes, y expulsó el aire que retenía.

—Niña, qué voy a hacer contigo.

Etien sonrió mostrando su diente partido.

—¿Besarme?

La risa varonil se expandió por la habitación.

—Puede ser una buena sugerencia.

Los ojos verdes brillaron ante su confesión. Su corazón comenzó a latir a gran velocidad ante la sola idea de que por fin Rafael pudiera besarla.

El rostro masculino descendió poco a poco al mismo tiempo que Etien elevaba el suyo cuando de pronto un ruido les interrumpió.

Ella se separó de golpe de Rafael y comenzó a recoger la fruta que había desperdigada por el suelo, sin volver a mirar al hombre que casi la había besado y sin comprobar quién había interrumpido el momento que más veces había soñado en su vida.

Él sonrió observando el nerviosismo de la mujer que había estado a punto de robarle un beso y se levantó enfrentando a la recién llegada.

—Hola, Pandora.

La joven carraspeó y saludó con la mano.

—Perdonad —dijo cohibida—. No quería interrumpir.

Etien miró a la muchacha y negó con la cabeza.

—No te preocupes, no has interrumpido nada.

La risa de Rafael las envolvió.

—Casi nada —aclaró.

La pelirroja le miró con el rostro enrojecido para a continuación seguir recogiendo la fruta. No sabía cómo enfrentar ese momento, cómo enfrentarle a él.

—Etien, ¿te ayudo? —se ofreció la chica.

Ella tomó la última manzana del suelo y negó.

—No te preocupes, ya... —Se calló de repente al comprobar que Rafael ya no estaba en la habitación y suspiró mientras se apartaba el flequillo de la frente—. Ya he acabado.

Pandora asintió.

—Necesito hacer algo.

La pelirroja la miró, iba vestida con unos vaqueros que se le ajustaban a las delgadas piernas y un suéter negro, dos tallas más grande que ella. El cabello lo llevaba recogido en una trenza y en sus ojos negros se leía con claridad una súplica. Necesitaba ser de utilidad.

Pandora no le caía demasiado bien. Se había portado muy mal con Ninox desde que había llegado a Nueva Esparta, creyéndose enamorada de Gabriel y que su amiga había llegado para arrebatárselo. Fue duro para ella descubrir que su príncipe quería a otra princesa y que su amor juvenil se rompía.

Prometió a Gabriel cambiar, pero Etien no terminaba de convencerla ese arrepentimiento repentino. Sospechaba que ocultaba algo.

Debía vigilarla.

—Está bien. —Dio una palmada en el aire—. ¿Sabes cocinar?

Pandora ladeó la cabeza al mismo tiempo que parpadeaba los ojos.

—Bueno...

Etien se rio.

—Anda, coge esa bandeja y llévala fuera, a la mesa. Vamos a hacer algo de cena. —La joven sonrió y no tardó en hacer lo que le mandaba.

La pelirroja observó cómo se alejaba, sacó dos cuchillos que había guardado en uno de los muebles de la habitación y la siguió. Se sentó en una de las sillas que rodeaban la gran mesa blanca y le pasó un cubierto.

—Vamos a hacer una mini ensalada —anunció.

Capítulo 6

La tripulación de la nave había comido en dos turnos. Primero la mayoría de los neoespartanos encargados de la sala de motores y después parte de los oficiales. En esa segunda ronda habían terminado coincidiendo Falco, Rafael y Pandora, además de una nerviosa Etien que estaba más torpe de lo normal.

La cena tuvo lugar en un salón enorme, separado de la cocina por dos puertas batientes blancas, y al que se accedía desde el resto del barco por unas escaleras de caracol. El suelo era acristalado, permitiendo a los allí presentes observar el fondo marino y todas las especies que lo poblaban.

La comida la había preparado Etien con la ayuda de Pandora, y sin ser demasiado laboriosa, constituida por una simple ensalada con productos naturales traídos de Nueva Esparta, había saciado el apetito de los comensales.

A esas horas de la noche solo quedaban en el salón Rafael que no apartaba la mirada de la joven pelirroja, divirtiéndose con su nerviosismo. Falco, que estaba sumido en sus pensamientos y Pandora, que no había hablado en toda la cena.

—Será una lástima no volver a probar alimentos como estos —mencionó de pronto el Rapax.

Pandora le observó sin comprender.

—¿En Nueva América no coméis ensaladas?

La risa de Rafael la sorprendió, bajó su mirada y atrapó su trenza tímida.

—Rafe, no te rías —le regañó Etien que en ese momento se sentaba en el banco, al lado de la mujer.

—Perdón. —Levantó las manos en son de paz—. Creo que voy a subir al puente para relevar a Caetus.

La pelirroja asintió ante su comentario, al mismo tiempo que Falco, y mordió una manzana que había cogido de la cocina.

—No le hagás caso —le dijo nada más desaparecer el neoespartano, con la boca llena.

Pandora se encogió de hombros y ocultó sus manos por las mangas del jersey.

—No pasa nada...

Falco se acomodó enfrente de ellas.

—Quería decir que es una lástima que no podamos disfrutar de alimentos naturales —explicó regalándole una sonrisa—. En la ciudad están manipulados genéticamente. Es una alimentación precaria que consta de pescados, medusas o algas, y suplimos las vitaminas que necesita nuestro cuerpo con píldoras creadas artificialmente.

Etien se acabó la manzana y miró a la pareja.

—Esta conversación me da hambre. ¿Queréis algo? —preguntó al mismo tiempo que se dirigía hacia la cocina.

El jefe de los Rapax sonrió mientras negaba.

—Entonces no sabías cómo era el sabor de... —Miró a su alrededor, intentando encontrar algo que pudiera servir de ejemplo.

—¿De una manzana? —El hombre tanteó cuando volvió a aparecer la pelirroja portando de nuevo esa fruta.

Etien se encogió de hombros y guiñó un ojo.

—¿Qué queréis que haga? Son mis favoritas.

Pandora se rio.

—Sí, de una manzana.

Falco se pasó la mano por su negro cabello y estiró los brazos por encima de la mesa, al

mismo tiempo que las piernas enfundadas en un pantalón negro.

—El sabor original no.

Pandora elevó una de sus cejas sin comprender.

—No te entiendo.

Él le sonrió.

—Hay haddasus encargados de fabricar esos alimentos, manipularlos genéticamente. Para que no notemos la diferencia, les inyectan los sabores que guardaron en el almacén de Caeli, la sede de los Rapax, nuestros antepasados.

—Pero ni de cerca se aproxima al original —añadió Etien.

Falco asintió al mismo tiempo que le robaba el último trozo de manzana que le quedaba.

—Eso lo sé ahora. —Se lo llevó a la boca y sonrió.

Pandora observó a la pareja y volvió a preguntar:

—¿Por qué? —Atrapó de nuevo su trenza en un tic nervioso—. Perdonad mi ignorancia, pero no entiendo que si tenéis guardado el ADN de esos alimentos por qué no podéis conseguir el sabor original.

El haddasu movió su mano quitándole importancia a que preguntara de nuevo y la miró.

—Hay ADN original almacenado en los sótanos de Caeli para poder conseguir, en un futuro, si las aguas se retiran y la Tierra regresa a su estado original...

—¡Ojalá! —interrumpió Etien sin darse cuenta—. Perdón, perdón...

Falco se rio ante el comportamiento de la mujer. Su hermana le había comentado que habían congeniado muy bien las dos. Según Ninox, había encontrado una gran amiga en Nueva Esparta. Al principio tuvo sus reticencias, ya que siempre era muy protector en lo que a su hermana se refería, pero en el poco tiempo que conocía a la pelirroja, había terminado ganándose su corazón.

Otra historia era la joven morena que no paraba de preguntarle.

Ninox le había explicado la clase de recibimiento que había tenido por parte de ella y su comportamiento, donde los celos que sentía hacia su hermana, por haberse ganado el amor de Gabriel, dirigían sus actos.

Al final, el futuro marido de su hermana consiguió hacerla comprender que sus sentimientos no eran correspondidos.

Pandora terminó asumiéndolo y prometió rectificar su comportamiento.

Según Ninox, lo estaba intentando y eso parecía a primera vista al ofrecerse como voluntaria para la expedición, pensó el jefe de seguridad.

Dejó sus ojos negros fijos en la joven y escrutó su rostro.

No comprendía del todo lo que escondía. Se la veía tímida y algo introvertida, algo normal si entendemos que siempre ha estado muy protegida por Gabriel, pero había algo más.

—El tema de si volveremos o no al hábitat original del planeta Tierra —retomó la conversación—, daría para un gran debate, Etien.

La mujer se atusó el corto cabello y suspiró dejando que su cuerpo se deslizara por el respaldo del banco.

—Lo sé, he estudiado todas las teorías que guardáis en la Gran biblioteca de Nueva York Twin. —Falco la miró sorprendido ante su explicación—. Pero continúa con lo de los alimentos, te he interrumpido y no habías acabado.

Falco asintió y aunque le interesaba descubrir cómo Etien había terminado en el edificio donde se guardaba la Historia de los haddasus, prefirió dejarlo para otra conversación.

—Sí, ¿por dónde iba?

—El ADN original está guardado en Caeli —indicó Pandora.

El hombre le guiñó un ojo en agradecimiento haciéndola sonrojar. Un misterio, la neoespartana era un misterio.

—Al principio se utilizó esa cadena genética original en los alimentos, pero viendo nuestros antepasados que se terminaría agotando decidieron hacer copias. Esta dinámica provocó que al final se perdiera el origen verdadero de nuestra alimentación, extraviando vitaminas, sabores o incluso colores originales.

—¿Es por eso que suplís con píldoras lo que falta? —interrogó Pandora.

Este asintió.

—Así es, y esa es la razón por la que no había probado nada tan sabroso como la manzana que le he quitado a Etien. —Guiñó un ojo a la mujer—. O la ensalada que habéis preparado.

—¿Ensalada? ¿No me digáis que hay de cena ensalada? —Caetus apareció de pronto en la sala.

La pelirroja observó a su amigo y le espetó:

—Si la quieres bien y si no... —Se levantó de su asiento y se encaminó a las escaleras que acababa de utilizar el recién llegado—. Te haces tú la cena.

Caetus miró a la mujer que ascendía por la escalinata para desaparecer a continuación.

Falco se rio a carcajadas mientras Pandora sonreía.

—¿Qué he dicho?

—Nada. —Falco le indicó una silla—. Siéntate.

Pandora se levantó y le preguntó:

—¿Quieres cenar?

Caetus que acababa de acomodarse volvió a levantarse.

—Sí, pero espera que voy yo...

La joven negó con la cabeza y se dirigió hacia la cocina.

—Tú has estado arriba, controlando que no nos desviemos de la ruta, por lo que ahora descansa.

El haddasu asintió y volvió a sentarse sin apartar la mirada de ella.

—¿Qué piensas? —le interrogó su amigo atrayendo su atención.

—¿De Pandora? —Falco asintió—. No sé... Hay algo...

Su compañero soltó el aire que retenía.

—Me sucede lo mismo.

Caetus se pasó la mano por el cabello húmedo.

—¿Te contó Ninox?

Falco asintió.

—Pero también me dijo que quería cambiar...

—Ajá..., pero...

—Hay algo que... —Caetus movió la cabeza afirmativamente.

De pronto las puertas batientes volvieron a abrirse apareciendo la mencionada por ellas, haciendo que los dos hombres cambiaran de conversación.

—¿Has estado nadando? —preguntó curioso Falco.

El largo cabello húmedo le delataba. Vestido con un pantalón cómodo y una camiseta suelta no ocultaba a la vista de todos, el cuerpo atlético que tenía. Se pasaba muchas horas e incluso días bajo el océano nadando, buscando a su madre. Rodeado de las especies marinas se sentía como uno más gracias a las branquias que poseía congénitas.

—Sí. En cuanto Rafael ha venido a sustituirme no he podido evitar tirarme al mar.

Pandora le dejó delante la comida y se sentó algo lejos de ellos.

—¿Aquí? ¿Junto a todos esos animales? —Señaló algunos peces que nadaban por debajo de ellos y una anguila que con su balanceo parecía que estuviera bailando.

—¿Y por qué no?

Ella se encogió de hombros y atrapó su trenza.

—Perdona si te he molestado. —Caetus negó—. Solo es que no comprendo por qué querías nadar en un sitio donde podría haber animales peligrosos. Estamos a mar abierto y...

Falco atrapó su mano alejándola de su trenza. Ese tic estaba consiguiendo que se pusiera nervioso.

—Caetus no se siente un extraño en ese hábitat. —Señaló las branquias que tenía el hombre en el cuello—. Gracias a su modificación puede respirar bajo el agua.

Ella asintió.

—Había oído hablar del poder del «Gran Yunuén» como si fuera una leyenda.

La risa del Rapax los envolvió a los tres y miró a su amigo con chanza en su rostro.

—¿«Gran Yunuén»?

Caetus suspiró y negó con la cabeza.

—El nombre se le ocurrió a Séneca, para evitar que se me reconociera, pero de «Gran»... —Dobló el dedo índice y el del medio de ambas manos, y bufó—. No sé cómo ha podido ocurrir.

Falco volvió a reír.

—Ya... Seguro...

Su amigo le miró y le dio un golpe en la espalda, al mismo tiempo que le acompañaba en la diversión.

Pandora observó a los dos hombres con envidia. Se notaba que compartían una gran amistad. Confiaban el uno en el otro, a pesar de que cuando Falco descubrió el secreto del otro estuvo a punto de no perdonarle. Pero los años de hermandad y las razones de Caetus para haberle ocultado lo que había hecho, habían conseguido devolver a la normalidad su relación.

Caetus llevaba muchos años ayudando a la Resistencia para acabar con el *status* implantado en Nueva América. Descubrir que su padre, que Hyaena había sido el culpable de la desaparición de su madre, a la que creyó muerta durante mucho tiempo hasta que Séneca le contó que existía una mínima posibilidad de que siguiera viva, había conseguido que fuera uno de los miembros más activos de Nueva Esparta.

Cuando el jefe de seguridad de los Rapax lo descubrió, pensó que le había traicionado, hasta que entendió sus motivos.

Ninox también ayudó a que Falco no rompiera los lazos de amistad que los unía a los tres. El trío formaba una gran familia que había compartido mucho y no podía romperse por culpa de un enemigo común.

La mujer los observó de nuevo y sintió envidia, envidia por no poseer lo que ellos tenían y perder lo poco que había sido suyo.

—Y cuéntanos algo de ti...

Pandora miró a Caetus que en ese momento se llevaba un trozo de tomate a la boca.

—¿De mí? —El hombre asintió.

—Tenemos que compartir este espacio. —Abrió los brazos abarcando lo que los rodeaba—. Durante más o menos tres días...

—Eso es lo que has dicho antes en el puente de mandos —añadió Falco.

Caetus movió la mano.

—Dependemos del tiempo y de que este de aquí —golpeó el suelo— se porte bien. —Su amigo asintió—. Muchos o pocos días, dependiendo de cómo lo veamos...

Falco movió la cabeza afirmativamente, mostrando en su rostro el pesar que sentía por no estar ya en Nueva York Twin.

Caetus empujó el hombro de su amigo.

—La salvaremos —prometió.

—Sí —confirmó con fuerza intentando impregnar en esa única palabra su deseo. Temía no llegar a tiempo.

El mestizo dio una palmada en el aire, interrumpiendo sus más oscuros pensamientos, y miró a la joven que los acompañaba.

—Por lo que alejemos nuestras preocupaciones conociéndonos —expuso sonriendo a los tres—. Pandora...

La joven enfrentó su mirada sin saber muy bien qué pretendía.

—¿Sí?

—Cuéntanos algo de ti.

Capítulo 7

Pandora agarró su trenza y comenzó a jugar con el cabello que había suelto tras la cinta. Miró alrededor nerviosa sin saber muy bien qué buscaba cuando el reclamo de Caetus la devolvió al presente.

—Pandora...

Falco se levantó, recogió el plato de su amigo y se dirigió hacia la cocina.

—Déjala. Si no quiere, no puedes obligar a la chica.

Caetus estiró sus piernas y brazos acomodándose.

—Está bien —claudicó—. Si tienes algo que esconder...

—¡Yo no escondo nada! —interrumpió subiendo el tono de voz.

Falco que regresaba en ese momento al salón se sorprendió ante la actitud de la joven.

—Caetus...

Su amigo se pasó la mano por el largo cabello y bufó.

—No he hecho nada.

La risa del Rapax los envolvió.

—Pandora, no le hagas caso. —Se sentó de nuevo en la silla que había ocupado antes y dio la espalda a la pareja, dejando que sus ojos se perdieran por el océano que atravesaban.

El silencio se asentó entre los tres.

—¿Qué queréis que os cuente? —preguntó a media voz de pronto.

Caetus apoyó los codos en la mesa y dejó que su cara morena se posara sobre sus manos, al mismo tiempo que fijaba los ojos negros en ella.

—Sorpréndenos.

Pandora agachó la mirada y titubeó.

—Nací en Nueva Esparta...

—¿Eres neoespartana al cien por cien? —preguntó Caetus anonadado.

Falco se rio.

—Ahora que acaba de lanzarse a saciar tu curiosidad, la interrumpes. —Se rio de nuevo mientras su amigo le guiñaba un ojo—. Pero... ¿Por qué tanta sorpresa?

Le miró.

—Séneca me contó en su día que los habitantes de Nueva Esparta eran haddasus huidos de Nueva América o personas que habían emigrado de otras tierras.

—Así es... Esos fueron mis padres —aclaró ella—. Yo nací allí pasados unos años de la llegada de mis padres. Se integraron en seguida en esa nueva sociedad, formando parte de los bellatores, los neoespartanos que recorren el planeta buscando otras tierras o supervivientes a la inundación, además de realizar las distintas incursiones en Nueva América.

—¿Qué les sucedió? —interrogó el Rapax.

Pandora observó el suelo del barco y dejó que su mirada se perdiera entre las ondas que la nave realizaba con su movimiento.

—En una de esas expediciones algo salió mal... —La voz se le quebró.

Caetus atrapó su mano.

—Niña, si es duro para ti no hace falta que lo cuentes.

Miró a los dos hombres y negó con la cabeza.

—No, no te preocupes. Fue hace mucho tiempo... —Caetus le apretó la mano dándole fuerza y ella continuó con la narración—. Gabriel siempre iba con ellos. Eran un equipo que se compenetraba muy bien —explicó—. En principio era una simple expedición para entregar víveres y material médico a haddasus que lo necesitaban, pero les sorprendieron.

Sintió un nuevo apretón en la mano que tenía sujeta por el hombre y le miró, encontrando comprensión en sus ojos negros.

Era muy joven cuando todo aquello sucedió, pero su corazón lloraba la pérdida de unos padres que no habían estado a su lado.

—¿Qué les sucedió? —preguntó Falco con interés.

Al escuchar la voz grave del Rapax, regresó de pronto del abismo en el que se encontraba, cuando los recuerdos del momento aparecieron con fuerza. Pestañeó con rapidez, se soltó del agarre de Caetus y observó al hermano de Ninnox. Desde que la joven había llegado a Nueva Esparta sucumbía más a menudo a ese pozo sin fondo en el que dispares sentimientos mantenían una lucha constante dejándola agotada anímicamente.

—Murieron —sentenció impregnando rencor en sus palabras.

Falco sintió el impacto de su declaración. Se echó hacia atrás, hasta apoyarse en el respaldo de la silla, y pasó su mano por el cabello expulsando el aire que retenía.

En ese pequeño cuerpo guarda un gran odio, pensó Falco.

El silencio los rodeó.

Pandora agachó la cabeza cohibida al ser consciente de su comportamiento, en el momento justo en el que un tiburón pasaba por debajo del barco. Acababa de darse cuenta de dónde se encontraba y quiénes eran sus compañeros.

Caetus miró a su amigo extrañado. Comprendía que estuviera dolida por la falta de sus progenitores, pero si no estaba equivocado, según le había dicho Gabriel, era muy pequeña cuando todo sucedió. No podía guardar tanto resentimiento en su interior por algo que sucedió hace mucho tiempo. Desde muy jóvenes, en Nueva Esparta se predicaba el perdón y la no violencia y ella, siendo neoespartana de origen, debía de haber mamado esos principios desde muy niña. Era duro, y más asimilarlo como ley natural ante la pérdida de un ser amado, pero eran postulados que admiraba porque él mismo no se veía capaz de seguirlos por su propia experiencia.

Volvió a observarla. Había algo en esos ojos negros que le inquietaba.

Y si no había conseguido perdonar...

Caetus miró a su amigo y comprobó cómo analizaba el rostro de la joven, buscando algo. Falco también había visto algo raro.

En una sola palabra había logrado desprender un gran odio, un sentimiento que si no andaba mal encaminado, lo había dirigido hacia Falco.

—¿Y Gabriel? —interrogó.

Pandora regresó al momento presente y le miró, regalándole una enorme sonrisa. Su rostro se transformó en menos de un segundo, mostrando una joven bella e inocente.

—Él siempre ha estado a mi lado. Les prometió que no me dejaría sola y lo ha cumplido hasta ahora...

—Y cuando regreses, seguiré a tu lado —señaló Falco atrayendo de nuevo la atención de la joven.

Ella le observó por unos segundos, para mirar de nuevo al otro haddasu.

—Sí. —Le ofreció una enorme sonrisa que consiguió ponerle la piel de gallina—. Creo que... —dudó—. Creo que me retiro a mi camarote. Estoy cansada.

Los dos hombres asintieron a la vez.

—Descansa —le dijo Falco observándola.

Caetus movió la mano despidiéndola y dejó la mirada fija en su espalda hasta que desapareció escaleras abajo.

Los dos amigos se miraron. No sabían muy bien qué acababa de suceder, pero por unos segundos un frío helador había aparecido en el salón para evaporarse en cuanto Pandora se había marchado.

Falco se levantó de su silla y avanzó hasta la escalera. Miró por el hueco y devolvió la atención a su compañero.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

Caetus se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Ni idea.

El Rapax se acercó hasta el otro hombre y se sentó de nuevo.

—¿La conocías?

—Por Gabriel —contestó—. Me contó de sus andanzas, refiriéndose siempre a Pandora como su pequeña hermanita, pero solo había cruzado dos frases con ella.

Falco se quitó el jersey negro que llevaba y se quedó en camiseta de manga corta de un tono azul oscuro.

—Es como si el calor del barco hubiera aparecido de pronto —indicó recibiendo un movimiento afirmativo por parte de su amigo—. ¿Y en Nueva Esparta? ¿Qué se decía de ella?

Caetus negó.

—Poco. Es verdad que Gabriel hablaba de lo dulce y buena que era Pandora. Algo independiente y solitaria, cumplía con su trabajo y no entorpecía al resto... Creo que nadie se ha sentido molesto con ella.

—Pero... —dudó—. Con Ninox no fue así.

—Pienso que la aparición de tu hermana ha sido una pieza importante en el tablero de ajedrez que no esperaba.

Falco estaba de acuerdo con eso.

—Y que Gabriel terminara enamorándose de ella.

Caetus afirmó con la cabeza.

—Es verdad que eso la descolocó y en parte la puedo entender.

Su amigo elevó una de sus cejas incrédulo.

—¿Por?

—Siempre ha estado al lado de Gabriel —explicó—. Él la ha cuidado en todo... La ha sobreprotegido y ella se enamoró de su «héroe».

—Sí, pero esa conversación ya la tuvieron —añadió—. Ninox me explicó que todo había quedado zanjado y solucionado.

—Ajá... Pero creo que es difícil que desaparezca un amor tan intenso de la noche a la mañana.

Falco gruñó.

—Es difícil... —dijo en voz queda más para sí mismo que para su interlocutor. Era como si hablara desde su propia experiencia.

Caetus observó a su amigo por unos segundos.

—Además, la mirada que te ha echado —indicó con una media sonrisa—. Amigo, en este caso se puede decir sin duda a equivocarnos que si las miradas matasen, tú estarías muerto y rematado.

El Rapax se rio por la descripción.

—Menos mal que sé que me quieres porque si no...

El otro hombre le acompañó en su chanza hasta que la risa de ambos se diluyó.

—Es como si le hubiera hecho algo.

—Creo que tú no —interrumpió—. Me da en la nariz que alguien de tu familia.

Falco le miró y le sonrió, dándole en el hombro.

—O de la tuya.

Caetus ocultó la cara entre las mano y asintió.

—O de la mía —repitió resignado.

De pronto, ambos hombres se dieron cuenta de dónde les había llevado su conversación. Falco se levantó de golpe de la silla, provocando que esta cayera hacia atrás y golpeó el suelo con la pierna.

—¡Joder! —Comenzó a andar sin rumbo fijo por la sala mientras sus manos se enredaban entre su negro cabello o descendían hasta los vaqueros—. ¡Joder!

—Falco...

El Rapax extendió su mano y le calló.

—Ahora no...

—Pero...

Dio una patada a la silla que había en el suelo.

—¡Te he dicho que ahora no! —espetó.

Caetus afirmó con la cabeza y le observó preocupado. Le conocía desde hacía mucho, mucho tiempo. Eran como hermanos, ellos dos y Ninox, los tres habían pasado por muchas cosas juntos, encontrando consuelo y apoyo en brazos de los otros pero en este momento...

Falco ya lo había pasado mal cuando Feles desapareció de la noche a la mañana. Casi acaba con él y ahora, sin poder hacer nada hasta que llegaran a Nueva York Twin y con las pocas pistas que tenían, sabía que su vida estaba siendo un infierno.

La imagen que mostraba hacia el exterior distaba mucho del momento que estaban compartiendo en ese instante. Pocas veces el hijo de Accipiter exteriorizaba sus sentimientos, y pocas veces eran las que Caetus los había visto. La muerte de su madre Melli, fue un duro golpe para toda la familia, y la ruptura con Feles fue la última vez que él vio al Rapax en este estado. Hasta ahora...

—Falco, tranquilízate.

El mencionado le observó por unos segundos hasta que expulsó todo el aire que retenía en su interior. Se acercó a la silla volcada, la colocó y se sentó.

—Tienes razón —cedió—. Es que...

Caetus posó su mano negra sobre la de su amigo.

—Lo sé, pero Feles estará bien.

Falco le miró esperanzado.

—¿Cómo lo sabes?

Su amigo apretó su mano y enfrentó su mirada.

—Porque si la daña de alguna forma, mi padre sabe que no habrá ningún lugar donde esconderse de ti.

Capítulo 8

Año 2050

—Tienes que hablar con él. —La voz de Melli se escuchó firme a través de la puerta de la cocina. Los dos jóvenes que estaban apoyados en ella se miraron.

—Lo haré —Accipiter confirmó sin mucha determinación.

El silencio se posó por toda la casa. Una losa que no presagiaba nada bueno cuando la madre de Falco y Ninox no estaba conforme con algún tema.

De repente, el ruido de platos estrellándose contra el suelo asustó a los dos niños que se echaron hacia atrás hasta apoyarse en la pared amarilla de enfrente de la cocina.

Caetus miró a su amigo con temor.

Ambos tenían trece años ya. De estatura más alta de la habitual para su edad, destacaban entre el resto de compañeros de la escuela por la fuerza que irradiaba su presencia. Uno de piel mestiza y el otro moreno por las horas que pasaban al sol, jugando o aventurándose en las bravas aguas del océano, a pesar de que la madre de Falco se lo tenía prohibido si no estaban controlados por un adulto.

Inseparables desde que Accipiter llevó a Caetus a esa casa, formando parte de la familia como uno más de sus miembros, no se separaban ni a sol ni a sombra, compartiendo confidencias o realizando multitud de travesuras.

Falco atrapó la mano de su amigo.

—Tranquilo —le susurró mientras le hacía un gesto para que le siguiera de nuevo hasta la puerta. Apoyaron la oreja en la blanca superficie y Falco se llevó el dedo índice a su boca, un gesto que los acalló a ambos.

—Melli...

—Nada de Melli —espetó la mujer—. Ahora no me vengas con dulces carantoñas, Accipiter.

—Pero...

—No —le cortó—. Te estoy diciendo que no está bien. A tu hermano Hyaena le sucede algo y debes hablar con él.

Los niños escucharon las fuertes pisadas del padre de Falco trasladándose hacia uno de los lados de la cocina donde supusieron que se encontraba la mujer.

—Yo no le he notado nada...

Se escuchó un suspiro profundo.

—¡No le has notado nada!

—No...

El arrastrar de los trozos de platos por el suelo les informó de que alguien intentaba recoger el estropicio. Falco supuso que era su madre porque en vez de escucharse el potente aspirador, estaban barriendo. Su madre prefería utilizar los utensilios antiguos, aunque fuera para la limpieza, y a pesar de que sabía que con las nuevas tecnologías acababa antes con su tarea. Según ella, así no se hacía cómoda.

—Accipiter a veces eres demasiado ciego.

Falco sonrió al escuchar a su madre. Esa misma frase la repetía en multitud de ocasiones.

—Serás el jefe del clan Rapax, pero en lo referente a tu hermano tienes una venda sobre los ojos.

—Hyaena está haciendo mucho bien por nosotros, por Nueva América.

Una carcajada femenina estalló en la cocina.

—Dime una sola cosa que esté haciendo por los haddasus y no por su propio bienestar. Es un egoísta.

Por unos segundos los dos chicos creyeron que el jefe de los Rapax no sabría qué contestar.

—Todos los avances genéticos con el ADN de los animales se los debemos a sus investigaciones.

El silencio renació detrás de la puerta de la cocina. Los dos niños pegaron aún más si se podía la oreja a la superficie lisa intentando escuchar lo que fuera a decir la madre de Falco, porque ambos sabían que Melli no se iba a quedar callada.

Ambos conocían lo que la mujer pensaba de todos esos estudios que realizaba el tío de Falco. Aunque intentaba esconder sus ideas, porque creía que eran muy jóvenes para andar con esos temas, cuando estaba muy enfadada, no podía evitar opinar en voz alta sobre algún asunto de Estado y sus hijos terminaban enterándose. La impulsividad era más fuerte que ella.

—¿Crees que lo que ha hecho con la madre de Caetus es normal? ¿Nos beneficia en algo? —preguntó en un suave susurro que destilaba veneno.

Caetus se encogió detrás de la puerta al escucharla. Falco le apretó su hombro con la mano intentando transmitirle fuerza. Ninguno sabía qué había sucedido con la madre de este, a pesar de la multitud de preguntas que realizaba el chico intentando averiguarlo. Nunca descubría nada. Era un tema tabú entre los Rapax.

—Eso es un caso aparte —siseó Accipiter.

—¿Un caso aparte? —interrogó la mujer sin esperar respuesta—. ¡Un caso aparte!

—Melli...

—Cuando Caetus te pregunte dónde está su madre, qué le ha sucedido o quién es su padre...

—Hyaena es su padre, él se lo dirá...

Caetus se apartó de la puerta llevándose la mano hasta la boca para acallar cualquier sonido que pudiera salir de la misma ante lo que acababa de escuchar.

Hacía unos días, en una de las visitas a Caeli que realizaban todos para que se familiarizaran con el edificio, en palabras del jefe de los Rapax: «todos acabarían trabajando allí, por lo que debían conocer bien sus entresijos»; había escuchado por casualidad una conversación entre Accipiter y su hermano, donde también se hacía referencia a este hecho. La posibilidad de que Hyaena fuera su padre le rondaba la cabeza desde ese día, pero ahora, tras lo que se había hablado tras la puerta de la cocina...

No tenía ninguna duda.

Había sido como una bofetada que le había traído a una realidad donde no quería estar.

Falco miró a su amigo. Sabía lo que significaba lo que su padre acababa de decir. Lo que significaba para toda la familia.

Se acercó hasta él y le atrapó las manos.

—¿Estás bien? —Caetus solo movió la cabeza afirmativamente—. ¿Seguro?

De pronto, Melli abrió la puerta de la cocina, atraída por un ruido que había escuchado y esperanzada de que no hubiera sido nada, pero, en cuanto vio a los chicos, su rostro mostró preocupación.

Tenía su cabello recogido en un moño del que escapaban multitud de rizos rubios y llevaba un pantalón de pinzas azul a juego con la blusa que se escondía detrás de un delantal amarillo en que se leía: «La Mejor Mamá del Mundo».

—¿Qué hacéis aquí? —Se arrodilló ante Caetus y miró a su hijo—. Chrys, ¿no habréis estado escuchando detrás de la puerta?

Falco desvió su mirada y observó a su amigo.

—Mamá...

—Señora Rapax —Caetus atrajo la atención de la mujer—, es verdad que...

—¡Mamá! —La voz infantil de la pequeña Ninox interrumpió la conversación.

Melli se giró hacia su hija y terminó sentada en el suelo con ella encima. Una niña de tan solo seis años, con un largo cabello rubio, vestida con un traje rosa que dejaba a la vista sus pequeñas piernas.

—¿Qué sucede?

—Mira lo que ha encontrado Feles. —Le mostró una piedra verde que llevaba en su pequeña mano.

Melli se rio, acomodó a la pequeña en su pierna y apoyó la espalda en la pared.

—A ver... —Extendió su delicada mano y la niña no tardó en dejarla caer.

—Mira, Accipiter, lo que han encontrado las niñas. —El hombre apareció por el hueco de la puerta de la cocina y sonrió a su familia.

La altura del jefe de los Rapax era impresionante. Ancho de espalda, ocupaba todo el vano libre de la puerta. Iba vestido con un suéter de rayas blancas y azules y unos vaqueros negros, y en su cabello ya se mostraban algunas vetas blancas debido, según la madre de Falco, a las preocupaciones que le acarrearaba el puesto que detentaba dentro del clan.

—¿Qué han encontrado? —repitió con voz expectante al mismo tiempo que se agachaba para dejar sus ojos a la altura de los de Ninox.

La pequeña atrapó la piedra de la mano de su madre y se colgó sobre el cuello del hombre provocando que su equilibrio corriera peligro.

—Mira, papá. —La alegría infantil les arrancó a casi todos una sonrisa.

Melli observó a su marido y a su hija por unos segundos hasta que su atención regresó a Caetus y su rostro meditabundo le recordó lo que había sucedido. La manía que tenían esos dos de escuchar por detrás de las puertas había ocasionado que el joven descubriera algo que no debía saber todavía.

—Accipiter —llamó a su marido y movió la cabeza hacia Caetus, para que comprendiera que los había escuchado hablar cuando estaban en la cocina.

El hombre suspiró sin saber muy bien qué hacer.

Melli se apartó el cabello de la cara y miró por unos segundos hacia el techo de la casa donde colgaba una lámpara de diseño antiguo, pero con una mecánica a la hora del encendido que escondía las más modernas tecnologías, y buscó el amparo de los dioses.

¿Qué voy a hacer con este hombre? Es el jefe de los Rapax, pero en su casa no sabe ni qué hacer, pensó.

—¿Por qué no llevas a Ninox a la cocina y le das la merienda? —sugirió con una media sonrisa.

Accipiter asintió y miró a la pequeña.

—¿Tienes hambre?

—¡Sí!

—Pues a comer —dijo incorporándose todo lo grande que era sin que su hija se soltara del cuello para desaparecer a continuación por el interior de la cocina.

Las risas infantiles de la pequeña escucharon en la habitación.

En mitad del pasillo se quedaron los dos niños y Melli.

Esta los observó con detenimiento, sin saber muy bien por dónde empezar ni qué hacer.

—Falco...

—Sí, mamá.

—Por qué no vas a buscar a la nueva amiga de tu hermana —propuso—. Estaba jugando con Ninox en el jardín.

El chico se levantó del suelo y miró a Caetus.

—Pero mamá...

Melli agarró su mano.

—Ve a por Feles para que meriende con tu hermana. Yo hablaré con Caetus.

Falco observó de nuevo a su amigo que escondía la cabeza entre las piernas y devolvió la atención a su madre.

—De acuerdo.

Falco abrió la puerta del jardín y buscó a la nueva amiga de su hermana con fastidio. Por culpa de esa niñata no podía acompañar a Caetus en ese momento y encima, a pesar de que se encontraba en un lugar alto, no la veía por ninguna parte.

—¿Dónde diablos se habrá metido? —refunfuñó mientras descendía las escaleras blancas.

Llegó hasta la explanada cuadrada de verde artificial y giró sobre sus pies.

—¡Hola! ¿Dónde estás? ¡No tengo tiempo para jugar al escondite! —gritó esperando que la pequeña saliera al escucharle, pero fue en vano.

Falco gruñó, se apartó el negro cabello que le había caído sobre la cara y pensó que pronto su padre le atosigaría para que se lo cortara.

De pronto, alguien le chistó llamando su atención. Se giró hacia su derecha donde se encontraba la fuente de piedra gris y observó cómo en uno de los lados de su base se asomaban volantes azules y blancos, y unos pies desnudos.

Se agachó desde su posición e intentó localizar la cabeza de la niña, pero no lo logró.

Refunfuñando se acercó hasta donde se encontraba.

—Venga, sal de ahí —ordenó mientras sumergía la mano en el agua de la fuente para sacarla a continuación seca, volvió a hundirla de nuevo y la saco otra vez seca.

Su padre le había contado que el líquido que había en esa fuente era uno de tantos experimentos de los Rapax que simulaba el agua. Cuando salías del líquido, cualquier cosa que hubiera estado en contacto con él, estaba seca.

Volvió a hacer el mismo movimiento e intentó atrapar algunos de los peces naranjas que se encontraban en su interior, que con un leve contacto cambiaban de color, pero no tuvo mucho éxito.

—Cállate. Lo vas a asustar. —La voz infantil le regañó sorprendiéndole.

—Mira, niña...

Ella le chistó acallándole.

—Silencio —le reprendió.

Falco sacó la mano del agua de mala leche y gruñó.

Cómo una mocosa se atrevía a mandarle callar. A él. Al hijo de Accipiter. Iba a tener que enseñarle a esa niñata quién era si quería volver a su casa y ser amiga de su hermana, pensó.

Se agachó y comenzó a gatear por debajo de la fuente, hasta que llegó a su altura.

—Niña...

Feles negó con la cabeza y se llevó el dedo índice hasta sus labios silenciándolo.

El enfado de Falco se evaporó en cuanto fijó la mirada en su cara. Delante de él había una joven algo mayor que su hermana Ninox, que llevaba el negro cabello suelto. Unos pocos de sus mechones, aun estando debajo de la fuente, atraían los escasos rayos solares que había en ese día. Su cara, de piel clara, era el marco ideal para unos rasgados ojos dorados que, a pesar de que solo se habían detenido en él por unos segundos, le transmitieron una acogedora sensación y poseía una sonrisa que supo que no la podría olvidar nunca.

—Mira. —Señaló algo negro que se movía con miedo no muy lejos de ellos—. ¿Qué crees

que es?

Falco desvió reticente su atención de la joven para fijarla en aquello que le indicaba y observó un pequeño bulto que temblaba.

—No sé... Espera. —Gateó con sigilo y acercó la mano hasta el bulto—. Es suave...

—Oh... Mira. ¡Tiene ojos! —La niña señaló de nuevo con su dedo.

Falco, que había apartado la mano ante el movimiento que había realizado el «objeto» desconocido, con temor a que fuera peligroso, volvió a acariciarlo hasta que lo atrapó de su pelaje. Se sentó con las piernas dobladas y lo dejó entre ellas.

Ella no tardó en acercarse y sin esperar ningún permiso lo acarició.

—Es suave.

—Sí —confirmó al mismo tiempo que su atención recaía de nuevo sobre la pequeña—. Soy Falco —se presentó esperando que su nombre le provocara alguna reacción.

—Lo sé —dijo sin molestarse en mirarle—. ¿Crees que morderá?

Él levantó su ceja incrédulo ante su actitud. No es que esperara algo especial por su parte, aunque todas las niñas que había en la escuela se derretían por sus huesos o por lo menos eso es lo que Caetus le decía siempre. Él pasaba de ellas, de las niñas. Tenía otras cosas más importantes que hacer como jugar con sus amigos, pero que la chica que se encontraba delante de él, no le hiciera ni caso... Ni un simple «hola»...

—¿Eres Feles, no? —Recordó que su madre la había llamado así e intentó buscar su atención, celoso del bicho que la acaparaba.

Ella movió la cabeza afirmativamente, pero siguió acariciando lo que habían encontrado.

—¿Crees que morderá? —repitió.

Falco bufó y miró el bulto negro que comenzaba a estirarse buscando un mayor contacto con la chica.

—No, creo que no...

Feles se rio y lo atrapó enseguida. Era como si hubiera esperado su confirmación para hacerlo.

—Bien. —Se lo puso encima del vestido y siguió acariciándolo.

Él la miró y no pudo más que sonreír ante su actitud. Era guapa, muy guapa...

—Yo a ti te conozco de algo... —dijo pensativo mientras echaba las manos hacia atrás y las usaba para apoyarse—. Pero ahora mismo no caigo.

Feles elevó su rostro y le observó, regalándole una dulce sonrisa.

—No sé... —se rio.

Falco le devolvió la sonrisa. Ella sí sabía de qué la conocía.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó curioso.

—Ocho.

—¿Dos más que mi hermana?

Ella asintió.

—Y cuatro menos que tú —añadió.

La miró anonadado, se echó hacia adelante y atrapó la mano que acariciaba al bicho.

—¿Cómo sabes eso?

Feles encogió uno de sus hombros.

—Lo sé. —Se desprendió de su agarre y siguió con su tarea.

De repente un trueno retumbó en el cielo.

—Ya estaba tardando —comentó Falco contemplando el cielo que se cubría de nubes grises.

Feles miró también el cielo y tembló.

—¿Crees que lloverá?

—¿Y cuándo no? En esta ciudad es raro cuando sale el sol —respondió el joven—. Sería mejor que entráramos...

Falco se quedó con la palabra en la boca. Las primeras gotas comenzaron a caer con fuerza cuando la amiga de Ninox corría hacia las escaleras de la casa, sin esperarle, y llevando entre sus manos lo que habían encontrado.

—Sí que es rápida —rumió en voz alta al mismo tiempo que la seguía, mojándose en el camino.

Abrió la puerta de la casa familiar empapado y observó cómo Feles le mostraba el bicho a su padre.

—¡Chrys! Estás empapado —le gritó su madre nada más verle.

Él asintió con una sonrisa bobalicona mientras se acercaba a la amiga de su hermana Ninox.

—Es un gato —escuchó decir a su padre.

—¿Un gato? —Feles preguntó.

—¿Un gato? —repitieron a la vez Ninox y Caetus que se encontraban en la mesa de la cocina.

Accipiter asintió y cogió al animal de las manos de Feles.

—Un gato.

Melli miró extrañada a su marido.

—Cariño...

—No pasa nada. Son inofensivos —explicó llevándolo hacia la cocina.

Falco los siguió, atrapando por el camino una toalla que había colgada en la barandilla de la escalera interior de la casa.

—¿Y cómo ha llegado hasta aquí? —interrogó Caetus dando voz a la curiosidad del resto de los allí reunidos.

El jefe de los Rapax que acariciaba el animal, negó con la cabeza.

—No lo sé... —Dejó que sus dedos se hundieran por el pelaje negro mientras su vista se perdía a través de la ventana de la habitación.

Melli le acarició el brazo y se dirigió hacia la nevera donde posó el dedo sobre su superficie metálica, abriendo la puerta.

—Falco, Feles ¿queréis algo de beber?

La chica brincó y se sentó cerca de Ninox.

—Sí —confirmaron los dos a la vez, consiguiendo que Feles se riera y el rostro de Falco se enrojeciera.

Melli les dio una pajita donde iba zumo comprimido y los observó con atención.

—Falco, ¿te acuerdas de Feles?

Año 2070

La voz de Caetus a través de los altavoces del barco resonó en el camarote despertando a Falco. Este miró el techo metálico desde la cama, se llevó el brazo hasta los ojos y suspiró.

—Feles, ya voy...

Capítulo 9

—Ya era hora de que te despertaras —le recriminó Caetus nada más aparecer por el puente.

Se había vestido con lo primero que encontró, un pantalón negro y una camiseta del mismo tono de manga corta, y aún descalzo salió del camarote corriendo con las botas militares en la mano.

Después del sueño que había tenido Falco, le había costado levantarse y eso que había acordado con su amigo que le relevaría antes de que amaneciera pero no pudo. El recuerdo tan vívido que apareció cuando sucumbió a los brazos de Morfeo le retuvo más tiempo del esperado. Estaba preocupado por Feles y temía que su tío Hyaena la dañara. La echaba en falta y su preocupación tomaba forma con recuerdos que creía ya olvidados.

Se restregó la cara con la mano, intentando alejar los fantasmas, y miró a su amigo.

—Si me lo dices con esa sonrisa poca autoridad vas a imponer.

Caetus se estiró y bostezó. Llevaba en el puesto desde que se había cambiado con Rafael a media noche. Con la misma ropa, acarreado sobre su espalda las horas de alerta que le impidieron relajarse. Necesitaba una ducha o nadar en el océano para desentumecer sus músculos y así, con posterioridad, terminar en la cama.

Tenía ganas de descansar.

—Por eso tú eres el jefe de los Rapax y yo un simple empleado.

—El jefe de seguridad —matizó.

Caetus le señaló el cuadro de mandos.

—Lo que tú digas. No tengo ganas de discutir por la mañana.

Falco se rio.

—¿Y cuándo es el mejor momento?

Este se encogió de hombros y se dirigió hacia las escaleras.

—Cuando haya dormido las horas que mi cuerpo necesita.

Falco le dio una palmada en la espalda y ocupó el lugar que había abandonado.

—¿Dónde está el resto?

—Rafael se ha despertado hace poco y ha dicho que prepararía algo para desayunar. Las chicas, ni idea.

—De acuerdo. Intenta descansar.

Caetus se llevó dos dedos a la frente.

—A sus órdenes capitán.

Etien estaba en su camarote, encima de la cama, observando cómo la luz del sol comenzaba a entrar por el pequeño ojo de buey mientras su cabeza regresaba a lo ocurrido la pasada noche.

El momento justo en el que Rafael y ella compartieron tanta intimidad se repetía una y otra vez en su cabeza. Cuando su amistad parecía que había dado un paso más. Cuando él...

—Estuvo a punto de besarme... —Se llevó los dedos hacia sus labios—. Si no hubiera aparecido Pandora... ¿Hubiera sucedido?

Se tapó la cara con la almohada y gritó al mismo tiempo que pataleaba encima del colchón.

Poco a poco su fuerza se fue mitigando, hasta que la almohada cayó al suelo y se sentó sobre la cama.

—Pero... ¿Qué sucedió después? —preguntó en voz alta mientras comenzaba a pasear por el pequeño camarote—. Casi nos besamos, porque no fue un sueño, Etien. Si no nos hubieran interrumpido... Pero luego... Luego fue como si hubiéramos retrocedido cinco casillas hacia atrás en el juego... —dudó—. En ese juego antiguo con el que andan los niños de Nueva Esparta... —Detuvo su caminar—. Mecachis, Etien, piensa un poco... ¿Cómo se llama? —Dio una palmada en

el aire en cuanto recordó el nombre—. ¡La Oca!

Soltó el aire y se dejó caer sobre la cama.

—Cualquiera que te vea, se preguntaría si estás loca, Etien —se dijo a sí misma—. Hablando sola...

Se rio con fuerza hasta que los ojos ámbar de Rafael se colaron en su monólogo.

—¿Qué sucedió, Rafe?

Se tumbó de medio lado, apoyó el brazo debajo de su cabeza y dejó su vista perderse por la ventana circular mientras lo acontecido la pasada noche se materializaba vivamente.

Habían terminado de cenar y ella, después de comportarse como una jovencita enamorada, donde la torpeza fue su fiel compañero durante la velada, decidió que lo mejor era desaparecer por la cocina. Recogió los utensilios utilizados para la cena y se alejó de la mirada socarrona de Rafael al verla tropezar o al comprobar que los dedos femeninos se habían vuelto gelatina cuando se le caía algún cubierto, que era cada dos por tres.

Gracias a los aparatos instalados en el barco logró que su tarea no se extendiera mucho en el tiempo. Regresó al salón y se acomodó al lado de Pandora, esperando que su cabeza se asentara y su corazón se tranquilizara, buscando aparentar una tranquilidad que se había evaporado desde el *casibeso*. Y lo estaba logrando cuando Rafael pensó que era el momento idóneo para hacer el relevo a Caetus en el puente de mandos.

Se quedó en el salón junto a Falco y Pandora, y mientras el primero le explicaba a la mujer en qué consistía la alimentación de Nueva América, ella tomó una decisión: debía aclarar las cosas con Rafael.

En cuanto Caetus apareció en el comedor, no dudó ni medio segundo en subir a la sala de mandos.

—Caetus... debo disculparme con él —anunció en su camarote en voz alta cuando recordó cómo se había comportado con el haddasu.

Subió las escaleras de caracol con algo de temor por lo que podría hallar allí arriba y cuando los ojos de ambos se encontraron, ninguno supo qué decir. Era como si no se conocieran de nada, como si los años de amistad compartida se hubieran evaporado... Parecían dos extraños.

—Hola —le saludó con timidez cuando decidió que debía parar de mover las manos. Estaba nerviosa.

Rafael, si estaba sorprendido de verla allí, no lo mostró.

—¿Ya has cenado? —preguntó algo brusco, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte.

Se acercó hasta los ventanales que permitían observar el negro océano, que en ese momento estaba calmado, y observó al hombre que había detrás de ella gracias al reflejo de los cristales.

Sintió los ojos ámbar clavados en su espalda, cómo la observaba sin mediar palabra alguna e incluso le pareció que se encontraba incómodo por tenerla allí, por estar los dos solos.

—Etien...

Ella se giró en cuanto la nombró.

—¿Sí?

Rafael se pasó su mano por el cabello negro y suspiró. Llevaba las mangas de la camisa de cuadros remangadas, permitiendo que Etien viera sus músculos, y un vaquero azul oscuro metido por dentro de las botas militares, que se ajustaba a la perfección a su figura.

—Yo quería...

—¿Sí? —repitió expectante.

La observó por unos segundos, dejando fija la mirada en sus labios, logrando que el cuerpo femenino temblara al sentir esa suave caricia, hasta que los apartó con brusquedad para prestar

atención al cuadro de mandos de navegación.

—Lo de antes no volverá a repetirse.

Etien soltó el aire que retenía sin percatarse cuando le escuchó. Sabía a qué se refería. No hacía falta que ninguno de los dos diera más detalles. El único hilo de esperanza que comenzaba a germinar en su corazón, ante la posibilidad de que compartieran algo más que la amistad que les había unido hasta entonces, se rompió.

Le miró, observó su recio perfil y tomó el aire que había expulsado. Cuadró los hombros y le dio la espalda de nuevo, dejando su vista perdida por la oscuridad.

—Me has quitado las palabras de la boca —espetó.

Por unos segundos creyó que cambiaría de opinión, cuando sus ojos la buscaron a través de la ventana, pero fue un mero espejismo.

—Me alegra que estemos de acuerdo. —La voz grave se le incrustó en los huesos provocándole un escalofrío.

Buscó el cobijo de su propio abrazo.

—Necesitamos que nuestra cabeza esté centrada. La misión es lo más importante ahora mismo.

—Así es —Rafael no dudó en confirmar sus palabras.

Un helado silencio los rodeó.

Pasó el tiempo sin que ninguno de los dos mencionara nada más.

Ella le daba la espalda, con temor de que si le enfrentaba perdiera la poca fuerza de voluntad que tenía y le mostrara el daño que le había causado. Acababa de darse cuenta de lo importante que era Rafael para ella, que su amistad avanzara a algo más. Lo que había supuesto el momento que habían compartido en la cocina...

¿Si me hubiera besado? Ahora mismo estaría rota, —pensó.

Rafael no lograba desviar su mirada de la mujer, de su cuerpo y del reflejo de esos ojos verdes. Unos ojos que le perseguían en sus sueños con mayor insistencia cada noche y que terminaban tentándole para que cediera a sus instintos.

Lo que habían compartido en la cocina no podía repetirse..., pensó.

Etien respiró con profundidad y se giró.

—Me voy a descansar —anunció sin ni siquiera mirarle.

Rafael asintió sin decir palabra alguna.

—Y me marché de allí... ¡Mecachis, Etien! —La joven tiró la almohada contra la pared del camarote—. Tengo que hablar con él, aclarar qué está sucediendo.

Rafael estaba en la cocina, buscando qué preparar para el desayuno o por lo menos intentándolo. Había pasado muy mala noche desde que Caetus le había relevado en el puente. Su intención era la de irse al camarote y dormir, pero después de dar muchas vueltas en la cama, había terminado en cubierta observando el negro cielo.

La culpa la tenía Etien...

A quién quería engañar... La culpa la tenía él solo.

Después de tantos años de amistad, de negar sus propios sentimientos e incluso mantener una lucha interior para evitar que salieran, una simple torpeza, un choque en un barco, en el momento menos indicado, casi acaba con su promesa.

Desde el primer momento en que apareció en Nueva Esparta, Etien había supuesto para él una gran tentación. Estuvo mucho tiempo destinada en Nueva York Twin, pero cuando regresó y sus ojos se fijaron en su roja cabellera, su corazón le previno de algo que él ya sabía: Etien le traería problemas.

Menos mal que era un bellator destinada más tiempo fuera de Nueva Esparta que dentro y por

tanto no debían coincidir mucho, pero cuando lo hacían, era un infierno.

—Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza¹ —recitó en voz alta mientras atrapaba una manzana y la miraba.

Pensó en Gabriel, en la conversación que mantuvieron cuando regresó a Nueva Esparta y le habló de Ninox, describiéndola como una «tentación». Se había reído al escuchar a su amigo, intentando que su preocupación desapareciera, pero en el fondo conocía muy bien su estado.

Él lo sufría cada día en silencio por el bien de su amada.

—Amada... —susurró meditabundo.

Era la primera vez que llamaba así a Etien y la culpa debía tenerla el *casibeso* que habían compartido la pasada noche. Si Pandora no hubiera aparecido, su lucha interna se hubiera derrumbado porque deseaba besarla, nadie sabía lo que ansiaba probar los labios de la pelirroja... Pero no debía.

—Hace años me juré que impediría que nadie se enamorara de mí. Por su bien —confesó en voz alta en un intento de recordárselo—. Y debo mantenerlo.

La mirada de la mujer se le apareció de pronto. Sus ojos verdes, tristes...

Sabía que había sido duro con ella, frío y distante cuando subió al puente de mandos, pero fue la única salida que había encontrado para distanciarse.

Apretó la manzana que tenía en la mano con fuerza y tensó la mandíbula.

En los ojos verdes de Etien se había materializado el dolor que no quería para ella, pero que debía utilizar para distanciarse.

A pesar de sus intentos de esconder el daño que sus palabras le habían ocasionado, no había logrado esconderle a tiempo sus sentimientos. Se había repuesto de inmediato o por lo menos lo había intentado, pero no tan rápido para que él no lo percibiera.

No le gustaba herirla, no quería que sufriera, pero si se mantenía cerca de ella, al final lo lograría y no sería solo con sus palabras.

—Debía alejarse de Etien.

[1](#) La *Divina Comedia* de Dante Alighieri. Infierno, Canto III, sentencia 9.

Capítulo 10

El negro cabello de la joven ondeaba con la brisa de la mañana. Había decidido salir a cubierta, a disfrutar de la tranquilidad que el amanecer le solía ofrecer y más después de estar tanto tiempo dentro de un barco donde se sentía una extraña.

Pandora no había descansado bien esa noche. Sus sueños no habían sido dulces ni amistosos. Todo lo contrario. Las pesadillas se habían hecho presa de ella en cuanto su cabeza se posó sobre la almohada, logrando despertarla en más de una ocasión empapada en un sudor frío.

Después de regalarse una ducha que buscó despertar el entumecido cuerpo, decidió que el aire libre le vendría bien y ahí estaba ahora, apoyada en la barandilla del barco, observando cómo la proa de la nave se enfrentaba al mar insondable.

La pasada noche había estado a punto de estropear sus propios planes. Si no hubiera seguido el juego a Caetus, nada habría sucedido, pero no supo estar callada. El recuerdo de lo acontecido con sus padres, cuando intentó narrárselo a los dos...

—Haddasus... —los mencionó con odio en voz alta.

Se apartó el cabello húmedo de la cara cuando una fuerte ola chocó con el casco del barco y se agarró con fuerza a la barandilla, logrando que sus nudillos adquirieran un tono blanco.

Debía ser más precavida o sus planes no saldrían bien.

Capítulo 11

Año 2050

—Te esperaba.

La risa varonil del recién llegado resonó en el callejón, acompañado del chapoteo de sus pies sobre el agua que ya comenzaba a inundar esa parte de la ciudad. El motor de la barca no se había escuchado por lo que dedujo que habían utilizado algún otro medio para llegar hasta allí.

—Yo que quería darte una sorpresa, Accipiter.

El mencionado se volvió y enfrentó su mirada azulada a la del otro hombre.

—Ya sabes, Séneca, que es difícil sorprenderme...

—¿Y el gato? —le interrumpió mostrando una sonrisa en su rostro.

Si había dudado por unos segundos que la aparición del animal en su casa estaba relacionada con Nueva Esparta, este se lo acababa de confirmar.

Refunfuñó, se despeinó el cabello negro con vetas blancas y se apoyó en la mohosa pared del edificio más cercano.

—La próxima vez que quieras conversar conmigo... —dudó—. Por los dioses, Séneca, lo encontré Falco.

El hombre volvió a reírse, mientras se agachaba para anudar los cordones de una de las botas militares que llevaba. Con un pantalón negro y una sudadera del mismo color, buscaba no llamar la atención en la ciudad de Nueva York Twin. Si no fuera por el largo cabello blanco que llevaba suelto, podría conseguirlo sin problemas.

—Esa era la intención.

Accipiter le miró confuso.

—¿Que mi hijo encontrara el animal?

Él asintió.

—Que uno de tus hijos lo hallara y así no te librarías de esta cita. —Extendió los brazos tras explicarse.

El jefe de los Rapax le observó. Tenía toda la razón. Al aparecer el gato en su casa, donde vivía con su familia, había conseguido atraer su atención y preocuparse por la seguridad de la misma. Necesitaba descubrir por qué había llegado el animal a su hogar, qué quería de él Séneca y asegurarse de que no volvería a repetirse.

Estiró las mangas de la camisa azul que llevaba y aflojó el nudo de la corbata. La chaqueta la había abandonado en el interior de su coche, un Zimmer Golden Spirit color burdeos modificado para poder circular sin problemas gracias al sistema de funcionamiento que mezclaba la energía solar y la electromagnética, que irradiaban las calles metálicas. Herencia de su bisabuelo, llevaba guardado desde hacía mucho tiempo en los sótanos de Caeli, hasta que decidió transformarlo para poder utilizarlo como el gran amante de los vehículos clásicos que era.

Había abandonado una cena de negocios a la que acudió por una decisión de última hora. El invitado de honor influyó en ese cambio, pero también los acontecimientos que surgieron a lo largo del día.

Hyaena le había insistido esa mañana en su despacho que no hacía falta que fuera, que iba él en representación de los Rapax y le convenció enseguida. Pensó que sería una gran oportunidad para pasar tiempo con Melli y los niños, hasta que se topó con dos miembros del Gregem.

—Espero verte esta noche, Accipiter —le saludó Mesomelas, dándole un golpe en la espalda, sorprendiéndole en el garaje.

—Pues estaba pensando...

—No puedes faltar —interrumpió Picaza, otro miembro del Gregem que llegaba en ese

momento para coger su coche.

El jefe de los Rapax los observó extrañado por tanta insistencia.

—Tenía trabajo que hacer y...

El primero se rio, provocando que su oronda barriga subiera y bajara.

—Deja el trabajo para otro día —indicó.

—No puedes faltar a la visita del Gran Sacerdote Nival —añadió Picaza mientras se rascaba la nariz.

Este miró a los miembros del Consejo.

—¿Nival? ¿Seguro?

Los dos haddasus se rieron mientras se dirigían a sus vehículos.

—Te vemos esta noche —se despidió Mesomelas, al mismo tiempo que su compañero movía la mano para decirle adiós.

Todavía recordaba cómo lanzó el maletín con fuerza sobre la estantería que guardaba su colección de libros antiguos, cuando la secretaria, entre asustada y asombrada por el comportamiento de su jefe, le confirmó que el Sacerdote Nival acudiría esa noche a la cena que el clan Rapax le había organizado. Una cita cerrada, desde hacía meses, que Hyaena quedó en avisarle.

Entre enfadado y algo dolido, al no comprender por qué su hermano no le había informado de la visita del máximo representante de la confesión mayoritaria de Nueva América, acudió a la cena.

La cara de asombro de Hyaena al verle en el salón de banquetes, donde estaba reunido todo el Gregem, le delató.

No quería que estuviera allí.

A partir de ese momento, Accipiter se dedicó a atender a Nival, escuchar sus quejas y solicitudes, intentando evadir con diplomacia algunos de los temas en los que las otras religiones salían a relucir.

Fue el perfecto anfitrión, cuidando de su invitado pero sin apartar los ojos ni un instante de su hermano, controlando todo lo que hacía o decía. Si no le había avisado de esa visita, debía tener un motivo que debía descubrir.

Pero no lo logró.

Hyaena cumplió como el perfecto vicepresidente del clan Rapax e incluso, a diferencia de en otras celebraciones, buscó no llamar la atención sobre su persona.

Tras la partida del Gran Sacerdote Nival, abandonando la velada antes de lo esperado, agotado del viaje y en previsión de la visita que haría al día siguiente a una de sus comunidades; Accipiter aguantó media hora más en el salón. Dudó si marcharse después de su invitado, pero al final decidió que lo mejor era quedarse y vigilar a Hyaena, por si realizaba algún movimiento extraño.

Pasado un tiempo y tras comprobar que seguiría centrado en el juego de cartas digitales casi toda la noche, un *hobby* que funcionaba gracias a un sistema holográfico donde los naipes solo eran visibles para su dueño, decidió marcharse. Hyaena perdía bastante dinero y sabía bien que hasta que no recuperara todo lo apostado, no abandonaría el lugar.

Estaba cansado del largo día, del trabajo y de los acontecimientos que se habían presentado sorprendiéndole. Necesitaba irse a su casa para relajarse con una copa de vino sucedáneo o intentaría convencer a Melli de abrir una de las botellas que tenían guardadas en la bodega, heredadas del abuelo.

Melli...

La cara de su mujer se le apareció por un segundo mientras indicaba en el panel de conducción del Zimmer la dirección de su hogar. Necesitaba verla y hablar con ella. Escuchar lo que opinaba sobre todo lo acontecido a lo largo del día.

El vehículo se elevó unos metros por encima del suelo y tomó la dirección marcada mientras su dueño descansaba la cabeza en el asiento y cerraba los ojos. Se estaba quedando dormido cuando una breve turbulencia le devolvió a la carretera, se fijó de por dónde circulaba y suspiró. Pulsó dos de los botones del cuadro de mandos y un volante apareció delante de él como por arte de magia. Giró hacia la derecha y se adentró por uno de los barrios más desfavorecidos y peligrosos de Nueva York Twin.

Tenía una cita a la que no quería acudir, pero al mismo tiempo no podía eludir.

La luz artificial le abandonó en cuanto su coche traspasó los primeros edificios con las paredes repletas de moho. La cercanía del agua provocaba que el deterioro de esa parte de la ciudad aumentara, pero también ayudaba que los Rapax no hicieran nada por evitarlo.

Los haddasus de esos barrios sufrían con mayor vehemencia los racionamientos de los que era presa la ciudad. Los cortes de luz eran constantes cuando en otras zonas de Nueva York Twin no se producían, y las enfermedades o hambrunas estaban en el orden del día.

Melli intentaba mostrárselo. Le repetía una y otra vez que aunque ese era el *status* que se había encontrado cuando llegó al poder, podía cambiarlo. Sobre todo ahora que las quejas por abusos aumentaban. No sabía qué estaba sucediendo y la culpabilidad por no hacer nada, mirar hacia otro lado, excusándose en todo el trabajo que le tenía sepultado en la oficina o con sus viajes, deberes del jefe de los Rapax, le hacían dudar.

Dudar del sistema implantado por los Rapax.

Dudar de la gente que le rodeaba.

—Tengo que hablarlo con Hyaena —dijo en voz alta—. Necesitamos una solución inmediata que favorezca a los habitantes de estos barrios.

Había estado muy ciego y era el momento de seguir los consejos de su mujer. Debía cambiar las cosas. Sabía que iba a ser difícil. Conocía la realidad que rodeaba al Gregem y a buena parte de los altos cargos de los Rapax, donde el dinero y sus influencias primaban sobre el resto.

Iba a ser un trabajo difícil donde iba a necesitar ayuda.

—Hablaré con Hyaena.

Aparcó en el callejón más próximo al agua, evitando que las cámaras de la ciudad lo grabaran y al mismo tiempo, al estar cerca la subida del océano, podría utilizarlo de excusa para marcharse con rapidez.

Séneca tosió devolviéndolo al presente.

—Tenemos que hablar.

La risa varonil de Accipiter retumbó por el callejón.

—¿No me digas? —señaló con ironía—. Creo que lo del gato y que estés aquí tú, el gran Séneca, enemigo de mis compatriotas, lo deja bastante claro.

El hombre sonrió.

—No puedes fiarte de Hyaena.

El jefe de los Rapax tosió con brusquedad ante esa declaración. Séneca se adelantó un par de pasos, con intención de ayudarlo pero el haddasu elevó su mano deteniéndole.

—No te me acerques —ordenó—. ¿Qué quieres decir con no fiarme? ¿De Hyaena? ¿De mi hermano? —formuló una pregunta tras otra mientras se paseaba de un lado a otro.

—Accipiter...

—¡Mi hermano!

—Déjame que me explique —le solicitó deteniendo su caminar.

El Rapax le miró, se apoyó en la pared del edificio y comenzó a remangarse las mangas de la camisa azul.

—Más te vale que lo hagas y que tu explicación me convenza.

Séneca le observó midiendo sus palabras y dejó que su mano desapareciera por el cabello blanco.

—Tu hermano lleva varios años robando a los Rapax...

—Dinero. Ya lo sé —interrumpió.

El neoespartano le miró sin dejar que en su rostro se mostrara la sorpresa por lo que Accipiter acababa de anunciar. Le llamaba la atención no que supiera que su hermano era un ladrón, sino la tranquilidad con lo que lo decía, como si lo tuviera asumido y fuera inevitable.

—No hablaba del dinero.

En este caso el sorprendido fue el jefe de los Rapax.

—Si no es eso... ¿A qué te refieres?

Séneca se sentó en uno de los anchos poyetes que había instalados al final de la calle y que señalizaban el límite entre la ciudad y el océano.

—Te está robando el ADN.

—¿El ADN? ¿El de Caeli? —preguntó extrañado.

El neoespartano asintió.

—El que tenéis guardado en los laboratorios. El ADN original de primer orden.

Accipiter refunfuñó palabras inconexas, se despeinó el cabello y dejó su mirada perdida.

—No puede ser. ¿Cómo lo sabéis?

Séneca le miró y extendió sus brazos.

—Han comenzado a aparecer muchos matasanos jactándose de que por un módico precio pueden realizar operaciones con una genética perfecta.

El haddasu le enfrentó.

—¿Esas son tus pruebas?

—Tienes que entender que...

—¿Entender qué? —interrumpió.

—Accipiter...

El Rapax negó con la cabeza y avanzó hacia su coche.

—No, Séneca. No puedes pretender que desconfíe de Hyaena, de mi hermano por la cháchara de unos «cirujanos» que lo que buscan es hacerse con las pocas ganancias de los incautos.

—Accipiter, escúchame —le llamó—. Por favor.

El haddasu dudó por unos segundos si marcharse y dejar al hombre allí, pero al final cedió y le miró.

—Un minuto. —Cruzó los brazos y esperó a lo que tuviera que decirle.

El neoespartano movió la cabeza mirando las paredes de los edificios que había cerca de él, desvencijados y llenos de moho que mostraban el deterioro de esa zona. Dudaba qué contar al jefe de los Rapax. Sabía que se la jugaba a una sola carta. Tenía poca información de que Hyaena estuviera llevando a cabo las operaciones secretas que comenzaban a correr por la ciudad. Rumores que adquirirían cada vez más fuerza y que le habían influido para que estuviera allí esa noche.

—No tengo ninguna prueba...

El jefe de los Rapax levantó la mano acallándolo.

—Entonces no seguiremos esta conversación.

—Me has dado un minuto, Accipiter —recalcó consiguiendo un movimiento afirmativo para que continuara—. No tengo pruebas de que Hyaena esté llevando a cabo lo que te he indicado, pero pensé que era conveniente avisarte.

Accipiter dejó caer los brazos sin fuerza a lo largo de su cuerpo.

—¿Para qué? —preguntó—. ¿Para qué, Séneca? Quieres... Vosotros los neoespartanos queréis que dude de mi hermano para facilitaros nuestra caída.

Séneca elevó su ceja incrédulo con su razonamiento.

—No te voy a negar que aunque he pensado que sería un mecanismo para desequilibrar el poder de los Rapax, del Gregem, el vuestro...

—Lo ves —insistió.

El neoespartano levantó su dedo índice.

—En esta ocasión, mi preocupación va más allá.

—¿Preocupación?

Se apartó el cabello blanco de la cara y le miró.

—Me preocupa que si tu hermano sigue con ese robo, acabe con la reserva de ADN animal y vegetal que tenemos, que la Tierra tiene, y que cuando sea necesario su uso no podamos utilizarlo. No quedará nada.

Accipiter observó su rostro, la preocupación en esa cara marcada por miles de batallas.

—Si es verdad que mi hermano está llevando a cabo un contrabando de ADN...

—Es verdad —interrumpió recibiendo una dura mirada del haddasu.

—Lo investigaré —continuó—. Hay que ser muy meticuloso con este tema. Hay que recabar pruebas y no podré fiarme de todo el mundo. Va a ser una tarea peligrosa.

—Puedes contar con Nueva Esparta.

—¿Con mi enemigo? —Se rio.

Séneca suspiró.

—Puedes contar conmigo. Te lo prometo —recalcó.

Accipiter asintió. Eso le gustaba más. No es que se fiara por completo del neoespartano, pero le había demostrado en numerosas ocasiones que era un hombre de principios y más si estaba en peligro el futuro del planeta.

—En cuanto comience a investigar, tendré que andar con pies de plomo, lo que significa que no podrán aparecer más gatos ni animales de otro tipo.

Séneca sonrió haciéndose la señal de la cruz sobre el corazón.

—No más sorpresas.

—Y no podremos vernos de nuevo hasta que yo lo decida.

—¿Y si necesitas ayuda? —preguntó.

—Te enterarás. —Le ofreció la mano derecha que el neoespartano no dudó en estrechar—. Pero si...

—¿Si?

Accipiter apretó la mano del hombre.

—Si me estás mintiendo, si todo es una patraña tuya que busca que desconfíe de mi hermano y así aprovechar el momento para haceros con el control de Nueva York Twin. —Se calló por unos segundos dándole más crudeza a la amenaza—. No dudaré en matarte.

Séneca tragó y asintió.

—Lo comprendo.

Capítulo 12

Año 2070

—Ahora me vas a decir qué sucedió anoche.

Rafael que estaba dentro de la cámara frigorífica, colocando parte de la verdura que le había sobrado del desayuno, la miró sin querer comprender.

—No sé a qué te refieres.

La joven bufó, dio una patada a una de las cajas vacías que había en el suelo y se terminó sentando sobre ella.

—De aquí no me muevo hasta que aclaremos las cosas —anunció consiguiendo que en la cara de Rafael naciera una sonrisa que escondió.

Sabía que esto iba a suceder.

Habían coincidido en el desayuno y con un frío saludo, nada más aparecer en el salón, Etien no volvió a dirigirle la palabra. Se sentó al lado de Pandora y comió el contenido del plato que le puso delante de ella como si fuera un autómata.

La otra joven intentó conversar, preguntando en ocasiones a Etien y otras a él, buscando romper la tensión que se palpaba en el ambiente, pero sin grandes resultados.

Sus ojos se habían ido más de una vez hacia la pelirroja. El enfado que mostraba le atraía... Toda ella le atraía y especialmente esa mañana. Estaba preciosa con el corto cabello pelirrojo húmedo, prueba de que se había dado una ducha, y el mono enterizo azul con tirantes, moldeando su figura. Debajo del mismo llevaba una simple camiseta negra que hacía resaltar su piel nacarada.

No sabía si se había vestido así aposta, para conseguir que su cuerpo temblara cada vez que la observara o para vengarse de su comportamiento. Sufría y quien llevaba la peor parte de su anatomía se hacía notar cada vez que la miraba, a pesar de que su cabeza le repetía una y otra vez que no podía ser. Ya había tomado una decisión y no podía incumplirla.

Tras una pregunta sin respuesta, formulada por la pequeña Pandora, el silencio rodeó al trío hasta que la mujer ya no pudo soportarlo más.

—Creo que me voy a tomar el aire fuera —se despidió sin conseguir ninguna palabra de la pareja.

Fue Rafael el primero que se dio cuenta de que se encontraban solos, Etien y él, y por temor a la reacción de la joven decidió alejarse de ella. Recogió los platos que había usado y los de Pandora, y se adentró en la cocina.

Le extrañó que tardara en aparecer pero allí estaba ya.

—Tú misma —contestó—. Si quieres quedarte dentro de la cámara, la que se va a congelar vas a ser tú.

Salió con una caja de fresas mientras Etien refunfuñaba de nuevo. Sabía que no debía disfrutar con esta situación, pero no podía evitarlo. Se acercó hasta el fregadero y comenzó a limpiar la fruta.

Pasados unos minutos escuchó como la puerta del gran frigorífico se cerraba.

—¿Has pensado que no era bueno morir de frío? —preguntó sardónico recibiendo silencio por respuesta.

Se volvió inmediatamente preocupado, creyendo que por algún fallo Etien se había quedado encerrada dentro de la cámara, pero estaba equivocado. Allí estaba. Apoyada en la pared de la cocina, con los brazos cruzados y mostrando obstinación en su mirada verde.

—No me voy a ir a ninguna parte hasta que no hablemos —repitió.

Rafé tiró sobre la encimera blanca el trapo con el que se secaba las manos y se apoyó en ella.

—Ayer ya nos dijimos todo lo que debíamos —explicó resignado.

Los brazos de Etien cayeron inertes a lo largo de su cuerpo y avanzó unos pocos pasos aproximándose al hombre.

—No, que yo recuerde, fuiste tú el que habló.

—Estabas de acuerdo.

—Estaba confusa —adujo sorprendiéndole.

Posó su mano sobre su cabello negro y la miró.

—¿Confusa?

Etien se acercó más a él.

—No entiendo lo que sucedió aquí —señaló el espacio—, antes de la cena, antes de que Pandora nos interrumpiera y luego...

—Etien...

Enfrentó su mirada ámbar.

—Luego fue como si te perdiera —confesó dejándole sin respiración.

Rafe agarró sus manos.

—No me has perdido. —Ella negó con la cabeza—. No me has perdido ni me perderás —repitió.

La pelirroja se soltó de su agarre y le dio la espalda.

—No es cierto, tus actos contradicen tus palabras.

Al escucharla, su mano automáticamente se elevó buscando acariciar el rojo cabello, pero se detuvo antes de cometer una nueva estupidez. Ya estuvo a punto de meter la pata cuando casi le roba un beso.

—Si te he transmitido lo contrario —dudó—, perdona.

Pudo sentir en la voz del hombre pesar y dolor, se giró de nuevo, dejando que sus manos le volvieran a buscar. Atrapó su camisa gris de botones y acortó de nuevo la distancia que los separaba.

—No quiero perder a mi amigo, al Rafael que me hacía reír, a mi compañero... —enumeró casi suplicando mientras sus ojos no se apartaban de los de él.

Rafael le acarició la mejilla, posando con delicadeza sus dedos en cada una de sus pecas.

—Como amigo me tendrás siempre, pero lo de ayer...

Etien apoyó la cabeza en su tórax sin fuerza.

—No se volverá a repetir.

Él posó su cuadrada mandíbula sobre la cabeza roja.

—No soy bueno para ti —susurró sin darse cuenta.

Etien se separó de él y le observó extrañada ante su confesión.

—¿Por qué dices eso? Eres el hombre más honrado, compasivo, paciente, sensible...

La risa de Rafael la interrumpió.

—Si sigues describiéndome así me lo voy a terminar por creer. —Le guiñó un ojo y volvió al fregadero.

—Solo digo la verdad.

La espalda masculina se tensó.

—En realidad, no me conoces —espetó.

—Rafael...

Él se giró mostrando en su rostro la tensión que vivía y que nunca dejaba traslucir.

—No conoces nada de mi pasado. No sabes de lo que soy capaz de... —Se miró las manos que le temblaban.

La mujer sorprendida no dudó en acercarse a él y atraparle las manos. Se las llevó hasta la boca, prodigándole con sendos besos, sorprendiendo a su dueño.

—No me importa tu pasado, lo que creas que hiciste —declaró mientras volvía a besarle los nudillos—. Me importa el ahora, nuestro día a día... Tú y yo.

Rafael dejó clavados sus ojos en los iris verdes.

—No puedo prometerte nada.

—No quiero promesas, quiero a mi amigo. Te quiero a ti —rebatió.

Él acarició su suave tez y dejó que sus dedos se deslizaran por su cuello, provocando que el corazón de la mujer latiera desbocado.

—¿Sabes lo duro que es verte todos los días y no poder tocarte así?

Etien retuvo la respiración.

—¿Sabes lo duro que es no oler tu aroma cuando estoy destinada fuera de Nueva Esparta?

Rafe descendió su mirada hasta sus labios.

—No escuchar tu risa.

—No poder asistir a tus clases y ver cómo los niños te adoran —confesó.

Los dedos siguieron descendiendo dibujando el perfil del pecho femenino.

—Saber que nunca podré tenerte...

Pegó su cuerpo al del hombre.

—¿Por qué? —preguntó dubitativa, intentando que su corazón se tranquilizara ante las caricias que le prodigaban.

—No soy bueno para ti —repitió de nuevo sin mucho convencimiento, más cuando sus dedos se perdieron por debajo del mono y llegaron hasta el pezón femenino.

Etien mantuvo la respiración por unos segundos esperando ver si continuaba con la caricia o se arrepentía. Suplicando en silencio que continuara.

—¿Y si me gustan los chicos malos?

Rafe enfrentó su mirada y le regaló una media sonrisa dotándole de un atractivo peligroso.

—Solo podemos ser amigos —anunció con voz grave.

Etien sonrió mientras sentía cómo los dedos masculinos le acariciaban de nuevo, provocando que su pezón cobrara vida y que por su cuerpo se precipitaran multitud de temblores.

—Amigos...

La boca de Rafael se cernió sobre la de ella sin esperar ningún permiso. Atrapó el labio superior para pasar a continuación al inferior, robándole un grito de sorpresa que no pudo evitar.

La mujer enredó sus manos en el negro cabello, deshaciéndose de la coleta, mientras la lengua de su dueño traspasaba el umbral húmedo buscando a su compañera.

Los dedos femeninos descendieron por la ancha espalda, sacando la camisa del vaquero, permitiendo el libre acceso a su cuerpo. Se perdió por debajo de la tela y le acarició con premura. Delineó con lentitud sus músculos, queriendo grabar en sus dedos cada una de las líneas que definían el cuerpo de su amante.

Rafael se deshizo del mono de la mujer con rapidez, sorprendiendo a su dueña por unos segundos, hasta que sintió cómo la elevaba y la posaba sobre la encimera. Le abrió las piernas y se colocó en medio de esa dulce jaula.

La boca seguía robándole hambrientos besos, dulces gemidos y algún que otro mordisco.

Deslizó uno de sus dedos por el interior de las braguitas, recibido por un suave nido de rizos. Le acarició con suavidad, jugando con los labios genitales, atraído por los gemidos que producía su dueña y que aumentaban según profundizaba la caricia.

Atraído por la humedad que nacía de su interior, penetró la vagina con un primer dedo, para

seguirle un segundo sin dilación animado por los movimientos pélvicos que realizaba su dueña.

Etien, en cuanto lo sintió en su interior, le clavó las uñas en sus hombros y le rogó una mayor cercanía, intensificando los besos que se prodigaban.

Le necesitaba.

Rafael, sin dudarle ni un segundo más, le quitó la ropa íntima que aún llevaba, permitiéndole observar el nido de rizos rojos que había acariciado con anterioridad y que poblaba el pubis femenino.

En su rostro nació una hambrienta sonrisa. Deseaba catar los efluvios que pudieran nacer del interior de su amante y sin poder evitarlo, se llevó uno de los dedos con el que la había acariciado hasta la boca y cerró los ojos saboreándolo.

—Dulce, sabroso —gimió mientras Etien admiraba su rostro, sorprendida de la satisfacción que mostraba—. Si hubiera más tiempo —dudó—, pero ahora no es el momento.

—¿El momento para qué? —preguntó casi sin respiración.

Rafael la observó y depositó un dulce beso en su respingona nariz.

—Tengo que probarte —confesó provocando que las mejillas femeninas adquirieran una tonalidad rosácea—, pero ahora me corre más prisa otra cosa.

—¿El qué? —logró formular.

Él le sonrió, se desabotonó el vaquero y dejó libre su miembro erecto.

Etien se quedó muda de pronto, provocando que él se riera al mismo tiempo que se acercaba hasta la meta deseada.

El pene se adentró con facilidad por el interior de la joven arrancándole un gutural gemido que acalló cuando Rafael volvió a besarla.

—Calla, que nos van a oír —la regañó con tibieza.

En ese momento Etien fue consciente de dónde se encontraban. En mitad de la cocina de un barco, donde cualquiera podía sorprenderles.

Por unos segundos su cuerpo se tensó, pero Rafael en vez de parar incrementó sus movimientos devolviéndola a lo que estaban compartiendo.

—No pienses —ordenó—. Siénteme.

Las miradas de ambos se entrelazaron, sus respiraciones se enredaron y sus corazones comenzaron a latir al mismo compás.

El hombre se movía con rapidez, en una danza ancestral que buscaba saciar a su compañera.

Su pene salía y entraba del interior sin demora, buscando el roce con las paredes vaginales, anhelando sentirla, dándose un placer que sus cuerpos reclamaban desde hacía bastante tiempo.

El ritmo se incrementó.

Una de las manos descendió hasta el clítoris de ella y comenzó a acariciarlo.

La otra mano ascendió por el interior de la camiseta y atrapó uno de los pechos.

Las caricias se sucedieron aumentando la velocidad, al compás de las embestidas de Rafael.

Los gemidos aumentaron.

Los besos se repetían.

Etien clavó las uñas en los hombros masculinos y Rafael acabó posando sus manos en el trasero de ella, para acercarla aún más a él, mientras las piernas femeninas le abrazaban.

De pronto, los dos se miraron, sentían que lo que compartían llegaba a su fin y ninguno lo deseaba.

Etien no lo dudó, atrapó su boca robándole un voraz beso y se acercó hasta su oreja.

—Siempre amigos.

—Siempre amigos —repitió él profundizando una última estocada consiguiendo que ambos

llegaran a la vez al orgasmo.

Capítulo 13

Falco llevaba delante del cuadro de mandos del barco desde que había relevado a Caetus. Sentado en la butaca, estaba pendiente del desierto océano y de que la nave no se alejara de la ruta marcada gracias al AIS², con una cartografía electrónica que aportaba información más detallada que la de los antiguos radares.

Había desayunado una estupenda tortilla francesa con espinacas y un zumo de naranja que le había subido Etien. Un desayuno que le había sabido a gloria. Una de las cosas que más iba a extrañar de Nueva Esparta eran estos manjares que distaban mucho de los alimentos que tenían en la ciudad.

Sonrió al recordar el día que su madre apareció en casa con una enorme sandía.

Su risa rebotó por los cristales del puente de mando cuando las palabras de Ninnox se hicieron presentes.

Año 2052

—Ohh... Mamá, ha traído una pelota verde.

Melli despeinó a su hija pequeña en un gesto cariñoso y le sonrió mientras dejaba la fruta sobre la encimera de la cocina.

Su hijo y su mejor amigo aparecieron corriendo enseguida. Llevaban cada uno una toalla con la que se secaban el cabello, por lo que supuso que habían estado jugando en el jardín a pesar de la lluvia. Pasarían por hermanos, si no fuera por la piel mestiza de Caetus. De complexión parecida, con el cabello moreno, uno más largo que otro, y mostrando la misma tozudez en sus miradas. Ambos vestían con vaqueros y con camisetas negras similares, con un logo impreso en la tela de un grupo clásico de rock, influencia de la música que escuchaba Accipiter y que les había transmitido.

—No, tonta. Es una sandía —le aclaró Falco al mismo tiempo que se sentaba en uno de los altos taburetes que rodeaban la isleta central, seguido del otro chico.

—No la llares tonta —le gritó Feles, cogiendo de la mano a Ninnox.

—No te metas, niñaata...

Melli dio varias palmadas en el aire acallándolos y les miró.

—Chicos, no es el momento de una de vuestras discusiones.

—Pero mamá...

—Chrys, Feles tiene razón —le regañó devolviendo la atención a la sandía—. No llares tonta a tu hermana.

La chica morena le sacó la lengua y se sentó en uno de los taburetes libres, sin apartar la vista de Falco.

—Mamá, mamá... —Ninnox le tiró de la falda de flores, reclamándola—. ¡Déjame verla!

Su madre la elevó y la sentó sobre la encimera.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó curioso su hijo.

Melli, que sacó un cilindro metálico del interior de uno de los cajones, se encogió de hombros y les dijo:

—Tu madre, que hace magia.

—Señora Rapax, ¿no habrá vuelto a comprar en el mercado negro? —Caetus interrogó temiendo su respuesta mientras la observaba. La quería como a una madre—. Ya sabe que es muy peligroso y al señor Rapax no le hará nada de gracia.

Melli se volvió de nuevo para enfrentar a los niños. Dejó su vista fija en el mejor amigo de su hijo y un sentimiento de tristeza le atrapó el corazón por unos segundos.

Desde que Caetus descubrió que su padre era Hyaena, su vida había cambiado. A pesar de

tener la misma edad que Chrys, quince años en esos momentos, era como si se hubiera convertido en un adulto de la noche a la mañana. Taciturno y en ocasiones demasiado triste para su corta edad, llevaba sin escuchar su risa desde hacía bastante tiempo.

El único lugar donde encontraba consuelo era el océano, donde desaparecía para nadar, ayudado de las branquias que tenía desde que nació. Aunque los dos niños intentaban que no supiera de sus escapadas nocturnas, ayudado por la complicidad de Falco, estas no le eran desconocidas y le preocupaban. De noche, sin protección, sin su amparo...

Sonrió a los cuatro niños y se llevó el dedo índice hacia su boca.

—¿Sabéis guardar un secreto? —Todos afirmaron con sus cabezas, deseando escucharlo—. Es una sorpresa para el señor Rapax.

Ninox tiró de la manga de la blusa azul de su madre.

—¿Para papá? —Ella asintió mientras le acariciaba la cara y pensó que crecían con demasiada rapidez.

—¿Es su aniversario? —preguntó Feles.

Melli sonrió a la niña y le guiñó un ojo.

—Algo así.

—Ohh... ¡qué bonito! —dijo al mismo tiempo que le golpeaba algo en la cabeza.

Observó a Falco, quien le había lanzado el proyectil, que la imitaba exagerando sus gestos, burlándose de ella.

Le volvió a sacar la lengua y le dio la espalda enfurruñada.

—¿Queréis probarla? —preguntó Melli, respondiéndole inmediatamente un coro de voces afirmativas—. Está bien.

Acercó el cilindro metálico a la sandía y presionó un botón del mismo. Un pequeño láser rojo apareció de pronto, lo que utilizó para cortar la superficie de la fruta. Poco a poco fue sacando pequeñas porciones rojas que entregó a los niños para que pudieran saborearla.

—Está buena —señaló Caetus mientras terminaba su parte.

Falco confirmó las palabras de su amigo con un simple movimiento.

—Señora Rapax, está deliciosa, de seguro que a su marido le va a encantar —Feles afirmó observando por el rabllo del ojo cómo el hermano de Ninox la imitaba de nuevo.

—Chrys... Basta ya —le regañó su madre.

El chico se encogió de hombros, intentando mostrar arrepentimiento, pero el guiño que le ofreció a Caetus y la media sonrisa que apareció en su rostro contradujo sus intenciones.

—Creo que... Me voy a ir a casa ya, señora Rapax —anunció a media voz Feles mientras se bajaba del taburete, y se recolocaba unas arrugas imaginarias del pantalón morado que llevaba y se estiraba la camiseta, donde había un dibujo de corazones de distintos tamaños.

Melli, ante el anuncio de la niña, miró a su hijo con disgusto. Sabía que mucha culpa de que Feles quisiera marcharse la tenía él. Últimamente era imposible tenerlos a los dos juntos. Las discusiones se sucedían, pinchando Chrys a la niña en más de una ocasión, consiguiendo enfadarla.

—Chrys...

El joven levantó las manos en son de paz.

—No he hecho nada, ahora.

Feles miró a madre e hijo, y negó con la cabeza.

—No se preocupe. De verdad que tengo que irme —confirmó—. Se ha hecho tarde.

Melli asintió al mismo tiempo que señalaba a Falco con el dedo, indicándole que ya hablarían más tarde. Salió de la cocina seguida de Feles y le puso un impermeable rojo.

—Cuando he llegado no llovía, pero date prisa en ir a tu casa, no vaya a ser que vuelva la tormenta.

La niña asintió.

—Gracias...

—La acompañaré a su casa —anunció Falco de pronto, sorprendiendo a las dos mujeres.

Melli observó a su hijo.

—No creas que esto te librerá de una conversación. —Él asintió—. Corre a por tu impermeable.

Tras las recomendaciones de la madre de Falco, de que no se entretuvieran y que no se desviarán del camino, salieron en silencio de la vivienda.

Iban sorteando los charcos que se habían creado en la acera por la última tormenta, sin pronunciar palabra alguna pero compartiendo miradas cómplices, cuando se cruzaban con algún haddasu vestido con ropas extravagantes o circulando con el último modelo de patinete.

Falco estaba obsesionado con ese medio de transporte que se había puesto de moda en los últimos días y que su padre le había explicado que imitaban a los antiguos monopatines eléctricos de dos ruedas pero en este caso, para poder moverse, utilizaban la energía electromagnética que circulaba por debajo de la ciudad. Así es cómo elevaban a sus dueños por encima del suelo unos pocos centímetros y adquirían grandes velocidades. Esto último había generado cierta polémica entre los haddasus al no haberse definido todavía si era mejor que circularan por las aceras, con el consiguiente peligro de los peatones, o por las carreteras donde iban más lentos que los propios automóviles.

Más de uno de estos monopatines captó la atención de los dos niños cuando se cruzaban con ellos, por sus diseños, sus modificaciones o sus colores. Tuneados por sus dueños para personalizarlos.

Estaban cerca de la puerta verde de la casa de Feles, cuando comenzó a llover de nuevo y no dudaron en correr hasta el refugio que les proporcionaba el pequeño techado de la entrada de la vivienda.

A los dos les faltaba el aire y aunque ambos llevaban el impermeable, habían terminado empapados.

Falco le sonrió, siendo correspondido inmediatamente. Elevó su mano y le apartó un negro mechón que se le había pegado a la mejilla por el agua, demorando la caricia más tiempo del indicado.

Las mejillas de Feles se tornaron rojizas, apartando brevemente la mirada ante ese contacto.

El sonido del agua marcaba un ritmo candente mientras las respiraciones de ambos se normalizaban.

—No tiene pinta de querer parar. —Falco asomó la cabeza y miró el negro cielo.

Feles tosió.

—Si quieres puedes esperar dentro de casa a que amaine.

El chico negó con la cabeza.

—Estoy acostumbrado y mi madre ha dicho que no debía tardar para tener esa conversación.

—Dobló los dedos de ambas manos, imitando unas comillas imaginarias.

La risa femenina le envolvió hipnotizándolo.

—Creo que estás en un lío...

—¿Y quién tiene la culpa? —se enfrentó señalándola.

Le agarró el dedo y se lo apartó.

—¿Yo sola?

Falco agachó la mirada y gruñó.

—Si no te comportaras como una niña repelente.

Ella soltó una exclamación e inmediatamente le contestó:

—Si tú no te comportaras como un indeseable.

Se acercó a ella y le enfrentó la mirada dorada.

—Engreída.

—Inaguantable.

—Presumida.

—Creído.

—Preciosa.

—Atractivo.

—Dulce.

—Valiente...

Un mínimo espacio les separaba. Sus rostros estaban próximos, sus narices se rozaban y sus respiraciones se entrelazaban. Ella se mordió el labio inferior, atrayendo la atención de los ojos negros por unos segundos hasta que sus miradas volvieron a encontrarse.

Y de pronto...

Falco tomó una decisión: posó su boca sobre los labios femeninos y salió corriendo sin mirar atrás.

Feles se quedó anclada al suelo, delante de la puerta, sin saber reaccionar. Se llevó los dedos hasta su boca y sonrió.

—Me ha besado —el chico la escuchó decir—. Falco me ha besado.

2 Siglas anglosajonas de Automatic Identification System. En español, Sistema de Identificación Automática, pudiéndose encontrar en ocasiones como SIA.

Capítulo 14

Año 2070

—Nuestro primer beso, Feles —susurró llevándose los dedos hasta su boca, recordando el sabor de los labios femeninos.

Falco clavó los ojos negros en el horizonte azul, endureciendo su mandíbula según sentía como el odio corría de nuevo por sus venas.

—Su tío lo iba a pagar, pensó.

—Perdona... —Una voz femenina le devolvió al presente.

Se restregó los ojos con la mano, intentando alejar los fantasmas, y miró a la recién llegada.

Enfrente de él se encontraba Pandora, vestida con un chándal gris y con el cabello recogido en una coleta.

—¿Sí?

Ella negó.

—Nada, solo que te escuché hablar y pensé... quizás...

—No sucede nada —atajó soltando el aire que retenía—. ¿Quieres algo?

Se encogió de hombros.

—¿Puedo quedarme aquí, en el puente?

Falco asintió y observó cómo se acercaba hasta las cristaleras, para apoyarse en una pequeña barandilla y dejar su mirada perdida en el horizonte.

Así estuvieron bastante tiempo. Sin hablar. Cada uno inmerso en sus pensamientos, sin querer entorpecerse con palabras banales.

De pronto, Pandora apoyó la espalda en la barandilla y le miró.

—¿Cómo es Nueva York Twin?

Esa pregunta atrajo la atención del haddasu. Ayer se interesaba por la alimentación que tenían en la ciudad y hoy...

No sabía qué pensar de ella.

—¿No has estado nunca? —Un movimiento negativo de su cabeza fue la única respuesta que obtuvo—. Pero eres un bellator.

—Sí, pero es la primera vez que salgo de Nueva Esparta. —Falco la observó incrédulo—. Esta es mi primera expedición.

—Creí que habías realizado algún viaje de exploración anterior. —Ella negó.

Ahora entendía las primeras reticencias de Séneca y Gabriel para que la joven se uniera a esa misión. Hasta él habría puesto objeciones si llegaba a saberlo antes.

—¿Qué quieres que te cuente?

Se encogió de hombros

—Cualquier cosa...

—Veamos... —Miró brevemente el sistema de navegación, en el que no se reflejaba ningún barco a la vista, y devolvió la atención a la neoespartana—. Es donde nació, donde nos criamos Ninox y yo —comenzó a relatar mientras ella le observaba callada.

»Las ciudades de Nueva América están construidas sobre grandes cimientos, elevándolas por encima del nivel del mar. Existen numerosos puentes, acueductos o carreteras metálicas que se utilizan para moverse de un lado a otro de sus ciudades. Y salvo pocas excepciones, la mayoría de los edificios construidos imitan las antiguas metrópolis que se encuentran debajo de ellas.

—¿Y Nueva York Twin? —insistió ella.

Falco pasó su mano por el cabello y la miró.

—Nueva York Twin es la capital de todas ellas. El núcleo donde se concentra todo el poder

de las instituciones y desde donde se decide qué es lo mejor para la vida de los haddasus.

»Es mi hogar... Allí fue donde me crié, junto a Caetus y Ninox —dudó por unos segundos—. Junto a Feles. —El silencio los envolvió para retomar la narración con rapidez.

»Los edificios, al igual que sucede con el resto de ciudades, imitan en su mayoría a los de la antigua urbe. —La miró—. En la biblioteca que tenéis en Nueva Esparta, debe de haber algún libro donde esté representada.

—Sí. El Consejo de Ancianos guarda una gran colección de libros antiguos donde seguro hay algo —Pandora confirmó su suposición.

Él movió la cabeza, contento con su respuesta, y continuó:

—En los rascacielos construidos en el centro de la ciudad, los que rodean Caeli, es donde se cuece el germen de la mayoría de los negocios. Allí se mueve el dinero, se cierran tratos importantes y se hacen realidad muchos de los proyectos que salen de nuestra sede.

»Cuando estás en el interior de alguno de ellos, de los rascacielos —detalló—, y observas desde una de sus ventanas el exterior, la imagen te transporta al océano. Un espejismo en movimiento, como si la ciudad misma estuviera inmersa debajo de las aguas. —Pandora movió la cabeza, dándole a entender que le comprendía.

»Los vehículos que transportan a los haddasus, las mercancías, etc. funcionan gracias a la energía electromagnética que recorre sus calles, dejando lejos los carburantes contaminantes de antaño. Se elevan un poco sobre el nivel del suelo y circulan sin problemas. Incluso poseen autonomía independiente.

—¿Circulan solos?

La pregunta le arrancó una sonrisa.

—Si el conductor lo prefiere, sí.

—¡Es increíble!

No pudo evitar reírse.

—Como ves, la ciudad podría decirse que está dividida en barrios. —Ella movió la cabeza afirmativamente—. El financiero, el mercado, donde se concentran la mayoría de las tiendas y se pueden conseguir los alimentos que forman parte de nuestra dieta.

»Esta zona está más próxima al puerto, en la antigua bahía de Newark, que por su cercanía al océano tuvo que elevarse aún más su estructura, provocando que sea la zona más alta de la ciudad. —Movió su mano simulando lo que indicaba con sus palabras.

»El motivo por el que se instaló allí el barrio «comercial» es porque nuestra alimentación se basa sobre todo en algas, peces, medusas o cualquier producto que se consiga del mar. La manipulación o las píldoras artificiales que complementan nuestra dieta, las venden tenderos que residen allí en pos de una organización estratégica de la ciudad.

—¿Dónde se realizan esas manipulaciones? —se interesó.

—Hay varios edificios, cercanos a Caeli, donde se lleva a cabo —especificó.

—¿Caeli? Me lo has mencionado en varias ocasiones, pero no termino de entender qué es o qué función tiene para la ciudad.

Falco posó los ojos sobre el sistema de navegación y continuó.

—Es nuestra sede, la de los Rapax. Desde allí intentamos que todo funcione como debe ser.

—Ajá —asintió—. ¿Y por qué deben estar cerca de Caeli esos edificios?

—Porque en los sótanos de Caeli existen unos grandes almacenes donde se guarda el ADN de animales o vegetales.

Pandora asintió de nuevo comprendiendo.

—Para tener las células cerca y poder realizar las manipulaciones genéticas sin problemas.

—Así es...

—¿Y dónde duerme la gente?

Falco se rio ante la pregunta.

—En sus casas.

Pandora apartó la mirada ante la reacción del haddasu.

—Perdona, yo...

La observó y vio la timidez que mostraba su rostro.

—No, perdóname tú a mí si te he incomodado. —Ella negó quitando hierro al asunto—. La mayoría vive en barrios residenciales —explicó—. Lejos del ajetreo que pueda ocasionar el movimiento de mercancías o del centro de la ciudad. Rodeados de jardines y plantas artificiales. Cerca de los colegios a los que acuden nuestros niños, donde las nuevas tecnologías ya están implantadas y las imágenes tridimensionales están al orden del día, hay parques infantiles. Allí te encuentras columpios que juegan con los niños, haciéndolos volar o transportándolos de una plataforma a otra, con una separación de varios metros entre ellas, porque todavía no se ha perfeccionado su funcionamiento para grandes distancias.

»Cuando se consiga, el transporte de haddasus o mercancías mejorará... Es un instrumento lleno de posibilidades —pensó en voz alta, soñando con un futuro cercano.

La neoespartana sonrió al ver el rostro del hombre. Se notaba que le gustaba la ciudad en la que vivía.

—¿Qué más hay? —preguntó ansiosa por saber.

—Todavía hay bibliotecas, a pesar de que no tenemos libros de papel, salvo los haddasus que los coleccionan, como Ninnox.

»En esos edificios hay pantallas digitales que sirven para buscar aquello que nos interese, ya sea información antigua como actual. Utilizamos ordenadores con búsqueda activada por voz o también ayudantes electrónicos, hologramas programados para atender al público.

»Los museos... —rumió por unos segundos—. Mis antepasados creyeron que debían mantenerse tal como estaban, como centros de cultura que sirvieran para recordarnos el pasado que tuvimos, a los artistas que poblaron nuestro planeta y que gracias a sus obras nos recuerden un sinfín de sentimientos. Hoy en día se utilizan algunas salas de esos edificios para hacer exposiciones de artistas actuales porque aunque nos encontremos a finales del siglo XXI, también hay grandes genios.

»El arte es perenne y siempre necesitará un lugar de expresión.

La pareja se quedó en silencio.

Pandora observó al haddasu y en sus ojos apareció por unos segundos una ráfaga de tristeza.

—Mi favorito era el de Ciencias Naturales —Falco continuó de pronto, alejando los viejos fantasmas.

—¿Era? —interrogó.

Él suspiró y se pasó la mano por su cabello.

—De niño. Ahora mis obligaciones me impiden disfrutar de él.

—Entiendo... —asintió—. ¿Y el ocio?

Falco la miró sin entender.

—¿El ocio?

—Los haddasus trabajan, comen y duermen, pero deberán divertirse alguna vez, ¿no?

Él se rio.

—Claro —confirmó—. Casi todo se concentra en Chinatown. La actividad es continua allí, siendo el único sitio donde no hay cortes de luz. En esa zona hay una gama amplia de actividades

para realizar: puedes salir de cena a los restaurantes destacados como el *Pastis*, que nació hace un siglo.

»Cuando se construyó Nueva York Twin trasladó su local original a esta zona y de tener un único restaurante, se ha convertido en una importante cadena de restauración. Su fama se debe a las reposiciones continuas de una serie de televisión llamada *Sexo en Nueva York*. —Pandora elevó su ceja asombrada ante el nombre—. Los comensales acuden en tropel, lo que obligó a sus dueños a abrir más establecimientos por la zona, convirtiéndose en una cadena hostelera de referencia. En su carta destacan su estilo francés en las comidas...

—¿Francés? —le interrumpió.

Él la guiñó un ojo y sonrió.

—Marketing —señaló—. La comida manipulada genéticamente está muy lejos de eso que llaman «estilo francés». —Pandora se rio—. Lo que abunda por la zona es la comida japonesa.

—¿Japonesa? —volvió a interrumpirle.

—Como te he explicado, nuestra alimentación se basa sobre todo en algas, pescados y medusas. —Ella asintió—. Parece ser que esos son productos destacados en la dieta japonesa, provocando que se multipliquen los establecimientos que te ofrecen *sushi*, *sashimi* o cualquier otra cosa de ese estilo.

—No es de tu agrado, ¿verdad?

Falco negó con la cabeza poniendo cara de asco.

—También puedes ir a bailar, ver o asistir al Rolling Ball, el deporte nacional de Nueva América, o ir al cine a ver películas antiguas —continuó—. La producción en nuestro tiempo está bastante parada, por no decir desaparecida, ya que los productores y directores de cine insisten en que hay pocas localizaciones exteriores para realizar las escenas que quieren llevar a la pantalla.

—Pero... —ella dudó. Falco movió la cabeza animándola a que continuara—. Con los avances tecnológicos que existen, se podrían crear nuevos espacios ¿no?

El haddasu movió la cabeza.

—Eso pienso yo, pero los expertos insisten en que esas técnicas acarrear muchos gastos económicos y que pocas veces recuperan lo invertido.

—Entonces, ¿abundan las películas antiguas?

—Ajá —confirmó—. Tanto en pantalla grande con reposiciones, como en la televisión. Soy un fan de las series y películas de la década de los ochenta como *Los Goonies*.

Pandora negó con la cabeza.

—No la conozco.

Falco la miró.

—Cuando todo esto acabe, te la mostraré. —La joven le regaló una amplia sonrisa ante su oferta.

—Gracias.

—No hay de qué. Además, así tengo la excusa para verla de nuevo.

Pandora se rio, acompañando a la carcajada masculina.

—Falco... —atrajo su atención.

—Dime.

Apoyó sus manos en la pierna, buscando primero esconderlas dentro de los bolsillos del pantalón para sacarlas de nuevo a continuación. Dudaba si hacerle esa pregunta o no.

—No entiendo, si todo es como lo describes, por qué en Nueva Esparta se habla de desigualdades y de despropósitos varios.

Falco miró el océano y gruñó.

—Porque existen —confesó sorprendiéndola—. Hay barrios donde todo lo que te he descrito no les llega. Donde se pasa hambre por culpa de una cartilla de racionamiento que cumplen solo unos pocos. Haddasus que solo pueden tener un hijo por culpa del control de natalidad y luego... —Agarró el reposabrazos de la butaca donde estaba sentado con fuerza—. Otros tienen más niños. La luz, el agua no llega a todos por igual, sufriendo cortes incesantes. —Los nudillos de la mano que agarraba la butaca se ponían blancos según enumeraba la situación de los más desprotegidos—. Por no hablar de las operaciones genéticas que se ven obligados a realizarse, acabando con ADN de un grado muy inferior al recomendado. —Gruñó.

»Esta situación provoca que veas en los cuerpos de haddasus grandes barbaridades quirúrgicas, que en vez de facilitarles la vida les perjudica.

—Si todo es así... —titubeó al observar la fiera que mostraba su rostro—. ¿Por qué no has hecho algo?

Falco soltó el aire que no sabía que retenía en su interior.

—No podía.

Pandora se acercó sin dudar hasta el cuadro de mandos que les separaba y le enfrentó.

—¿No podías? —casi le gritó—. ¡Eres un Rapax! Eres el hijo del Gran Accipiter... ¿Si tú no podías, quién puede?

Él la miró a los ojos y vio el sufrimiento que escondía en su pequeño cuerpo. Un mismo dolor que retenía él en el suyo al ser consciente con los años, de lo que su tío había hecho en la ciudad, en Nueva América.

A Hyaena, junto a la mayor parte de los miembros del Gregem, les interesaba por su propio bien que esa situación se mantuviera.

Se había autoimpuesto una venda en los ojos para no ver la realidad que socavaba al pueblo, a los haddasus, imperando cada vez más la corrupción.

El dinero...

Sin él, nada te faltaba en Nueva América; pero si no lo tenías...

Pensó en su padre, en Accipiter. Si él levantara la cabeza y viera en lo que se había convertido su herencia, renegaría de todo y le obligaría a actuar, a luchar por lo suyo.

Se había convertido en alguien que no le gustaba. En un cobarde que cerraba los ojos ante la barbarie.

Un cobarde...

—Perdonad, interrumpo... —Caetus apareció por el hueco de la escalera de caracol y miró confuso a la pareja.

Pandora observó al recién llegado y negó con la cabeza.

—No hay nada que interrumpir —espetó con crudeza mientras se dirigía a la escalera, para desaparecer a continuación.

Capítulo 15

—¿A qué ha venido eso? —Caetus preguntó intrigado a su amigo quien negó con la cabeza.

—Nada...

—Nada no es el genio que ha mostrado Pandora —señaló acercándose hasta donde se encontraba Falco—. Cuando he llegado, se podría haber cortado la tensión con un cuchillo.

Negó con la cabeza de nuevo, mientras dejaba libre el sillón donde estaba sentado.

—Has regresado muy rápido. —Cambió de tema deliberadamente—. ¿Has estado en el océano?

Caetus ocupó su lugar y se recogió el cabello húmedo en una coleta.

—No podía dormir y decidí que me vendría mejor nadar un rato.

Su compañero asintió.

—¿Y qué tal?

—Perfectamente. —Se rio—. ¿Alguna novedad? —Miró el AIS y comprobó que no se detectaba nada en su pantalla.

—Nada, y me está matando la incertidumbre.

El haddasu le miró sabiendo que se refería más al motivo de esa misión que a no haberse cruzado con ningún barco en lo que llevaban de navegación.

—Mañana llegaremos a Isla Babel y allí... —Falco dio un golpe fuerte al ventanal, haciendo retumbar los cristales, acallándole.

El silencio los rodeó.

Caetus le observó con pesar.

Con la espalda encorvada, la cabeza apoyada en el ventanal y los brazos en la barandilla, la imagen que transmitía era la de la desesperanza, el abatimiento personificado.

Desde hacía mucho tiempo, sobre los hombros de Falco se había instalado una presión constante: por ser el hijo de Accipiter, por ser el heredero de un imperio que al final acabó en manos de otro... Por ver cómo ese imperio se desmoronaba ante sus ojos.

Él debía haber sido el jefe del clan Rapax.

Debía haber detentado ese poder, pero las circunstancias fueron otras.

Tras la muerte de Melli, seguida en un corto espacio de tiempo por la de su padre, su mundo se derrumbó.

—Le prometí a mi madre que seguiría los pasos de Accipiter —murmuró—, que conseguiría hacer de Nueva América el mejor lugar para vivir. Y mira en qué se ha convertido —espetó.

Caetus observó el sufrimiento en su rostro.

—Creíste que hacías lo correcto.

Falco se rio.

—¡Fui un cobarde! —gritó, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas no derramadas.

—Chrys... —Se preocupó al verle en ese estado.

Se limpió la cara con la mano y le dio la espalda de nuevo.

—Estoy bien.

El haddasu se acercó hasta su amigo y le agarró del hombro.

—Éramos muy jóvenes, inocentes, y pensábamos que todo iría bien.

Él negó con la cabeza.

—Tú lo sabías y no te hice caso —reconoció—. Por eso te uniste a Nueva Esparta.

Ambos hombres se callaron ante esas palabras.

Era verdad que Caetus había acabado formando parte de los miembros de la Resistencia pero el motivo principal de esta unión estaba más relacionado con un asunto personal, con la búsqueda

de su madre.

—Falco, sabías que Hyaena no era trigo limpio... Tú mismo le tenías vigilado. Sospechabas que era el causante del robo del ADN, además de llevar a cabo un sinfín de actividades ilegales que le has impedido realizar. —Apretó su hombro buscando darle apoyo—. No has tenido ninguna venda en los ojos. Siempre has sabido cómo era y a qué se dedicaba.

—Sí, pero...

Apoyó su espalda en el ventanal y se cruzó de brazos.

—Si crees que la situación que vive Nueva América ahora es terrible, me gustaría saber dónde estaríamos si tú no hubieras impedido que muchos de los planes de tu tío llegaran a buen puerto.

Falco miró a su amigo y asintió.

—Pero podría haber hecho más —confesó sin fuerzas.

Caetus bufó y se alejó de él.

—No te voy a negar que eso no sea verdad, pero... —dudó—. Desde tu posición, desde el poder que tiene el jefe de seguridad de los Rapax, has hecho lo imposible.

El hijo de Accipiter miró a su amigo.

—Quizás si te hubiera contado mis sospechas con el ADN, podrías haberme dicho lo tuyo con Nueva Esparta. Nos podríamos haber aliado con ellos y...

Caetus se sentó de nuevo en la butaca que había detrás del cuadro de mandos.

—¿Y nada de esto hubiera sucedido?

Él asintió.

—Feles podría estar en su casa a salvo. —Ambos se callaron meditando esa afirmación.

El hombre de piel oscura negó con la cabeza.

—Quizás... Aunque soy de la idea de que el destino mueve los hilos a su antojo y es él quien decide a qué debemos enfrentarnos cada día.

Falco observó a su amigo, quien tenía fijos sus ojos en el horizonte azul.

—Caetus... Yo... —atrajo su atención—. Quiero pedirte disculpas.

Este elevó su ceja y le miró asombrado.

—¿Por qué?

Se pasó la mano por su cabello y suspiró.

—Si no hubiera estado tan pendiente de los desaguisados de los Rapax o mirándome el ombligo —su amigo se rio ante esa declaración—, podría haberte ayudado a encontrar a tu madre.

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes. Nadie podía ayudarme en ese tiempo. Era una tarea complicada hasta...

—¿Hasta? —interrumpió.

—Hasta ahora —sonrió—. Con Ninox y su «brújula», todo será más fácil.

Falco se acercó hasta él y le dio un apretón en la mano.

—Todavía me parece increíble que en la cabeza de mi hermana se esconda semejante poder —confesó—. Podremos descubrir nuevas tierras o supervivientes al cambio climático, gracias a ella.

Caetus asintió apartándose de la cara un mechón negro que se había soltado de la coleta.

—Séneca lo sabía y por eso quería llevarla a Nueva Esparta —indicó—. Él la ayudará.

—Séneca... —De pronto recordó algo que le contó el Anciano—. ¿Sabías que mi padre conocía lo de los robos de ADN de Caeli?

—Sí, Séneca nos lo contó.

Falco movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, pero lo que no nos explicó en ese momento es que esas sospechas comenzaron en una de las pocas reuniones que mantuvieron los dos. Fue el Anciano quien le explicó lo que sabía y a partir de ahí mi padre...

Caetus emitió un grito de sorpresa.

—Comenzó a investigar.

Él asintió.

—Era poco lo que conocían. Se basaban en simples habladurías. No tenían prueba alguna y mi padre se comprometió con Séneca para investigar.

—¿Por qué? —se interesó el otro haddasu—. ¿Por qué si eran enemigos?

Falco encogió los hombros.

—Eso fue lo que yo le pregunté también a Séneca —anunció—. No entendía cómo Accipiter confiaría antes en él que en su propio hermano.

—Yo tampoco lo entiendo.

Expulsó el aire que retenía y se apoyó en el ventanal.

—Parece ser que antes de esa reunión, Accipiter ya comenzaba a ver algo que no le gustaba y debido a que mi madre le insistía en que Hyaena escondía mucho más de lo que mostraba...

—Tú madre siempre tuvo buen ojo para los cabrones —le interrumpió mostrando una sonrisa mordaz.

Falco asintió.

—Cuando Séneca le explicó lo del ADN y que si eso era verdad podría peligrar el futuro del planeta...

—Ahí ya le tuvo —volvió a interrumpirle—. Tu padre siempre pensaba en el futuro de la Tierra. En que se podría repoblar con las células de los animales y plantas que se guardan en los depósitos de Caeli.

—Sí —afirmó—. Él siempre creyó en que el cometido de los Rapax era esperar a que las aguas se retiraran para así repoblar el planeta.

El silencio se posó en el puente de mandos por unos segundos, sumidos cada uno de ellos en sus propios recuerdos.

—Se comprometió con él en investigar si era verdad lo del robo —retomó la conversación—, intentando conseguir pruebas que lo confirmaran.

—Pero murió antes... —Caetus masculló a media voz.

Falco dio una patada a la pared.

—Parece ser que había obtenido todo lo necesario para destapar a mi tío... —Miró a su amigo—. A tu padre. Pruebas suficientes para llevarlas ante el Gregem y junto a ellas, y el anuncio de la existencia de Nueva Esparta...

—Esperaban detenerle y que la cosa cambiara —añadió el haddasu.

El hijo de Accipiter movió la cabeza afirmativamente.

—Pero no llegaron a tener nunca esa reunión. —Los dos se callaron ante esa declaración.

Si Accipiter no hubiera desaparecido, quizás estaríamos hablando de una Nueva América distinta.

—Es mejor que nos olvidemos del pasado... —anunció Falco de pronto sorprendiendo al otro haddasu.

—Opino igual que tú. Lo mejor es centrarse en esta misión. Salvar a Feles y detener a Hyaena. Falco golpeó con su puño la palma de la mano izquierda.

—Va a pagar por todas sus fechorías.

Caetus movió la cabeza afirmativamente.

—Y si me permites una sugerencia... —Su amigo levantó su ceja atento a lo que tenía que decirle—. Podrías ir practicando el discurso que darás ante el Gregem anunciándoles que estás hasta las pelotas de ver cómo el legado de tus antepasados, de tu padre, se ha ido por el retrete y que a partir de ahora te vas a hacer cargo de todo.

Las carcajadas de los dos haddasus retumbaron por toda la sala.

—Lo pensaré.

Capítulo 16

Año 2058

El día se había despertado gris. Las nubes cubrían el cielo por completo y aunque no habían descargado todavía el agua que albergaban, todos los haddasus sabían que no tardaría en llover.

Era un domingo triste para la ciudad.

Los Rapax habían decretado tres días de luto, en todas las ciudades de Nueva América, tras el fallecimiento de Melli Rapax, la esposa del jefe del clan Rapax.

Todos la querían.

Era una haddasu altruista, que siempre tenía tiempo para ayudar a los más desfavorecidos, realizando campañas solidarias u obras de caridad de cualquier tipo. En su rostro siempre había una sonrisa amable. Con su dulce voz conseguía que hasta los más poderosos cedieran sobre causas imposibles y la belleza del colibrí que poseía su cuerpo, gracias al ADN que corría por sus venas, eran características destacables que todo el mundo recordaría de su persona.

Su familia estaba rota de dolor.

Accipiter serio y taciturno había perdido el aura de poder que le acompañaba siempre y que provocaba respeto a su alrededor. Sus hijos, la pequeña Ninox, agarrada de la mano de su inseparable amiga Feles, escondía la cara en su hombro mientras lloraba su pérdida. Y Falco, el heredero del imperio Rapax, se mantenía estoico, al lado de su padre, sin derramar ni una lágrima al observar cómo las cenizas de su madre eran esparcidas por el océano Atlántico.

El silencio acompañaba a los miembros del clan Rapax mientras observaban cómo el Gran Sacerdote Nival realizaba la ceremonia.

En cuanto la urna se quedó vacía, su familia recibió el pésame de los allí asistentes. Los besos, apretones de manos y abrazos se sucedieron, acompañados de palabras de consuelo que no ayudaban mucho a una familia que había perdido su alma.

De pronto, Falco no pudo soportarlo más y huyó de allí.

Su padre no dudó en llamarlo a gritos, pero no consiguió que regresara.

Fue ese el momento justo en el que la tormenta estalló sobre las cabezas de los allí presentes.

Las cosas iban a cambiar...

Pasaron las horas, el sol se ocultó y dio paso a un cielo sin luna, cuando la puerta del apartamento se abrió sin hacer ruido.

La mujer avanzó con sigilo hasta el salón que estaba a oscuras y observó en silencio al haddasu que le había robado el corazón hacía mucho tiempo.

Tenía solo veintiún años, pero ya se notaba en su cuerpo las horas de ejercicio con el que le castigaba. La entereza y fuerza de sus músculos ya ejercitados, ofreciendo una espalda rígida que podría aguantar todas las responsabilidades que le asignaran. Su largo cabello negro le llegaba hasta los hombros, a pesar de la insistencia de sus padres para que se lo cortara, y las ropas que llevaba todavía recordaban la tragedia que habían vivido en ese día.

Se había deshecho de la chaqueta, dejándola olvidada encima del sofá que ocupaba gran parte de la habitación, pero seguía con los pantalones de vestir grises oscuros y la camisa blanca relucía en la noche.

—Chrys...

No respondió inmediatamente.

—¿Qué tal está mi hermana?

Feles se deshizo de los zapatos de tacón negro y se quitó la chaqueta del mismo color que estaba seca, a pesar de que había llovido todo el día, gracias al impermeable que había cogido prestado de la casa de los Rapax cuando la abandonó.

—Bien —contestó—. Ha tardado en dormirse.

Falco asintió y se acercó hasta la cocina separada del salón por una barra americana.

—¿Quieres algo de beber?

Ella le observó con fijeza. La corbata todavía colgaba sin nudo alguno y los dos botones del cuello estaban desabotonados, permitiendo apreciar su oscura piel. Le conocía bien y sabía que la actitud que mostraba en esos momentos, era un escudo que escondía en realidad sus verdaderos sentimientos.

—Agua. —Se sentó encima del sofá beis y puso las piernas encima de él. La corta falda negra que llevaba las dejó expuestas, pero no le preocupó. Necesitaba descansar de todo el día.

Miró cómo Falco posaba el dedo sobre la superficie lisa del frigorífico para abrir la puerta y extraía las bebidas de su interior.

—Tu padre está preocupado por ti —anunció de pronto sorprendiéndole.

No dijo nada.

Le dio la botella de agua, mientras él se servía en un vaso con hielo un líquido ámbar que dejó en la pequeña mesa del centro, cercana al sofá, donde se sentó.

El silencio los rodeó.

Feles terminó tumbándose y apoyó la cabeza en un cojín azul, manteniendo las piernas dobladas.

—¿Estás cansada? —se interesó por ella en cuanto la vio cambiar de postura.

—Un poco... —susurró.

Falco abandonó su bebida, que no había probado, y se sentó cerca de ella. Colocó los delicados pies sobre sus piernas y comenzó a masajearlos.

—Tienes que empezar a pensar en qué ADN animal quieres que se te implante —comentó intentando alejarse de lo que había vivido hoy. Su madre...—. Dentro de poco es tu cumpleaños.

Feles le miró de medio lado y entendió lo que pretendía con el cambio de tema.

—¿Por qué lo dices?

—Ya sabes que es preferible que las operaciones quirúrgicas se realicen nada más cumplir los dieciocho años.

Ella asintió medio convencida.

—Sé que es una norma impuesta desde Caeli, pero no entiendo por qué debe ser a esa edad.

Falco continuaba acariciando los pies femeninos sin mirarla.

—Según el doctor Vultur es cuando nuestro organismo está más receptivo para ese tipo de operaciones. Es más fácil la asimilación de células extrañas para nuestro cuerpo.

Feles se movió, poniéndose boca arriba en el sofá.

—Chrys yo no soy como tú —señaló—. No lo tengo tan claro...

Falco se había puesto en manos del doctor Vultur hacía ya unos años. Antes incluso de la edad recomendada para realizar este tipo de operaciones, logrando con la intervención una visión de águila, con dos puntos focales que le permitían localizar sin problemas cualquier objeto de frente y de lado al mismo tiempo. Una visión perfecta.

—Lo sé, pero debes pensarlo. —Chistó acallándola, acercando uno de los dedos hasta su boca.

Asintió y le sonrió.

—¿Y si fuera de gato?

Él levantó su ceja asombrado.

—¿De gato? ¿Por qué?

La joven se sentó, apoyando la espalda en el reposabrazos.

—Son ágiles, flexibles... —titubeó mientras observaba cómo cambiaba la cara de su compañero—. Vale, sí, algo independientes —respondió a lo que pensaba Falco—, pero son sigilosos...

La risa del haddasu estalló en la habitación.

—Sería un buen recuerdo. —Le acarició la mejilla con suavidad.

Ella le sonrió.

—Creí que no te acordarías.

Falco enfrentó su mirada ámbar por unos segundos para tirar de sus piernas de golpe, tumbándola en el sofá de nuevo.

—Que por culpa de ese animal una niña repelente...

—¿Repelente? —interrumpió.

Él volvió a llevar uno de sus dedos hasta su boca silenciándola.

—Me robó el corazón —continuó con la declaración, recibiendo un beso en ese dedo por parte de ella.

Trasladó las manos hasta sus pies y continuó con el masaje que le prodigaba con anterioridad.

Las gotas de agua resonaron contra los cristales de las ventanas. La tormenta había perdido intensidad desde esa mañana, pero no se había detenido en ningún momento. Era como si el cielo llorara también la pérdida de la madre de Falco.

—Chrys... —Este la miró en cuanto pronunció su nombre—. Debes hablar con tu padre.

Detuvo por unos segundos las caricias para retomarlas a continuación.

—¿De qué?

Feles bufó.

—Mira que eres cabezota. —Le golpeó en el brazo libre de la tela de la camisa, al habérsela remangado—. De tu madre.

—No hay nada de qué hablar —espetó con frialdad.

Ella alejó las piernas de su contacto y se sentó en la mesa de metacrilato, enfrente de él.

—De verdad que no puedes pensar eso —dijo—. La quería tanto como tú, como Ninox... Era su esposa.

Falco se levantó tras escucharla y se acercó hasta las ventanas.

—La dejó morir...

Feles le observó con tristeza. Habían mantenido esta misma conversación desde que Melli había fallecido, hacía ya tres días, y no entraba en razón.

El cuerpo de la esposa de Accipiter había aparecido cerca del puerto, en un callejón desierto donde, según les informaron con posterioridad la guardia de los Rapax encargados de la investigación, no solía haber nadie.

Si no hubiera sido porque un tendero cercano a esa zona se había llevado a su hijo al trabajo ese día y le dejó jugar en ese lugar, no se habría encontrado a Melli hasta mucho más tarde.

En cuanto la hallaron, se avisó con rapidez a las autoridades y la trasladaron al hospital más cercano.

Inconsciente, su corazón latía débilmente, pero tenían esperanzas de que sobreviviera.

No fue así...

A las veinticuatro horas de encontrarla falleció.

Recuperó la consciencia brevemente y aunque no pudo formular ninguna frase coherente, debido a que tenía la laringe dañada, sus hijos pudieron despedirse de ella y Accipiter...

Feles recordará toda la vida el dulce adiós de un esposo que no quería dejar partir a su amada.

A partir de ese momento la ciudad de Nueva York Twin vivió un infierno.

La guardia de los Rapax extendió sus alas por toda la metrópolis, buscando al causante del sufrimiento que vivió la madre de Falco.

Violada antes de morir. Su cuerpo sufrió una serie de atrocidades hasta la extenuación, siendo abandonada a su suerte cuando se cansaron de ella, como una muñeca rota.

No quería ponerse en el pellejo del culpable cuando fuera encontrado.

Accipiter no sería piadoso.

Feles no estaba a favor de la venganza, pero comprendía que su familia, que Accipiter, creyera que de esta forma haría justicia.

Era la madre de sus hijos, su esposa, su amante, su alma gemela y... se la habían arrebatado.

Ella quería a Melli mucho y sabía que la iba a extrañar. Tras la muerte de sus padres y las ausencias de su tía por motivos de trabajo, siempre era recibida en el hogar de los Rapax con una palabra amable y una gran sonrisa. Fue como una madre para ella.

La iba a echar en falta.

Todos la iban a extrañar.

Se levantó del sofá y se acercó hasta Falco, abrazándole por la cintura.

—Accipiter también sufre por la ausencia de tu madre.

Él golpeó el cristal de la ventana y dejó caer la cabeza sin fuerza.

—¿Y por qué no ha encontrado al culpable? —masculló.

Le abrazó con más fuerza.

—Está haciendo todo lo impensable —señaló—. La guardia Rapax registra cada recoveco, investiga sobre cada pista que les llega...

—No es suficiente —interrumpió.

Le dio un beso en la espalda.

—Debemos ser pacientes. —Sintió cómo temblaba su cuerpo—. Chrys...

Se giró dejando visible el rostro por donde circulaban con libertad las lágrimas que no había derramado en días.

Feles posó su mano en la mejilla masculina, donde se notaba que necesitaba ya un afeitado.

Él tomó su cara con ambas manos, dejó prendados sus ojos negros en los de ella y la besó. Atrapó primero el labio superior para pasar a continuación al inferior, buscando una reacción por parte de ella que no dudó en aparecer con la misma intensidad.

Feles acarició su largo cabello para posar las manos en su nuca, donde comenzó a acariciarle.

De pronto, sintió cómo sus pies se alejaban del suelo, impulsados por la fuerza de Falco que la elevó y obligó a sus piernas a enrollarse en la cintura. La falda acabó arremolinada en su cadera, dejando una sencilla tela violeta como única separación entre el centro de su feminidad y el haddasu.

Se alejaron de la ventana y acabaron en el sofá. Feles sentada horcajadas sobre él mientras continuaban besándose.

Así estuvieron un buen rato hasta que Falco se separó de ella y le miró a la cara. Dejó que sus ojos se deslizaran por cada rasgo de su rostro, deteniéndose con lentitud por cada línea de expresión, como si estuviera acariciándola. Llevó sus dedos hasta los labios voluptuosos de la joven y los acarició poco a poco, haciéndola temblar.

—Quédate esta noche —rogó.

Feles, sin dudarle, asintió con la cabeza y volvió a robarle un beso.

Las manos de Falco no tardaron en desaparecer por debajo de la blusa gris. Acarició el liso estómago y subió con lentitud hasta sus pechos donde se detuvieron por unos breves segundos.

Buscó el cierre delantero del sujetador y lo desabrochó sin dilación, liberando los turgentes pechos.

Feles exclamó un gemido de satisfacción en cuanto sintió cómo las manos masculinas atraparon sus senos y comenzaron a acariciarla. Primero tomaron la redondez de los mismos, realizando dibujos inconexos sobre su suave piel, consiguiendo arrancarle suaves gemidos.

Poco a poco los dedos se envalentonaron. Se acercaron hasta los pezones enhiestos donde comenzaron una tortura incesante de caricias y pellizcos intentando satisfacerla.

La mujer comenzó a mover las caderas, buscando el contacto con el miembro masculino que atrapado bajo la prisión del pantalón comenzaba a endurecerse y adquirir un tamaño considerable.

Falco necesitaba un mayor contacto. Necesitaba saborear los pezones que sentía, pero no saboreaba.

Desabrochó uno a uno los botones de la blusa, mientras su boca besaba la de la joven y su lengua se adentraba con fiereza en el interior de la húmeda caverna buscando su gemela.

La blusa cayó con libertad en el suelo.

Se deshizo del negro sostén y observó los redondeados senos. Pasó uno de sus dedos por los erguidos pezones y escuchó suspirar a su dueña.

No lo dudó.

Acercó su boca a esa fruta prohibida y lamió con delicadeza las rosadas areolas.

Feles se agarró a sus hombros y le clavó las uñas al sentir la húmeda caricia.

Atrapó uno de los pezones y comenzó a succionar con lentitud, para dejar que sus dientes jugaran con él, provocando que el cuerpo femenino comenzara a temblar. La lengua pronto ocupó su lugar, para lamerlo de nuevo. Una cadena sensual que se fue repitiendo hasta que creyó que era hora de atender el otro pecho.

El cuerpo femenino vibraba ante esa atención, pero ella también quería sentirle.

Se deshizo de la camisa, sin tanta delicadeza como su amante, y dejó que sus manos se pasaran por el tórax masculino y descendieran hasta su estómago. Delineó cada uno de los músculos con lujuria, logrando que el haddasu temblara ante su contacto.

Falco necesitaba más...

Descendió las manos hasta su trasero e introdujo las manos por dentro de las braguitas violetas. Acarició con parsimonia cada uno de los glúteos femeninos y trasladó su atención hasta el pubis depilado. Los dedos no tardaron en perderse entre los pliegues vaginales, acariciando su interior, jugando con su clítoris, motivados por la humedad que comenzaba a nacer entre las piernas de la joven.

Su dueña comenzó a gemir ante la caricia.

Sus caderas empezaron a moverse, animándole a que la penetrara y él no tardó en aceptar la invitación.

Al primer dedo le siguió un segundo que entraban y salían del interior de la mujer, al mismo ritmo que sus movimientos.

—Chrys... —La miró y comprendió lo que necesitaba.

La levantó de encima de él sin previo aviso y con rapidez la llevó hasta su habitación. Una gran cama cuadrada ocupaba el centro de la misma, vestida con sábanas blancas.

Con delicadeza dejó a Feles tumbada encima de ella, y mientras la observaba con fijeza se deshizo de cualquier vestigio de ropa que le quedaba.

Él no tardó en imitarla, quitándose el pantalón y el slip, dejando libre su pene erguido que buscaba saciarse.

Desde su posición privilegiada la observó por unos segundos. Tumbada en el blanco lienzo,

con el cabello negro extendido, rodeando su bello rostro.

—Eres preciosa —susurró.

Ella elevó sus brazos, invitándole a que la acompañara, lo que no dudó en hacer.

Se tumbó encima de Feles, dejando los brazos a cada lado de su cara, sosteniendo su propio peso, y la besó. La besó como si no hubiera un mañana, intentando transmitirle todos los sentimientos que su corazón guardaba desde la primera vez que la vio.

Bajó la mano hasta su pubis y comenzó a acariciar su clítoris buscando que su cuerpo volviera a sentirle.

Ella abrió aún más las piernas y movió la cadera hacia arriba, en una muda invitación.

Le necesitaba. Necesitaba tenerle dentro.

Falco tomó su pene duro y sin dudar lo penetró con delicadeza hasta toparse con una barrera que ambos esperaban.

Él la miró a los ojos.

Ella le devolvió la mirada.

Sus respiraciones se entrelazaron.

—¿Estás segura? —preguntó.

Ella asintió.

—Te amo.

Fue lo que Falco necesitó.

Movió su cadera hacia adelante y atravesó esa sutil frontera de una estocada.

Feles gimió y él la besó. Besó con suavidad sus labios para pasar a continuación a sus párpados, su nariz, para acabar otra vez saboreando sus labios.

—¿Estás bien? —Ella le dio un beso y asintió.

Pasados unos segundos, Feles elevó su cadera con sutileza y él comenzó a moverse con lentitud. Su pene entraba y salía de su interior al compás del ritmo que ella imponía. Un ritmo que fue en aumento, a la par que las sensaciones de la pareja crecía.

El roce de su miembro duro contra las paredes vaginales aumentaba el placer de la mujer, arrancándole guturales gemidos que subieron de volumen poco a poco.

Feles enrolló las piernas en la cadera de su amante, buscando un mayor contacto.

Falco llevó las manos hasta su trasero, elevándolo unos centímetros buscando sentirla aún más si se podía.

Las embestidas aumentaron.

Los besos se volvieron salvajes.

Las uñas de Feles se marcaron en la espalda de su amante.

Falco la besó, robándole el aire que respiraba. Le mordió el labio inferior para pasar a continuación su lengua por la zona.

Una nueva estocada, seguida de un envite de ella y ambos llegaron al cielo juntos.

Un temblor les recorrió al mismo tiempo, acompañado de un escalofrío que les hizo vibrar.

Falco observó a su amante. Le apartó el cabello húmedo del rostro y la besó con delicadeza en la boca.

—Te amo.

—Te amo —repitió ella.

Capítulo 17

Año 2070

Las risas resonaban por el corredor acompañadas de sonidos extraños que lograron arrancar una carcajada a Caetus cuando pasaba por allí. Se acercó hasta el camarote desde donde provenían y llamó a la puerta.

Se hizo el silencio.

La sonrisa del haddasu creció. Golpeó la puerta de nuevo y escuchó cómo los ocupantes de la habitación se movían haciendo mucho ruido. Le llegó el ruido de algún objeto al caer al suelo acompañado de una maldición.

Se rio de nuevo, mientras apoyaba el hombro en la pared metálica y esperaba a que le abrieran.

Estaba disfrutando con esto.

Se presionó la manivela de apertura de la puerta y vio cómo la cabeza de Etien asomaba por un espacio pequeño. El pelo rojo tenía vida propia y cubría su cuerpo con una sábana blanca, dejando sus hombros al descubierto.

—Caetus, ¿quieres algo?

—Estoy buscando a Pandora y me preguntaba si la has visto.

Aunque a la joven le extrañó que buscara a la neoespartana, no lo mostró. Tiró hacia arriba del lienzo que la cubría, que a duras penas se sostenía en su sitio, y negó con la cabeza.

—No. —Él asintió manteniéndole la mirada verde. Los minutos pasaron, pero ninguno de los dos se movió de su sitio—. Esto... Caetus, ¿te puedo ayudar en algo más?

Este negó con la cabeza y le guiñó un ojo.

—Solo hazme el favor de si la ves, dile que la estoy buscando.

—Eso haré —contestó al mismo tiempo que cerraba la puerta.

Caetus observó la puerta. Esperó unos segundos y volvió a llamar.

—Dime... —La miró con una enorme sonrisa sin decir nada y escuchó el gruñido que emitió—. No tengo todo el día.

Se apartó el cabello negro que llevaba suelto y le regaló una sonrisa.

—Me estaba preguntado...

—Sí... —La poca paciencia que tenía se le escapaba de los dedos.

—¿No habrás visto a Rafael?

Ella tragó y le miró. Se recolocó la sábana nerviosa y se pasó la mano por el cabello intentando arreglarlo.

—No. ¿Por qué?

Caetus negó con la cabeza.

—Por nada. Solo es que lleváis desaparecidos los dos desde esta mañana...

—Ya. —Se recolocó de nuevo la sábana—. Pues no, no lo he visto.

Comenzó a alejarse de la puerta, sin darle la espalda.

—Si le ves...

—Le diré que le buscas —terminó la frase.

Él se rio y se alejó de ella con dirección a la sala de máquinas.

Etien observó cómo descendía por la escalera, miró a ambos lados del corredor y cerró la puerta. Se apoyó sobre la lisa superficie y cerró los ojos mientras soltaba el aire que retenía.

—Lo sabe.

La risa masculina resonó en el camarote.

—Claro que lo sabe —repitió Rafe.

Ella le miró.

—¿Y qué haremos ahora?

El neoespartano le regaló una dulce sonrisa y estiró los brazos para que se acercara a él.

—Seguir como hasta ahora —señaló firmando sus palabras con un voraz beso.

La había buscado por todo el barco, pero no había rastro de ella.

En las salas de máquinas no la habían visto, en su camarote nadie respondía, el comedor estaba desierto y el puente de mando hacía mucho tiempo que lo había abandonado. Solo le quedaba por revisar la cubierta.

Salió por una puerta lateral al exterior, observó el océano que ya poseía una tonalidad oscura, debido a las horas que eran, y se percató de que la tranquilidad que los había acompañado todo el viaje había desaparecido en pos de una naturaleza embravecida.

Rodeó la cubierta, dejando lejos la proa desierta hasta que llegó a la popa del barco y vio el cabello indómito de Pandora. Sentada en uno de los bancos, con las piernas dobladas encima de él, miraba el mar. Llevaba el cabello suelto, algo raro en ella ya que siempre lo tenía recogido, y vestía con el mismo chándal gris que esa mañana.

Estaba inmersa en su mundo.

Se aproximó hasta ella y dejó su mirada también prendida en el inmenso océano, sin delatar su presencia.

Adoraba ese mundo.

Aunque para la mayoría de los habitantes de la Tierra que el planeta estuviera cubierto por las aguas no era de su agrado, él lo amaba. Mucho tenían que ver las branquias que le acompañaban desde que había nacido y que le permitían nadar sin problemas junto a los animales acuáticos.

En muchas ocasiones prefería sucumbir a la llamada de las aguas que estar en tierra seca. Era su forma de vida, donde se sentía a gusto y donde podría al final encontrar a su madre.

Negó con la cabeza, se llevó la mano hasta su nuca y la masajeó, intentando alejar el dolor de cabeza que sentía. Debía olvidarse de su progenitora y de su búsqueda hasta que terminaran esa misión, rescataran a Feles y cuando ella estuviera a salvo...

Un movimiento de la joven le llamó la atención, alejándole de sus pensamientos. Observó cómo intentaba apartarse el cabello de la cara luchando contra el viento que se había levantado. Una tarea casi imposible.

—Deberías recogerlo —le sugirió provocando que se asustara al oírle. Levantó las manos en son de paz—. Perdona, no quería molestarte.

Ella negó con la cabeza mientras atrapaba por fin su cabello con una mano.

—No pasa nada, solo es que no te había visto.

Caetus sonrió y señaló el hueco libre que había en el banco, cerca de ella. Pandora asintió, dándole permiso para sentarse, al mismo tiempo que ella se deslizaba hacia un lado buscando dejarle más sitio.

La pareja, en silencio, dejó sus ojos fijos en las aguas.

—Posee un gran magnetismo. —Caetus la miró y solo pudo asentir ante esa afirmación.

—El océano es más antiguo que las montañas y está cargado con los recuerdos y los sueños del tiempo.

Pandora le observó asombrada.

—¿Son tuyas?

Caetus negó con la cabeza.

—De Lovecraft, un escritor clásico de novelas de terror y ciencia ficción —indicó—. No sé por qué, pero leí la frase hace mucho y se me quedó grabada.

Ella sonrió.

—Porque tiene mucha razón. —Miró de nuevo la inmensidad azul—. Siempre ha ocupado más extensión en el planeta que la tierra seca y los seres vivos nacieron en su interior para con posterioridad evolucionar. Lo que esconde en sus profundidades solo unos pocos pueden descubrirlo. —Se calló por unos segundos—. Nunca entenderé por qué nuestros antepasados se preocuparon más en explorar el espacio exterior que en descubrir lo que los océanos escondían en sus profundidades.

Caetus la escuchaba asombrado. Él mismo se había preguntado en más de una ocasión eso mismo.

—Quizás pensaron que descubriendo otros planetas podríamos trasladarnos allí a vivir y...

—Tonterías —le cortó—. Mira dónde nos encontramos. —Él observó lo que les rodeaba—. En mitad de ninguna parte, viajando en un barco porque la mayoría de la tierra seca ha desaparecido.

—Sí, pero...

—No hemos podido viajar en ninguna nave espacial y colonizar un planeta porque no nos dio tiempo.

—Por eso mismo, porque no nos dio tiempo —rebató.

Ella se giró en el banco para enfrentarle.

—Antes de comenzar el cambio climático, salvo la expedición de un reducido equipo de científicos de NOAA's Okeanos Explorer, nadie más se preocupó de investigar estas aguas —explicó—. Cuando se tuvo pruebas de que el cambio climático se producía, en vez de poner medios para reducir sus efectos, los gobernantes estaban más interesados en seguir beneficiándose de sus negocios que en ponerle remedio, ya que las soluciones pasaban por perjudicarles económicamente. —Elevó su dedo índice—. Eso sí, seguían buscando «vida» fuera de nuestro planeta.

Caetus levantó su dedo índice imitándola, intentando intervenir en la conversación.

Pandora se rio y movió la cabeza permitiéndole hablar.

—Es cierto lo que cuentas, pero qué relación tiene con lo que hablábamos.

La chica volvió la vista hacia el mar.

—Se produjo el cambio climático y las aguas nos invadieron. No hubo tiempo de investigarlo, de saber qué escondía dentro de él, y ahora nos encontramos supeditados a sus inclemencias, teniendo que adaptarnos a un hábitat que conocemos muy poco o desconocemos.

Caetus la observó, a pesar de su juventud en su cabeza bullían ideas con mucho sentido. Le dio un golpe cariñoso en el hombro.

—Ya me tienes a mí si quieres saber algo del océano. —Pandora se rio y Caetus no tardó en acompañarla.

Pasado un tiempo en el que dejaron que el sonido del viento y del océano los envolviera, Caetus se acercó hasta el extremo del barco.

—Quería disculparme.

Pandora se sorprendió ante las palabras del haddasu. Estiró las piernas y se acercó hasta él.

—¿Por?

Él se apoyó en la baranda y fijó su vista en el agua.

—Por mi actitud de la pasada noche.

Ella imitó sus movimientos, dejando libre su cabello que comenzó a jugar con el viento.

—No pasa nada... —dudó—. Quizás la culpa la tuvimos los dos.

La miró asombrado.

—Me pasé de la raya al insistir en que nos contaras algo de tu vida y... —Ella negó con la cabeza—. Sé que ha sido complicada y recordar lo de tus padres...

Ella se giró dando la espalda al mar.

—Tú fuiste un impertinente y a mí me pudieron los malos recuerdos.

Caetus observó la seriedad de su rostro.

—Bueno, puedo comprender que a veces pueda ser demasiado insistente pero ¿impertinente?

—Se llevó la mano hasta el corazón simulando que estaba ofendido.

Le miró preocupada, creyendo que le había ofendido, pero la sonrisa que vio en su cara le confirmó que estaba de broma.

—Eres un payaso. —Le dio en la mano y regresó al banco.

Caetus encogió los hombros.

—Cuando la situación o la persona lo necesita.

Pandora se carcajeó ante su confesión.

—¿Y yo lo necesito?

Él la miró en silencio incomodándola. Observó cómo se removía en el banco buscando una mejor posición.

—Desprendes mucha tristeza —confesó asombrándola.

Se atusó el cabello, nerviosa, buscando hacerse una trenza aunque no tuviera nada con que sujetarla. Necesitaba tener las manos ocupadas.

—No sé a qué te refieres.

No apartó los negros ojos de ella mientras se cruzaba de brazos, apoyado en la barandilla del barco.

—Sé que en tu corta edad has sufrido mucho...

—No soy tan joven —le interrumpió consiguiendo que una ceja masculina se elevara incrédulo—. Voy a cumplir veintiún años.

Caetus se pasó la mano por el pelo y respiró profundamente.

—Cuando murieron tus padres, ¿cuántos años tenías?

Pandora lo sabía muy bien. Se acordaba de ese día como si hubiera ocurrido ayer mismo.

—Once.

—Una niña... —susurró.

Se removió de nuevo incómoda en su asiento. No entendía a qué venía esta conversación.

—¿Por qué tanta curiosidad?

—Desde que te conozco no te he visto sonreír nunca.

—Eso no es verdad —dudó.

Caetus comenzó a pasear de un lado a otro.

—Tienes que reconocer que pocas veces te he visto relacionarte, que siempre estabas sola o con Gabriel. Es la única compañía con la que alguna vez te he visto cuando estaba en Nueva Esparta.

Apoyó las manos en el banco y le enfrentó:

—Que no me guste la compañía no quiere decir que sea una persona triste.

Él la miró.

—No —negó sorprendiéndola—. Tu vida, los acontecimientos que has experimentado hasta nuestros días son los que provocan que un aura de tristeza te acompañe cada día.

Pandora se abrazó a sí misma buscando darse calor y se quedó callada asimilando las palabras del haddasu.

—No sé qué pretendes.

La observó con fijeza.

—Yo tampoco —declaró—. Quizás que reacciones y pueda comprenderte. Entender por qué no eres feliz.

Pandora tembló ante la intensidad de su confesión.

—Esta conversación no tiene sentido —musitó y se levantó con intención de marcharse.

—Pandora, eres muy joven para estar desencantada de la vida, para...

Ella se volvió con fiereza y le enfrentó.

—¡Qué sabrás tú! Vienes aquí con tu blanca sonrisa, disculpándote, buscando simular que eres mi amigo y ahora me quieres analizar. —Le miró con crudeza.

—No pretendía...

Pandora se acercó hasta él y le enfrentó a pesar de su pequeña estatura. Elevó su cabeza y buscó los ojos negros.

—Perdí a mis padres cuando apenas tenía once años, tras una simple misión de reconocimiento de la que, según ellos, no tardarían nada en volver. Me quedé huérfana en una tierra donde tenía pocos amigos y donde la única persona que se ocupó de mí, Gabriel, se ha enamorado de una Rapax. —La voz le tembló por unos segundos—. El hombre que yo amaba, encandilado por nuestro enemigo que resulta que ahora son nuestros amigos. —Se alejó unos pocos pasos—. Mataron a mis padres...

—Pandora...

Ella levantó su mano acallando lo que fuera a decir.

—Comprendo que las piezas del ajedrez se mueven y que la vida es muy larga provocando que las cosas se transformen por el bien de todo el mundo, pero hay cosas que cuestan asimilar y...

—Entonces, ¿si piensas así por qué te ofreciste voluntaria para la misión?

Se encogió de hombros.

—Necesitaba comprender de primera mano todo —confesó—. Por qué Séneca opina que necesitamos aliarnos con vosotros —le señaló—, para conseguir nuestro objetivo.

Caetus asintió.

—Siento lo de tus padres.

Le miró mostrando por primera vez, después de su explosión, cierta timidez en sus ojos. No esperaba esa reacción por parte de él.

—Gracias.

El viento comenzó a tomar más fuerza, haciendo tambalear a la neoespartana.

—Será mejor que entremos. Nos queda poco para llegar a Isla Babel.

—¿Tan pronto? —interrogó asombrada—. Creía que tardaríamos tres días.

—No nos hemos encontrado ningún imprevisto en el viaje y las máquinas han recibido una gran luz solar para ir al cien por cien de su rendimiento. —Ella movió la cabeza afirmativamente y observó las aguas que adquirirían mayor virulencia—. De seguro que Falco querrá que nos acerquemos a Isla Babel bajo el mar, transformándonos en submarino —detalló—. Se avecina una gran tormenta.

Capítulo 18

Desde el puente de mando, Falco observaba cómo las olas alcanzaban cada vez mayor altura y el viento adquiría velocidad. Un relámpago se dibujó en el cielo, acompañado inmediatamente de un trueno que hizo retumbar la cristalera de la sala. Las gotas de lluvia repiquetearon contra el cristal con fiereza.

—¿Ya ha estallado? —preguntó Caetus nada más aparecer por el hueco de la escalera, refiriéndose a la tormenta que había por encima de sus cabezas.

—Sí, era de esperar. —Miró a la joven que seguía a su amigo—. Pandora...

Ella atrapó la trenza que se había hecho en la cubierta y agachó la vista, cohibida.

Ambos se acordaban de la última conversación que habían mantenido.

—Falco, yo...

El haddasu negó con la cabeza y le guiñó un ojo.

—No te preocupes —interrumpió—. De hecho, tendría que darte las gracias —le miró sin comprender—, por recordarme quién soy.

Caetus miró a la pareja complacido ante lo que veía.

—Podríamos dejar las conversaciones de buena educación para después. —Señaló el exterior—. La tormenta no espera.

Falco se rio y asintió.

—¿Está todo el mundo dentro?

—Fuimos los últimos en abandonar la cubierta —indicó Caetus.

—¿Has avisado a la sala de máquinas?

El haddasu de piel oscura movió la cabeza de forma afirmativa.

—Antes de subir por las escaleras. He utilizado el intercomunicador.

—Conforme.

Falco se dirigió al panel horizontal que había a su derecha y pulsó dos botones azules que sobresalían sobre el resto. El barco tembló por unos segundos y el ruido de mecanismos oxidados resonó por todo el barco.

Caetus se percató de la mirada temerosa de Pandora, que los observaba preocupada ante el ruido, y se aproximó hasta ella. Le pasó un brazo por los hombros y la acercó hasta el ventanal, sin separarse de su lado.

—Se queja un poco, pero hará su función.

—Más le vale —añadió Falco mientras regresaba a la butaca que había tras el cuadro de mandos.

Pandora le observó brevemente para buscar inmediatamente la mirada de Caetus.

—¿Por qué dice eso?

El haddasu de piel oscura miró a su amigo y juró que, cuando todo esto terminara, tendría que darle un cursillo de delicadeza en momentos difíciles.

—Séneca nos dijo antes de partir que hace mucho tiempo que este barco no se transforma en submarino y...

—No sabemos si aguantará la presión del agua —interrumpió recibiendo una mirada dura de su amigo.

Este se encogió de hombros y atrapó el teléfono que hacía de intercomunicador, y que imitaba los teléfonos antiguos, para mantener contacto con la sala de máquinas.

Pandora los miró y se abrazó a sí misma.

—Y si dudáis de cómo responderá, ¿por qué no seguir navegando por encima del agua?

Falco levantó dos de los dedos de su mano derecha.

—Dos razones: soportaremos mejor la tormenta debajo de las aguas.

Ella asintió, eso ya lo sabía. Sumergidos sentirían menos la naturaleza salvaje del océano.

—¿Y la segunda?

Caetus miró a su amigo quien movió la cabeza animándole a que lo explicara.

—Falco piensa que Isla Babel estará vigilada por haddasus de confianza de Hyaena. Cuanto menos llamemos la atención mejor.

La neoespartana asintió de nuevo, entendía que era necesario el factor sorpresa para lograr liberar a Feles.

Miró al exterior donde las aguas comenzaban a cubrir la cubierta y no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo al pensar que hacía unos minutos ella se encontraba en ese mismo lugar.

—¿Y creéis que aguantará la presión? —preguntó resignada.

Caetus le apretó el hombro.

—Lo hará.

Los tres observaron el negro cielo iluminado por la luz de los relámpagos y vieron cómo poco a poco el barco desaparecía bajo las aguas. El ruido de los engranajes mientras sentían la presión del océano que los sepultaba se sucedía hasta que de pronto el silencio los envolvió. La espuma de las olas junto a un sinfín de burbujas fue la última imagen que vieron a través de la gran cristalera del puente hasta que la nave descendió lo suficiente como para estabilizarse.

Falco no perdió de vista el sistema de navegación ni la pantalla cuadrada que había próxima a él, donde se indicaban los valores de oxígeno, de dióxido de carbono y la presión que sufrían. En una de las manos sujetaba el intercomunicador y hablaba con la sala de máquinas, asegurándose de que todo marchaba bien.

Cuando estuvo conforme con la información que le indicaban, colgó mostrando una sonrisa y volvió a llamar por el intercomunicador.

—Rafe, ¿todo bien por esa zona? —Asintió con la cabeza y colgó.

—¿Qué te han dicho? —Caetus se interesó.

Falco se acomodó en la butaca y sonrió.

—En la sala de máquinas dicen que excepto un motor que se ha parado, el resto funciona correctamente. Rafael estaba en la planta del salón y dice que por allí apenas se ha sentido ninguna presión.

—Perfecto —indicó Caetus—. Estamos cerca de Isla Babel, por lo que ese motor no nos influirá demasiado en nuestro viaje.

—Eso he pensado.

Los tres se felicitaron ante las novedades y observaron el paisaje acuático que se les presentaba a través de la cristalera.

La tormenta ya había desaparecido y la inmensidad azul que se les mostraba delante de ellos podría representarse en cualquier cuadro de un gran artista.

Los peces y distintas especies acuáticas se sucedieron ante sus ojos. Algunos se detuvieron brevemente para observar curiosos al submarino que acababa de surgir de la nada y otros, como si estuvieran acostumbrados al tráfico marítimo, siguieron nadando como si nada.

Bancos de atunes de aleta azul aparecieron ante ellos. Una pareja de marlines negros les llamó la atención por su larga mandíbula superior, similar a una espada de la que portaban los antiguos corsarios. Próximos a las rocas que tenían a su izquierda, les pareció ver unos pocos peces león, con su peculiares formas y colores rayados.

Los paisajes de coral rojo y negro llamaron la atención de la neoespartana, logrando que

retuviera la respiración ante tanta belleza. Extasiada, de pronto dio un salto sobre sí misma, llamando la atención de Caetus quien, en cuanto comprobó lo que la había asustado, no pudo evitar reírse.

Pandora le dio un codazo en el costado.

—No te burles de mí.

—Es que tendrías que haber visto la cara que has puesto por el pobre pez rape —señaló consiguiendo un nuevo codazo en el mismo sitio.

—No puedes negar que su aspecto asusta —comentó intentado que le diera la razón.

Caetus miró el pez que, con una cabeza muy ancha y el cuerpo aplanado que se estrechaba hacia la cola, lograba llamar la atención. Sus medidas rondaba el metro, destacando su espina dorsal que sobresalía por encima de su hocico, que utilizaba como señuelo para atraer a sus presas. Si era hembra, dependiendo de las especies, ese señuelo podía lucir gracias a unas bacterias que habitaban en ese órgano.

—Me extraña que lo podamos ver.

Pandora le observó confusa.

—¿Por qué lo dices?

Se pasó la mano por la cabeza y suspiró.

—Es una especie que suele estar en zonas más profundas.

—Tú sabes, mejor que nadie, que este cambio climático ha conseguido descolocar hasta a las especies acuáticas.

Caetus asintió.

—Es verdad —confirmó—. Algunas especies han cambiado sus procesos de migración o sus costumbres. También se han adaptado a otros espacios donde antes no podías encontrarlas.

—El mundo ha cambiado y con él, el hábitat de todos los seres vivos.

El haddasu asintió ante la afirmación de Pandora, devolviendo la atención al exterior.

—¡Mira!

Ella siguió el dedo que señalaba un punto fuera del barco.

—¿Qué es?

Desde donde se encontraban no se lograba divisar bien el animal acuático que le mostraba y solo vislumbraba una enorme silueta que parecía que estaba parada en el agua, sin moverse.

—Es un tiburón peregrino —anunció.

—¿Un qué?

Él la miró y sonrió.

—Un tiburón peregrino —repitió—. Es el segundo pez más grande del mundo. Se alimenta filtrando zooplancton, peces pequeños e invertebrados. Nada con la boca abierta hasta que la hace redonda y filtra el agua a través de unas inmensas branquias. —Señaló de nuevo el enorme animal—. Como puedes ver, se mueve con lentitud.

Pandora le escuchaba con atención, asombrada ante los conocimientos marítimos que sabía.

—¿Y todo esto es lo que ves cada vez que descienes a las profundidades del océano?

Él encogió un hombro.

—Ha habido suerte y hoy podemos disfrutar de esta visión. A veces estoy solo.

—Eres un privilegiado, Caetus.

La risa de Falco les recordó que no estaban solos.

—No le adules demasiado o se lo terminará creyendo.

Las mejillas de Pandora se tiñeron de rojo.

—Ojalá muchos pudiéramos disfrutar de ello —añadió tímida.

Caetus miró a la chica, agradecido por lo que sus palabras significaban para él. Siempre se había sentido un bicho raro. No había elegido tener branquias. Había nacido ya con ellas por lo que la opción de elegir qué ADN podía circular por sus venas, como había tenido Falco o Ninox, se le había negado. Había tardado en asimilar que ese «don» le hacía ser como era y, a día de hoy, podía afirmar que estaba orgulloso de la persona en que se había convertido a pesar de quien era su padre. A pesar de Hyaena.

—¿Quieres que te explique más cosas?

Ella asintió entusiasmada.

Falco los observó y sonrió. Se alegraba de que Caetus hubiera encontrado a alguien para compartir su gran afición: el amor que sentía por el océano.

—Perdonad... —Ambos le miraron con cara de pocos amigos por interrumpirles—. Ya que veo que estáis muy entretenidos... —Caetus gruñó por el tono usado por su amigo—, he pensado que podría irme a mi camarote y descansar un poco.

El haddasu asintió.

—No hay problema.

Falco abandonó la butaca y se dirigió a las escaleras.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Isla Babel? ¿Dos horas?

Caetus se acercó hasta el sistema de navegación.

—Dos, tres horas.

Su amigo movió la cabeza de forma afirmativa.

—Avísame cuando estemos cerca.

—Así lo haré.

Capítulo 19

Año 2058

—¿Estás despierta?

Feles se estiró sobre la cama, mientras intentaba que la sábana no se deslizara por su cuerpo desnudo.

—Ahora sí. —Sonrió.

Falco le dio un beso en la punta de la nariz, se levantó del lecho de repente y se dirigió al salón desnudo. Lejos de la timidez que sentía ella, le mostró su cuerpo tal como vino al mundo y Feles no dudó en deleitarse con la visión.

Pasados unos pocos minutos, en los que estuvo a punto de dormirse, apareció en la habitación portando entre sus manos un paquete cuadrado envuelto en esa fibra sintética que simulaba el antiguo papel de regalo. La decoración que se plasmaba simulaba gatos blancos y negros, lo que le hizo sonreír al recordar el momento que compartieron cuando eran niños.

Falco se subió a la cama y se acercó a ella.

—Es para ti.

Feles se incorporó asombrada.

—¿Para mí? —Asintió—. ¿Por qué?

Apartó el cabello que le caía sobre la cara y le guiñó un ojo.

—Bueno... Era por tu cumpleaños.

Ella se llevó la mano a la boca.

—Pero, Chrys, no es hasta dentro de dos semanas.

—Lo sé, lo sé, pero creo que mi madre querría que lo tuvieras y hoy es un buen día para ello.

—Extendió las manos temblorosas en cuanto escuchó su explicación.

Falco no tardó en dárselo, recibiendo a cambio un dulce beso de agradecimiento.

Observó cómo la decoración que envolvía el regalo desaparecía con lentitud, hasta convertirse en un simple botón que en uno de sus lados se dibujaba un gato. Lo dejó sobre la mesilla, con idea de guardarlo como recuerdo, y fijó su vista en lo que tenía entre las manos.

—Ohh... Chrys, no puedo aceptarlo.

Sabía que la había sorprendido, su rostro la delataba. Sus ojos ámbar se llenaron de un brillo especial y sus manos temblaron. No lo esperaba.

—Melli habría querido que lo tuvieras.

Le miró sin poder retener las lágrimas.

—Chrys...

Él siseó, esperando tranquilizarla. La abrazó con fuerza y le dio un beso en la cabeza.

—Si llego a saber que te ibas a poner así, no te lo hubiera dado.

Feles negó con la cabeza.

—No, no... Es perfecto.

Ambos observaron abrazados la réplica casi perfecta del cuadro de Van Gogh donde las estrellas relucían con vida propia.

—Me alegro de que te guste —musitó.

Ella asintió.

—*La noche estrellada*... Gracias Chrys. —Le miró—. Sé el valor que tiene este cuadro para ti y... —dudó—, más hoy. Significa mucho para mí que me lo regales.

Miró sus ojos dorados.

—En realidad no se va a ir muy lejos. —Le observó confusa—. Mi intención es que con el tiempo regrese aquí, a casa.

Feles se apartó molesta de su lado. Tiró de la sábana con la que se tapaba y se levantó de la cama.

—Me estás diciendo que es un «préstamo» —le recriminó.

La carcajada de Falco estalló con fuerza.

—Deberías ver tu cara ahora mismo. —Fue a levantarse de la cama, pero la mirada femenina detuvo sus movimientos.

—Ni se te ocurra reírte.

—Feles...

Se giró y le dio la espalda, dejando su vista fija en el exterior donde seguía lloviendo.

—No me vengas con «Feles». Creí que... Pensé que...

De pronto sintió cómo él se le acercaba. Pegó el tórax a su espalda, consiguiendo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Sus brazos la agarraron por la cintura y la acercaron a su cuerpo. Apoyó su mandíbula en el hombro desnudo y miró el reflejo que se dibujaba en la ventana, iluminado por las pocas veces en que la luz de un relámpago se dibujaba en el cielo.

—Quiero que lo tengas tú, que esté contigo. Que cada vez que lo mires pienses en mi madre, en Melli. —Respiró profundamente—. En cuánto nos quería a todos. —Le acarició el largo cabello negro—. Pienses en el amor que llenaba su corazón y que repartía sin dudar entre los que la rodeábamos.

—Chrys...

—Quiero que cada vez que mires *La noche estrellada* de Van Gogh pienses en ella y en mí — continuó—. En el amor que siento por ti. En que no estoy completo si no estás a mi lado.

—Chrys... —le llamó de nuevo sin saber qué decir ante su declaración.

Falco miró su silueta en la ventana y le dio un beso en el hombro.

—Y que cuando estés sola en casa, lejos de mí, y lo veas... —La abrazó más fuerte—. Pienses que mi vida no tiene sentido sin ti, que te necesito a cada hora, a cada minuto... a cada segundo... —Ella se volvió y enfrentó su mirada—. Sí, quiero que el cuadro regrese. A esta casa, a mi lado, pero cuando la mujer que amo decida que es el momento de compartir nuestras vidas. Juntos.

Le atrapó la cara con las dos manos y sintió cómo temblaba.

Ella miró esos ojos negros infranqueables que para ella no tenían ningún secreto y soltó el aire que retenía sin saberlo.

Falco descendió con lentitud la mirada hasta sus labios para fijarla a continuación en sus ojos.

—¿Qué me dices?

Feles le sonrió y sin dudarle posó su boca sobre la de él, arrancándole un ronco gemido de satisfacción.

Las manos masculinas se deshicieron de la sábana que la cubría, dejando expuesto el cuerpo femenino a su mirada. Le acercó al suyo y la abrazó con fuerza, sin que ningún resquicio de aire pudiera atravesarlos. Dejó que sus dedos acariciaran la espalda femenina con lentitud, saboreando la suave textura de su piel, mientras que su boca se saciaba con un nuevo beso.

—Todavía espero una respuesta.

—Sabes que ahora no puedo... —titubeó—. Los estudios, mi tía...

La agarró de la barbilla y enfrentó su mirada.

—Ehh... No te digo que deba ser ya mismo. —Le acarició la espalda—. Somos muy jóvenes y tenemos ciertos compromisos que cumplir pero quiero que sepas que esta invitación es duradera en el tiempo y que siempre estará ahí, para cuando decidas aceptarla.

Ella le sonrió y apoyó la cabeza en su cuerpo.

—Puede que luego te arrepientas.

Falco se rio.

—No creo. —Le levantó el rostro y acarició sus labios—. El destino es muy caprichoso, pero con nosotros parece que lo tiene muy claro y no quiere vernos separados.

—¿Lo crees?

Asintió con la cabeza.

—Apareciste en mi vida con apenas cuatro años y no has desaparecido.

Ella se rio.

—Puede que esté obsesionada contigo y sea una psicópata.

Le robó un beso salvaje y la miró con fijeza.

—Tengo que reconocer que al principio me asustaste un poco, pero...

Feles emitió un ruido de indignación ante sus palabras, interrumpiéndole. Quiso separarse de él pero este se lo impidió.

—Eres tonto —le insultó.

Falco le acarició la cara, apartándole los mechones.

—Pero un tonto muy enamorado.

Año 2070

Unos fuertes golpes le despertaron. Abrió los ojos y el techo gris oscuro del barco le llevaron al presente. Había tenido un sueño.

—Otro más... —Se restregó los ojos con la mano y gruñó.

De nuevo los golpes en la puerta se repitieron con insistencia, atrayéndole.

Falco se incorporó y se acercó hasta la entrada de su camarote.

—¿Por qué tanta urgencia?

Delante de él se encontraba Rafael.

—Caetus dijo que querías que te avisáramos cuando Isla Babel estuviera cerca.

Él asintió.

—Sí, me doy una ducha y subo.

—No te demores —se despidió para desaparecer inmediatamente.

Falco cerró la puerta y apoyó la cabeza sobre la lisa superficie.

Necesitaba alejarse de los recuerdos que le inundaban últimamente. De las risas y las conversaciones que le llevaban a otra época.

Ese viaje le había mostrado con claridad cuánto extrañaba la vida que había tenido al lado de Feles.

La añoraba...

Pero era un imposible recuperarla.

Ella tomó una decisión por los dos y se alejó, le abandonó.

La rescataría, la salvaría de las manos de Hyaena, pero cuando todo terminara...

Volvería a estar solo.

Capítulo 20

Estaban todos en el puente de mando cuando Falco apareció por el hueco de la escalera, atrayendo la atención.

—Gracias por acompañarnos —señaló mordaz Caetus.

Este le regaló una cínica sonrisa.

—Cállate e infórmame.

Etien emitió una pequeña carcajada que se silenció en cuanto Falco la miró.

—Alguien no tiene buen despertar —canturreó Rafael.

—¿Alguien me va a decir dónde estamos? —gruñó.

Pandora tosió ocultando su risa pero ante el temor de acabar siendo el blanco del haddasu, se acercó a Caetus por si tenía que protegerla.

—No seas cascarrabias —le recriminó su amigo—. Estamos llegando a Isla Babel.

Falco se pasó la mano por su corto cabello y bufó. Se acercó hasta el ventanal y observó las aguas oscuras. Los animales acuáticos habían desaparecido, dejando a la vista un desierto azul inquietante.

—¿Dónde se han ido los peces?

—Según nos acercábamos a la isla, se iban reduciendo en número hasta desaparecer —explicó Caetus.

El jefe de seguridad de los Rapax asintió. Fijó los ojos en el exterior hasta que de pronto vio algo que se movía delante de ellos.

—Ahí está.

El resto se acercó hasta el ventanal y observaron el punto que señalaba. Una gran plataforma sin forma concreta, bastante lejos de donde debería encontrarse.

—¿Cuánto nos hemos desviado?

Rafael se acercó hasta el sistema de navegación.

—Muchas más millas de donde debería estar.

Falco se llevó la mano hasta la cabeza y gruñó.

—Le he advertido más de una vez a Adipem que un día de estos se alejarán de su construcción de origen. Es un peligro que nada le sostenga al fondo marino porque al final se perderán entre las aguas y no podrán regresar.

Pandora miró a Caetus extrañada.

—¿Qué quiere decir?

—Es una isla artificial —este respondió.

Etien se acercó hasta la joven y le explicó:

—Se construyó a partir de la unión de una serie de plataformas flotantes, balsas, barcos... Los líquenes y las algas se fueron solidificando hasta hacer su superficie más sólida.

Ella asintió comprendiendo.

—¿Y la gente vive ahí?

—Sobrevive —Rafael corrigió—. Muchos huyeron de los Rapax, al infringir una de las leyes de Nueva América.

—¿Cuál?

—No operándose —atajó Falco a media voz.

Los presentes miraron al hijo de Accipiter.

—Otros, son contrabandistas de alcohol o sustancias ilegales —añadió Caetus, intentado alejar la atención de su amigo.

—Y por qué... —La neoespartana dudó en formular la pregunta.

—¿Por qué los Rapax no han acabado con Isla Babel? —Pandora miró a Falco y asintió—. Es un punto estratégico para la zona. Un importante lugar de abastecimiento.

—Es decir, cierro los ojos ante algunas de tus infracciones siempre que me sirvas cuando te necesito —Pandora expuso sonando casi a recriminación.

—Pandora...

—No, Caetus, tiene razón —señaló Falco y el silencio los rodeó.

El hijo de Accipiter se alejó de la cristalera y se sentó en la butaca.

—¿Habéis avisado a Adipem de nuestra llegada? —interrogó a nadie en concreto.

Caetus le miró moviendo la cabeza afirmativamente.

—Nos espera.

—¿Ha dicho algo de si tendremos compañía?

Rafael negó.

—Dice que no ha llegado ningún forastero últimamente a la isla.

—Y nosotros no hemos detectado ningún barco cerca sospechoso.

Falco asintió conforme con la información que le facilitaban.

—Utilizaremos el mini submarino que se guarda en la proa del barco. De esta forma, llamaremos menos la atención.

Todos asintieron.

—Avisaré al resto de la tripulación para que nos esperen aquí —indicó Caetus, recibiendo un movimiento afirmativo por parte de Falco.

—Coged lo imprescindible porque tardaremos en regresar.

En el interior de la pequeña nave se palpaba la tensión.

Aunque Adipem les había indicado que estaban a salvo en Isla Babel, no estarían tranquilos hasta llegar a la superficie y poder comprobarlo con sus propios ojos.

Con una única mochila y vestidos de negro, como si se hubieran puesto de acuerdo, los cinco ocupantes del mini submarino se habían acomodado mientras estaban pendientes de los movimientos de Falco para llevar su transporte al aire libre.

Ascendieron a la superficie por el lado este de la isla donde, según Adipem, habría menos gente.

La oscuridad de la noche les recibió en cuanto abrieron la escotilla.

—Caetus, ¡cuánto tiempo! —La voz grave de Adipem le dio la bienvenida.

El haddasu saltó hasta la plataforma rígida y le miró. Enfrente de él se encontraba un hombre calvo, de piel oscura, ancha espalda y gran barriga.

—Tu gusto no ha cambiado nada —se carcajeó—. Sigues llevando esas horribles camisas de flores.

El dueño del único bar de Isla Babel se unió a la risa.

—Niño malcriado. —Extendió uno de sus brazos y le atrajo hacia él—. Te he echado de menos.

Rafael, Etien y Pandora que acababan de abandonar el mini submarino observaron sorprendidos a la pareja. Falco dio un gran salto y se colocó al lado de ellos.

—Le conoce... —dudó—. Le conocemos desde que éramos niños.

Adipem apartó a Caetus y miró al hijo de Accipiter.

—Lo único que él siempre me ha caído mejor que tú.

Falco le ofreció la mano que el hombre no dudó en estrechársela.

—Te presento a Etien, Pandora y...

—Rafael —interrumpió.

El neoespartano sonrió a su anfitrión y le estrechó la mano.

—¡Cuánto tiempo, viejo!

—Demasiado... Creí que habrías muerto.

Rafael bajó la mirada hasta sus pies y se llevó la mano a su cabello que llevaba recogido en una coleta.

—He estado en Nueva Esparta...

—¡Nueva Esparta! —repitió el hombre—. Entonces, es verdad que existe.

—Somos neoespartanos. —Etien señaló a Rafael, a Pandora y a ella misma.

Adipem observó con detenimiento a la joven pelirroja, le atrapó la mano y se la llevó debajo del brazo para acercarla hasta su cuerpo.

—Me fascina. Niña, ¿me contarás cosas de vuestra tierra?

Etien miró al resto de sus compañeros divertida.

—Por supuesto.

—Bien, bien... —Le dio unas palmaditas en la mano—. Vayamos a mi hogar mientras tanto.

—Tiró de ella, obligándola a acompañarle, mientras el resto los observaba con la boca abierta.

—Todo un espécimen —Pandora indicó mostrando una sonrisa en su rostro.

—Si yo te contara... —Caetus comenzó a andar siguiendo la dispar pareja, acompañado de la joven neoespartana.

Falco terminó de amarrar el submarino a la superficie de la isla y miró a Rafael.

—No sabía que conocías a Adipem.

Este suspiró y movió una de sus manos invitándole a caminar para seguir al resto de sus compañeros.

—Es una aburrida y larga historia.

La risa del Rapax estalló en la noche silenciosa.

—Todos escondemos una historia larga y aburrida, Rafael. —Él le miró—. Lo único que debemos hacer para sobrevivir, es confiar en alguien para contársela.

El neoespartano detuvo su caminar y observó a Falco que seguía andando detrás de sus amigos.

—No es tan sencillo... —susurró.

Capítulo 21

A pesar de la insistencia de Falco por partir lo antes posible, habían terminado cenando en el bar de Adipem. Un gran local de madera, con varias mesas y sillas repartidas por el establecimiento donde el lugar estelar lo ocupaba el escenario. En él se llevaban a cabo espectáculos musicales o cualquier tipo de actividad que entretuviera a los clientes. Un entretenimiento que debía competir con la atractiva barra donde se exponían las bebidas que vendían y que la mayoría infringían la ley.

La cena había constado de una amplia selección de algas que deleitó el paladar de Pandora quien, según les informó, las comía por primera vez. Pequeños peces y alguna medusa complementaron la comida, logrando saciar el estómago de los comensales.

Acomodados en las distintas mesas y sillas, esperaban el transporte que los llevaría hasta Nueva York Twin y que según Adipem no tardaría en llegar.

Falco impaciente, había abandonado el local. Paseó por las distintas calles artificiales construidas sin ningún orden establecido, hasta que terminó con la vista fija en el cielo estrellado. Sus pesadillas no le dejaban descansar, repitiéndose una y otra vez la misma escena: Feles muerta porque no había llegado a tiempo para rescatarla.

El sonido de alguien calzado con chancas golpeando el suelo mientras caminaba, le avisó de que alguien se acercaba.

—Entiendo que encontraste a tu hermana en Nueva Esparta. —Adipem se puso a su altura.

Falco asintió.

—Tuvimos ciertos problemillas, pero ya está a salvo.

El hombre le dio una palmada en la espalda.

—Me alegro.

A pesar de la extraña relación que mantenían, se apreciaban por su pasado en común. Adipem había sido amigo de sus padres y en muchas ocasiones habían compartido mantel, cuando las reuniones de Accipiter se alargaban.

El hombre formó parte del comité de representación de los vendedores de Nueva York Twin. Hablaba por ellos, mediando entre este gremio y los Rapax, buscando mejores condiciones que beneficiaran a su sector o interviniendo en algún conflicto que pudiera surgir.

Por el carácter de Adipem, terminó congeniando muy bien con Melli, lo que llevó a que se realizaran muchas de esas reuniones en la casa familiar.

Falco y Ninox le veían muy a menudo por allí hasta que con la muerte de su madre él desapareció. Esto le hizo dudar de él, por si había tenido algo que ver con el fallecimiento de Melli.

Puso en marcha una serie de investigaciones que le sirvieron para confirmar lo errado que estaba en su suposición, pero esa sospecha caló en la relación de los dos, distanciándolos.

—Todavía no sé cómo sobreviviste tantos años en Nueva York Twin sin operarte —comentó sin venir a cuento.

La carcajada de Adipem resonó en la noche.

—Quizás si esté operado, pero no se ve a primera vista.

Falco le observó. Con su barriga, calvo y la piel oscura, acompañado de sus inseparables camisas de flores llamativas y sonrió.

—Algún día tendrás que contármelo.

—Quizás...

Falco miró lo que les rodeaba. Las diferentes casas prefabricadas de variados tamaños y materiales diversos que se levantaban detrás de ellos. Una cortina se movió y una cara apareció

para desaparecer a continuación detrás de una ventana, indicio de que no estaban solos.

—Y por cierto —golpeó con el pie la plataforma que les sostenía—, te he dicho un millón de veces que tenéis que hacer algo con la isla. —Adipem le observó sin comprender—. Cuando hemos llegado, la tormenta os había movido de vuestras coordenadas originales.

—Lo tenemos resuelto. —Falco le miró incrédulo—. Hemos instalado una serie de motores en uno de los extremos que nos llevan a nuestro origen cuando los encendemos. Tienen poca potencia, pero pueden servirnos de momento.

El haddasu asintió, contento ante la explicación.

—De momento...

La risa del otro hombre le interrumpió.

—Tu padre estaría orgulloso de ti. Preocupándote por los desarraigados.

No pudo evitar que sus palabras le dolieran. Le dio la espalda y miró hacia el océano.

—No sabes lo que dices, viejo.

Adipem se calló y observó la espalda rígida. Sabía que el joven llevaba un gran peso sobre ella, pero en el fondo corría por sus venas la sangre de Accipiter. Era un Rapax y su naturaleza le llevaba a comprometerse con sus responsabilidades.

—Has estado ausente mucho tiempo, pero ya es hora de regresar.

Falco apretó sus puños con fuerza.

—No sé si estaré preparado —susurró.

El hombre con camisa de flores se acercó hasta él y le puso la mano sobre su hombro.

—Si te haces esa pregunta, es que ya estás preparado.

Falco expulsó el aire que retenía de su interior.

—Tengo miedo...

Adipem suspiró.

—Tu padre fue un buen gobernante, lo que sucedió tras la muerte de Melli... —Se pasó la mano por la cabeza rapada—. Se volvió loco. No supo reaccionar con la pérdida de su alma gemela. Hizo cosas que...

—Se creyó un Dios —le enfrentó—. Descuidó el gobierno de Nueva América y comenzó a realizar manipulaciones genéticas que terminaron siendo auténticas aberraciones. Se convirtió en Igor, ayudando a su propio Doctor Frankenstein.

—Tu tío se aprovechó de su sufrimiento y le utilizó.

Falco dejó caer los brazos sin fuerzas a lo largo de su cuerpo.

—Hyaena... Siempre es Hyaena.

Adipem se acercó de nuevo al joven y le posó su mano en el brazo.

—Accipiter se sentía desamparado, solo e inútil.

—¿Inútil?

—Jamás encontró al asesino de tu madre y eso consiguió volverle loco. Perderla y no hallar al causante... Eso puede con todo el mundo.

Falco asintió.

—Todos la perdimos...

—Lo sé...

Ambos se callaron recordando a la mujer.

—Hundido por no encontrar al culpable, Hyaena le engañó... —dudó por unos segundos—. Le utilizó hasta que...

—¿Qué?

Adipem observó el cielo estrellado y sonrió como si pudiera ver el rostro de sus amigos allí

reflejado.

—Vino aquí, a Isla Babel. Necesitaba ahogar sus penas en alcohol. —Miró al hijo de Accipiter—. Era la sombra de su antigua grandeza. —Falco asintió recordando los últimos años de vida de su padre—. Estuvimos hablando, recordando los viejos tiempos, de vosotros...

El Rapax estaba atento a todo lo que contaba el hombre.

—¿De nosotros?

Asintió.

—No me preguntes qué fue lo que le hizo reaccionar porque no lo sé. Después de verle cada día perdido, intentando autodestruirse... De pronto, como si hubiera tocado un interruptor, reaccionó —explicó negando con la cabeza—. Pero fue tarde...

Falco sabía que tenía razón. En los últimos días de la vida de su padre, algo cambió. Parecía otro.

—Séneca me explicó que tenía pruebas del contrabando de ADN que realizaba Hyaena en su propio beneficio. Habían quedado para mostrárselas cuando la lancha en la que iba explotó.

—¿Séneca? —se interesó el hombre.

—Uno de los Ancianos de Nueva Esparta —explicó—. Antes de la desaparición de mi madre, Séneca contactó con Accipiter y le convenció para que investigara los posibles robos de ADN en Caeli.

—¿Han estado robando ADN?

Falco asintió.

—Mi tío —respondió, observando como el hombre golpeaba con el pie un objeto que acabó en el agua—. Tras la muerte de Melli, mi padre enloqueció y...

—Hyaena se aprovechó de él —interrumpió Adipem.

El Rapax tensó la mandíbula mostrando lo que pensaba de ese hecho. Fue un tiempo difícil el que vivieron Ninox y él junto a su progenitor. El padre comprensivo y cariñoso desapareció, sustituido por uno con el que no deseaban cruzarse porque podrían sufrir su ira.

—Gracias a Séneca —continuó con su explicación, intentando alejar los fantasmas—, descubrí que mi padre en el último momento quiso hacer lo que debía...

—Entregar a Hyaena.

Falco asintió de nuevo.

—Pero no llegó a tiempo.

Los dos se callaron ante esa realidad. Si Accipiter no hubiera tenido ese accidente, la realidad podría ser otra.

—Tu tío es una mala víbora —espetó Adipem—. Debes acabar con él.

Este se llevó la mano a su cabello y gruñó.

—Temo la respuesta del Gregem.

El hombre calvo dio una patada al suelo prefabricado, atrayendo la atención de la pareja.

—En ese consejo vuestro hay gente buena. No todo el mundo está corrupto, niño.

Falco observó al amigo de sus padres sorprendido ante sus palabras. Adipem era un exiliado de Nueva York Twin, había huido de la ciudad, de sus leyes, de su gobierno... Si él pensaba que dentro del Gregem podía encontrar apoyos, todo era posible.

—Espero que tengas razón porque voy a necesitar que me respalden cuando atrape a Hyaena.

Adipem le dio un fuerte golpe en la espalda, moviéndolo del sitio.

—Así me gusta —señaló—. Salva a la chica y atrapa al malo.

La carcajada de Falco se escuchó en toda la isla.

—Espero que sea tan fácil.

—Lo será —respondió—. Solo hay que creer en ello.

Falco se rio de nuevo y le miró.

—No sé todavía cómo mis padres fueron amigos tuyos.

Este tiró de la camisa de flores hacia abajo intentando esconder su prominente barriga y le guiñó un ojo.

—Tengo mi atractivo — rio.

—Nuestro transporte ya ha llegado. —Falco y Adipem observaron a Caetus que acababa de llegar a su lado.

—Ya era hora —señaló el habitante de Isla Babel dando una palmada.

—Todavía no sé por qué no has querido decirme cómo viajaríamos hasta Nueva York Twin — dijo Falco molesto, arrancándole una sonrisa al hombre.

Su amigo se rio y le miró.

—Porque sabía que te ibas a enfadar.

El hijo de Accipiter los observó.

—Adipem...

El hombre calvo elevó sus manos en son de paz.

—Dijiste que querías llegar rápido.

—Viejo —gruñó—. ¿Cómo?

Caetus se rio mientras los dejaba solos. No quería terminar en medio de la discusión que se vaticinaba.

Adipem suspiró.

—En Hyperloop.

Capítulo 22

Se encontraban dentro de los vagones del tren de alta velocidad que circulaba por debajo del agua y que comunicaba las distintas ciudades que conformaban Nueva América. Un transporte que en esta ocasión solo estaba provisto por cinco cápsulas, además de la utilizada por el conductor del Hyperloop. Un espacio para cada miembro del equipo en el que iban recostados y desde donde podían observar sin problemas todo el fondo marino, gracias al material transparente con el que se había construido.

Falco todavía rumiaba la explicación que le había ofrecido Adipem de cómo había conseguido que un Hyperloop llegara hasta Isla Babel. Un transporte que en teoría estaba bajo el control de los Rapax y solo podía realizar determinadas rutas, siguiendo las corrientes marinas, de una ciudad a otra y que llevaba a sus viajeros a su destino a gran velocidad.

—Necesitabas llegar a Nueva York Twin —recalcó el hombre cuando se despedían en la zona oeste de la Isla, lugar en el que había recalado el tren submarino.

—¿Utilizas el Hyperloop para tus trapicheos?

Adipem le empujó dentro de la cápsula donde viajaría él solo para que se acomodara y pudiera partir. El resto de sus compañeros llevaban bastante rato dentro de ellas y los observaban impacientes.

—Deja de preocuparte por banalidades —le dio con el dedo en la cabeza— y piensa en liberar a Feles.

Falco atrapó el dedo y le miró con cara de pocos amigos.

—Sé lo que tengo que hacer, viejo —espetó—. Cuando regrese, tú y yo hablaremos y entonces...

Adipem se carcajeó, cerró la cápsula y le guiñó un ojo.

—Ya mantendremos esa conversación.

Falco dio un golpe al techo de la cápsula al recordar la risa del hombre, la manera en que le había ignorado.

De pronto, una voz algo distorsionada se escuchó en el interior del vagón.

—Señor Rapax, ¿necesita algo?

Pulsó un botón que había encima de él.

—No, lo siento. He dado sin querer al intercomunicador.

—De acuerdo. Llegaremos a Nueva York Twin en media hora.

Agradeció al conductor del Hyperloop la información y buscó una mejor posición en su asiento para hacer el viaje más llevadero.

Año 2067

—¿Por qué? —Feles le reclamó.

Falco la observó desde el sillón del salón. Se había llevado trabajo al apartamento y en ese momento en la pequeña mesa, delante de él, había un sinfín de gráficos desplegados en movimiento. Entre sus manos tenía un ordenador muy fino, ligero, donde se sucedían datos que tenía que estudiar.

—Ya lo hemos hablado...

La mujer tiró el maletín que llevaba encima del sofá. Le había pillado la tormenta en mitad de la calle y estaba empapada.

—No. Lo has hablado tú.

Él bufó.

—Feles no empieces...

Se llevó las manos con las uñas pintadas de un azul discreto hasta su húmedo cabello para

dejarlas caer con resignación.

—¿Que no empiece el qué, Falco? —le enfrentó—. Desde que tu padre murió, hace ya siete años, no has vuelto a ser el mismo.

—No he cambiado. Sigo siendo el mismo haddasu que conociste —respondió desganado, rascándose la mandíbula sin rasurar.

Feles observó al hombre del que estaba enamorada.

—No puedes quedarte ahí, sentado, sin hacer nada ante los desmanes de tu tío.

—Él es quien manda y yo...

Gruñó al mismo tiempo que se quitaba la chaqueta verde, dejando visible una blusa negra que se amoldaba a sus pechos.

—Tú eres quien debería estar ahí y no él.

Falco devolvió la atención a su lectura.

—Estoy bien donde me encuentro.

La impotencia le pudo y gritó:

—Siendo su perro guardián, su lacayo, su...

Este se levantó de improviso y en dos zancadas se aproximó hasta ella. Fijó sus ojos negros en los ámbar, para descender a continuación por su rostro, deteniéndose por unos segundos en su boca.

—No sigas por ahí. —Le atrapó la mano. En su cara se mostraba que sus acusaciones no le hacían gracia.

Feles se puso de puntillas intentando alcanzar esa altura que necesitaba para mirarle a los ojos, pero su corta estatura se lo impidió.

—No te tengo miedo, Rapax —siseó.

El silencio los envolvió, solo roto por sus respiraciones aceleradas. Un silencio que precedía a la tempestad que se avecinaba.

Falco posó su boca con violencia sobre la de ella arrancándole un voraz beso. Llevó sus manos hasta su cintura y la atrajo hacia él. Cuerpo contra cuerpo, respiraciones entrelazadas...

La necesidad de sentirse era salvaje.

Feles le arrancó los botones de la camisa blanca que llevaba y le acarició el negro vello que nacía en su pecho.

Sin esperar permiso alguno, en cuanto Falco sintió las caricias hambrientas de la mujer, la elevó por encima del suelo y la tumbó sobre el mullido sofá para colocarse entre sus piernas. Se tumbó encima de ella, dejando sus brazos a cada lado de su cabeza y la miró.

Ella le miró.

Y como dos náufragos perdidos en el océano, sedientos de agua, sus bocas se unieron.

La pareja comenzó una lucha salvaje que buscaba saciar la pasión que acumulaban desde hacía días. Necesitaban sentirse, acariciarse, besarse, amarse...

Las manos de Feles se deslizaron por la espalda masculina, recordando el tacto de su amante que tenía tan presente cada día y que tanto añoraba. Dibujos inconexos nacieron de sus uñas, intentando tatuarle el amor que sentía.

Falco profundizó aún más los besos que le prodigaba. Atrapó el labio inferior, le mordió y a continuación sacó su lengua, intentando sanar las heridas que pudiera haberle infringido. Una sensual caricia que logró arrancarle más de un gemido.

La boca femenina se abrió recibiendo la pasión de su dueño que era comparable a la suya.

Los suspiros se sucedieron.

La boca masculina se apartó de la tentación y buscó catar el sabor de la tersa piel del cuello

de su amante. Su lengua se deslizó con lentitud, sus dientes salieron a jugar y la presión de su ardor succionó intentando marcar su propiedad.

Los dedos se deshicieron de los pequeños botones de la blusa negra, dejando a la vista un sostén del mismo color que retenía a duras penas unos pechos rebosantes.

La boca descendió hasta la piel que asomaba por la cárcel de fina lencería y dejó que la lengua saboreara esa parte del cuerpo femenino.

El cuerpo de Feles tembló ante el contacto.

Las manos de Falco buscaron una mayor caricia.

Se posaron sobre las suaves piernas y ascendieron poco a poco por ellas hasta desaparecer por el interior de la falda. Los dedos capturaron la fina tela del tanga, tiraron de él y se adentraron en la húmeda vagina.

Un gutural gemido salió del interior del cuerpo de Falco.

Le seguía deseando...

No sabía lo que había añorado sentir el cuerpo de Feles, hasta ahora. El temor a que no le siguiera deseando estaba presente cada vez que la veía y ahora su respuesta se asemejaba a la suya.

Acercó su boca de nuevo hasta los labios femeninos pero cuando sus ojos se fijaron en los dorados, todo cambió.

Falco suspiró, dejó caer la cabeza sobre el hombro femenino y rumió palabras sin sentido.

Pasados unos segundos, se alejó reticente de Feles.

La mujer apartó la mirada de su amante, se abrochó la blusa con rapidez y buscó que la falda regresara a su posición original.

—Lo siento...

Él negó con la cabeza.

—Tengo mucho trabajo por lo que será mejor que lo retome.

Feles se levantó del sofá y desapareció por la puerta que llevaba al aseo.

Falco observó la espalda de la mujer que amaba y rechinó los dientes. No entendía lo que sucedía. Llevaban muchos días sin mantener relaciones. A veces con la excusa de que él tenía mucho trabajo o que ella estaba cansada, lo habían ido postergando. En otras ocasiones, cuando el deseo que sentían se hacía presente y no podían detener lo que ambos querían, no lograban terminar lo que habían comenzado.

Sentía que ella aún le deseaba, que quería estar con él, pero cuando profundizaban la intimidad su cuerpo cambiaba y el rostro de ella mostraba...

—Miedo —susurró para sí mismo.

Año 2070

La voz distorsionada del conductor del Hyperloop le devolvió al presente.

—Señores viajeros llegaremos a Nueva York Twin en cinco minutos. Esperamos que su viaje haya sido de su agrado.

Una irónica sonrisa apareció en el rostro de Falco. Se restregó los ojos, intentando alejar el último recuerdo que le había abordado y que habían adquirido la molesta costumbre de aparecer en los momentos menos indicados desde que había comenzado esa expedición, y dejó la vista clavada en lo que debían ser los restos de la antigua fortaleza de Castle Clinton.

Estaban próximos a Battery Park donde les esperaba Hawk para seguir con la búsqueda de Feles.

—Feles...

Nunca pudo averiguar qué le sucedía.

A los pocos días la mujer que amaba desapareció de su vida, de la de todos. Ni siquiera

Ninox, su amiga, supo dónde se había marchado.

Le abandonó sin explicación alguna. No hubo despedida, ninguna nota... Nada.

Y aunque intentó odiarla, le fue imposible. Dejó un gran vacío en su corazón que nunca supo cómo llenar.

Dos años estuvo sin ella, dos años donde los recuerdos, las risas y conversaciones compartidas se sucedían en su cabeza.

Hasta que de pronto regresó...

Sin ninguna explicación.

Capítulo 23

Año 2070

En algún lugar de Nueva York Twin.

La habitación cerrada olía a óxido, a humedad y a algo que su única ocupante no sabía muy bien definir. Acompañada por el incesante golpeteo del agua al caer desde el techo, sin ningún mueble a la vista que pudiera hacer más cómodo su hospedaje, salvo una desvencijada cama, arrinconada contra una de las cuatros paredes de color marrón que le servía a su dolorido cuerpo para descansar cuando las pesadillas y sus temores la abandonaban, si no caía rendida antes por el agotamiento.

Sentada sobre el fino colchón, intentando que no se le clavara ninguno de los muelles que sobresalían, observaba la única luz que pendía de la esquina más alejada del camastro, una bombilla que se encendía cada vez que se movía, acompañándola en su cautiverio.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba allí prisionera.

Las horas se sucedían y si no fuera por la comida que le daban a través de una trampilla situada en la parte inferior de la puerta, su descontrol podría ser aún mayor.

Dos comidas le servían al día, compuestas esencialmente de algas, acompañadas de agua que su cuerpo bebía ansioso como si se encontrara en un desierto. Era en esas ocasiones cuando tenía indicios de que su cuerpo aún mantenía algún residuo de la droga que le habían suministrado para llevarla inconsciente hasta allí.

No sabía dónde se encontraba, a pesar de sus súplicas, cada vez que se abría el hueco de la puerta, para que la ayudaran o le dieran algún dato que pudiera dar luz a su desconocimiento.

No había vuelto a tener contacto con su secuestrador desde la llamada que realizaron a Falco, y rezaba a los dioses por no verle de nuevo. Sabía que no era quien la alimentaba ya que no habría dudado en abrir la puerta y darle la comida en persona. Disfrutaba viendo el sufrimiento a su alrededor y se jactaría de sus miedos, además de querer intensificarlos. Pero si albergaba alguna duda, el color de piel de las manos de quien le entregaba la comida, más oscuras, era la prueba que necesitaba de que Hyaena no estaba allí, cerca de ella.

Todavía no sabía lo que pretendía el jefe de los Rapax al mantenerla encerrada en esa cárcel y menos tras la llamada que realizaron a Falco, avisándole de su estado. Había tenido muchos días para pensar sobre ello, intentando elucubrar la razón por la que la había secuestrado pero no llegaba a ninguna conclusión.

Sin previo aviso la puerta se abrió sorprendiéndola.

Saltó sobre sí misma y buscó el amparo de la pared. Encogió las piernas y se abrazó buscando su propio calor. Dejó fija la mirada ámbar en el hueco de la puerta, donde la luz del exterior se proyectaba, y en ese momento la silueta de su pesadilla apareció acompañada de una tenebrosa carcajada.

—Ya no te comportas tan altiva, gatita. —Feles tembló—. Me dicen que no estás comiendo muy bien. —Negó con la cabeza mientras avanzaba hasta la mitad de la habitación. Chasqueó los dedos y un hombre apareció tras la puerta, portando una silla que dejó cerca de él, para desaparecer inmediatamente.

Hyaena colocó la americana de color mostaza que llevaba en el respaldo y se sentó en ella. Cruzó las piernas dejando visibles sus relucientes zapatos negros y agarró la rodilla con sus manos, mostrando dos anillos ornamentados con sendas piedras preciosas que portaba en la derecha. La nariz aguileña sobresalía en su cara y unas cejas pronunciadas rodeaban unos ojos marrones sin vida. Ningún mechón oscuro del cabello de corte militar se atrevería a descuidar el peinado perfecto de su dueño.

—¿Qué quieres? —le increpó.

Hyaena dejó que su mirada lujuriosa se deslizara por el rostro femenino con lentitud, memorizando cada uno de sus rasgos. Descendió por la sucia blusa que había perdido el brillo de origen, a causa de su cautiverio. Sonrió al comprobar cómo intentaba esconder parte de su tersa piel, donde los botones habían desaparecido, y vislumbró el encaje de un sujetador rosado, parejo al tono de la camisa. Las piernas se escondían debajo de una amplia falda roja, con el bajo hecho jirones por donde asomaban unos pies descalzos y sucios.

—Todavía no lo he decidido. —Enfrentó su mirada—. Depende de muchos factores...

—Falco... —soltó sin pensar, en voz alta.

El actual jefe de los Rapax mostró de nuevo una maléfica sonrisa en su cara.

—No te voy a engañar que ese es uno de esos factores. —Movié la mano en el aire—. Pero no el más importante.

Los dientes de Feles chirriaron, resonando en la habitación, arrancándole una nueva carcajada.

—Creo que todavía queda una leona en ti. —Le miró con odio—. Aunque «aprecio» a mi sobrino, debo ser sincero y ahora mismo no es mi mayor problema.

—Falco vendrá a por mí y entonces sí tendrás que preocuparte.

Hyaena estiró las manos, movió los dedos para observar el brillo de sus anillos y devolvió la atención a su rehén.

—Reconozcámoslo, gatita. —Le sonrió—. Mi sobrino no tiene lo que debe tener para enfrentarse a mí. Tuvo la oportunidad hace unos años y prefirió quedarse mirando.

—Te aprovechaste de la muerte de Accipiter y le quitaste lo que le correspondía por derecho.

Hyaena movió el dedo índice de un lado a otro.

—Eso no fue exactamente así —señaló—. El Gregem avaló mi candidatura ante un crío sin experiencia.

Feles gruñó.

—También ayudó que sobornaras a la mayoría de sus miembros para que se olvidaran de lo que dice la ley.

El haddasu se levantó de la silla y se acercó hasta la pared para pasar el dedo por su superficie, miró con detenimiento lo que había arrancado y se lo limpió con cara de asco.

—La ley indica que un Rapax debe estar a cargo de Nueva América, y yo pertenezco a esta familia.

—El heredero de la Familia debe ocupar ese puesto —masculló.

Hyaena se aproximó hasta la cama y se apoyó en ella. Acercó su cara a la de Feles y enfrentó su mirada.

El perfume empalagoso que utilizaba le provocó náuseas.

—Mi sobrino se hundía en la autocompasión. Alguien debía tomar las riendas.

—Y a ti te vino muy bien para seguir con tus trapicheos.

En su rostro apareció una sonrisa.

—La vida nos lleva por caminos inescrutables. —Pasó su dedo por el cuello femenino.

—Caminos en los que haces negocios fuera de esa misma ley que tanto defiendes. Buscando tu propio beneficio. Sin importar a quién perjudiques e incluso asesinando para seguir manteniendo tu estatus. Dejando fantasmas en vida.

Hyaena negó con la cabeza mientras su dedo descendía un poco más hasta toparse con la tela del sujetador.

—Hablas demasiado, gatita.

Feles retuvo su respiración ante el contacto por unos segundos y sin dudarle le dio un

manotazo apartándole.

—No me toques —espetó.

Hyaena se rio alejándose de ella. Cogió la chaqueta y se la puso.

—Sabes que me gusta mucho cuando sacas las uñas.

Los ojos dorados destilaban odio.

—No volverás a tocarme. No lo permitiré. No volveré a pasar por ese infierno de nuevo. —

Le miró a los ojos sin amilanarse—. Antes muerta.

El tío de Falco sonrió a su prisionera.

—Y yo que pensaba que podría disfrutar de tus gritos de nuevo.

—Jamás —escupió.

El haddasu se rio y se acercó de nuevo a ella. Le acarició la mejilla provocando que temblara.

—Tu cuerpo aguantó mejor que el de Melli.

Ella se llevó la mano hasta su boca y se encogió más sobre sí misma, intentando alejarse de él.

Su cuerpo comenzó a temblar sin ningún control y de su boca escapó un sollozo ante lo que esa declaración suponía: Hyaena era el culpable de la muerte de la madre de Falco.

—Eres un cabrón.

Él se rio de nuevo.

—Lo sé —confesó—. Si no hubieras huido, habríamos disfrutado mucho.

La mano masculina acarició su negro cabello.

—Déjame en paz —suplicó.

Olió uno de sus mechones negros y se alejó de ella.

—De momento...

La puerta se cerró tras él, dejándola sola.

Temblando.

Acompañada de sus fantasmas.

Capítulo 24

Año 2067

Feles salió de la clínica con los sentimientos encontrados. El miedo y la alegría se confundían mientras entre sus manos portaba un pequeño estuche metálico donde se guardaba la prueba de lo que llevaba sintiendo desde hacía unos días y que comenzaba a ser parte importante de su vida.

Observó el cielo gris de la ciudad de Nueva York Twin, donde un haddasu cruzó volando para colarse por una de las ventanas del edificio que tenía más cerca. Ningún rayo de sol se vislumbraba, pero la sonrisa que mostraba el rostro de la mujer podía iluminar cualquier espacio. Se llevó la mano hasta su tripa y se rio feliz, atrayendo las miradas de los haddasus con los que se cruzaba en su camino.

Se acercó hasta el borde de la acera y llamó a un taxi que no tardó en detenerse sin necesidad de posarse en el suelo. La puerta se abrió de forma lateral y ella se sentó en su interior.

—A Caeli, por favor —indicó.

El conductor que llevaba una gorra donde estaba dibujada la Estatua de la Libertad, acercó la mano a la visera confirmándole que la llevaría a su destino. Posó sus largos dedos con membranas, parecidas a las de los anfibios, en un panel que había delante de él, y marcó la dirección de la sede de los Rapax. No tardaron en ponerse en camino.

Feles dejó los ojos fijos en el exterior sin ver nada, mientras su mano se posaba en la barriga y la sonrisa no desaparecía de su rostro.

El coche se detuvo delante de la entrada principal de Caeli y el conductor tosió reclamando la atención de su viajera.

—Señorita, ya hemos llegado.

—Sí, perdone. —Le pagó lo que indicaba el taxímetro y salió del vehículo.

El vigilante de la entrada de la sede de los Rapax le guiñó un ojo y le abrió la puerta.

—Señorita Persae, está preciosa hoy.

Ella se rio ante el piropo y se acercó a la recepción.

—Buenos días, quería ver a Falco.

La haddasu rubia marcó en el teléfono y tomó el auricular, para intentar localizar al jefe de seguridad del clan Rapax. Se utilizaba la forma antigua de comunicación para mantener la confidencialidad de los empleados por si estos no querían o no podían reunirse con los haddasus que allí se presentaban.

Mientras la recepcionista llamaba, Feles se acercó hasta una de las paredes del *hall* donde se exponían la mayoría de las pinturas que había coleccionado Melli de sus artistas favoritos. Estaba absorta observando una pintura abstracta donde un corazón rojo resaltaba sobre un fondo azul, cuando el jefe de los Rapax se le acercó con sigilo y le susurró en el oído el nombre del cuadro asustándola.

—*La Bailarina* de Joan Miró.

Feles se apartó un mechón moreno que se había escapado de su peinado y sonrió tímida al haddasu mientras se alejaba unos pasos de él.

—Es enigmático —señaló.

—Eso mismo pensaba Melli y por eso se lo regalé.

La mujer volvió a mirar el cuadro.

—Tenía buen gusto.

Hyaena asintió y la observó con una sonrisa inquietante.

—Tan preciosa como ella.

Feles sintió cómo su garganta se secaba, tragó con dificultad y un escalofrío le recorrió el

cuerpo.

—Yo... Esto...

—¡Feles! —la llamó Falco nada más salir del ascensor.

Esta miró a su pareja que con su sola presencia imponía respeto. Vestido con una camiseta de manga corta negra y un pantalón del mismo color, llevaba el cabello largo hasta los hombros, suelto en una muestra de rebeldía.

—Será mejor que me marche —se despidió el Rapax sin esperar respuesta alguna.

Feles observó la espalda del haddasu y soltó el aire que retenía sin saberlo. No sabía bien la razón, pero en cuanto el hombre que amaba la abrazó se sintió segura.

—¿Qué haces aquí? —Le dio un beso en la cabeza y agarró su mano para llevarla hasta los ascensores.

—Tenemos que hablar.

Le sujetó las puertas del elevador y la invitó a pasar, para seguirla a continuación.

—Yo también quería comentarte algo.

Las puertas del ascensor se cerraron y la boca del hombre se posó con ardor sobre la de ella. Apoyó la espalda de la mujer en la pared acristalada y llevó sus manos hasta su cara. Atrapó el labio inferior con los dientes para pasar al superior inmediatamente, mientras la lengua buscaba que la boca se abriera para encontrarse con su gemela.

De pronto, el sonido de las puertas al abrirse les separó.

Feles observó a su pareja con pasión mientras se recolocaba la camiseta y la falda, intentando recobrar la respiración que le faltaba.

Falco se apartó el cabello de la cara y se hizo una coleta con la goma que llevaba en la muñeca. Le guiñó un ojo y movió la mano, invitándola para que saliera del pequeño cubículo.

—Detrás de ti.

Le dio en el hombro y se rio.

—Menos mal que las cámaras las controla el cuerpo de seguridad y tú eres su jefe. —Señaló la cámara de vídeo que había encima de la puerta del elevador, al mismo tiempo que salía de allí.

Falco se jactó:

—Podrían aprender a tratar a sus mujeres.

—Serás pretencioso —le acusó con una sonrisa.

Se llevó una mano al corazón.

—Nunca.

Llegaron hasta la puerta del despacho de Falco, situado en los sótanos del edificio, departiendo divertidos sin separar sus manos. Entraron en la habitación y el jefe de seguridad de los Rapax tiró de ella, acercándola hasta la robusta mesa rectangular, donde se apoyó.

—Dime, ¿qué querías contarme?

Feles le acarició el mentón.

—No, dime tú primero.

Él asintió.

—Es sobre tu operación...

Feles le miró asombrada por que sacara de nuevo el tema.

—¿Otra vez? —le interrumpió y se alejó de él—. Te he dicho que no quiero pensar en ello.

—Feles... —suspiró.

Ella se volvió encarándolo.

—No, Falco. No quiero operarme todavía. No he decidido qué ADN animal quiero que circule por mis venas, junto a mi sangre. Es un tema muy serio y necesito recapacitar sobre ello.

El jefe de seguridad se sentó en la silla que había tras la mesa.

—Ya has pasado la edad obligatoria por ley para operarte.

—¿Quién lo dice? —exigió—. ¿Tu tío? —Señaló con la mano el techo que había encima de ellos.

En la pirámide de Caeli, en su último piso, estaba el despacho del jefe de los Rapax donde estaría escondido Hyaena. En su *nido*.

—Nuestra ley —explicó resignado.

Manténían esta misma conversación desde hacía varios días y no es que Falco quisiera que ella se operara para que mejorara su cuerpo. Le daba igual. La quería tal como era. Lo necesitaba para no incumplir una ley estúpida y que su tío no continuara echándole en cara la situación ilegal de su novia.

Feles observó la gran estantería de hierro que había en uno de los lados de la habitación. En sus distintas baldas descansaban libros antiguos, alguna foto familiar y un par de catanas con sus fundas negras, en las que destacaban letras japonesas plateadas. Tocó el borde de uno de los vasos de cristal que tenía cerca y que descansaba pegado a las botellas que contenían un extraño líquido ambarino. Respiró profundamente, se llevó la mano a la cadera y le miró.

—Todavía no quiero operarme.

Él suspiró.

—Vas a cumplir veintisiete años y...

—¿Y?

Falco dio un puñetazo en la mesa.

—No seas cría, Feles. Tienes que operarte ya.

La mujer observó al haddasu que amaba mientras en sus ojos aparecían un par de lágrimas.

—Me lo pensaré —cedió.

Falco se levantó de la silla en cuanto vio que lloraba.

—Feles, yo...

Levantó su mano deteniéndole.

—No te acerques ahora.

—Pero...

—No —insistió.

—De acuerdo —asintió reticente.

Feles se limpió la cara con la mano, intentando hacer desaparecer su llanto.

—Me voy a casa. —Falco avanzó un par de pasos para llegar hasta ella, pero la mano femenina volvió a detenerle—. Necesito pensar en esa dichosa operación.

El haddasu volvió a mover la cabeza afirmativamente.

—Te veo en casa.

—Sí... —confirmó desilusionada.

Dudó en moverse pero al final sus piernas solas tomaron la iniciativa. Se acercó hasta la puerta cuando la voz de Falco la retuvo:

—¿No querías contarme algo?

Ella negó con la cabeza sin darse la vuelta.

—No tiene importancia.

Feles abandonó el despacho dando un fuerte portazo. Se acercó hasta el ascensor y esperó impaciente a que las puertas se abrieran. No quería que Falco la encontrara allí, en ese estado, si decidía salir a por ella.

En cuanto las puertas se abrieron entró en el pequeño cubículo acristalado y pulsó el botón

que la llevaría hasta la recepción.

Necesitaba salir de allí de inmediato.

Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos mientras el piano de Yiruma le acompañaba. No quería pensar en la conversación mantenida con Falco y menos aún cuando seguía en Caeli. Debía tranquilizarse y una vez se alejara de los Rapax podría pensar en todo lo concerniente a la dichosa intervención quirúrgica y a la razón por la que Falco insistía cada vez más en que se la realizara.

El timbre del ascensor, avisando de que las puertas se abrían, la devolvió al presente. Respiró profundamente y expiró, contó hasta tres y salió.

No se encontraba en la recepción.

—Bienvenida al *nido*.

La voz grave de Hyaena se escuchó por la sala de paredes blancas donde destacaba una pequeña mesa marrón y una silla vacía que debía ocupar el secretario del tío de Falco. Pero en ese momento no había nadie.

—Señor Rapax —saludó—. Siento molestarle. No sé cómo he terminado aquí. —Extendió los brazos y miró a su alrededor.

—He llamado yo al ascensor. —Feles asintió—. Gracias a las cámaras... —La miró de arriba abajo—. Controlo todo lo que sucede en Caeli.

Las mejillas de la joven adquirieron un tono rosado al recordar lo que había sucedido entre Falco y ella en el ascensor, antes de entrar en su despacho. Esperaba que no lo hubiera visto el jefe de los Rapax.

La risa de Hyaena la sobresaltó, consiguiendo que su cuerpo temblara sin control.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Se llevó su dedo hasta la barbilla donde se dio unos ligeros golpecitos.

—Déjame que piense... —Ella no paraba de mover las manos, atrapando la falda que llevaba de flores para soltarla con rapidez. Estaba nerviosa—. Sí, creo que sí puedes ayudarme en una cosita.

Hyaena se dirigió a su despacho dejando la puerta abierta, en una clara invitación para que le siguiera.

Feles miró por unos segundos las puertas del ascensor hasta que decidió aventurarse en el interior de la habitación.

—Cierra la puerta, por favor —le solicitó en cuanto entró—. ¿Quieres algo de beber?

La joven negó con la cabeza mientras cerraba la puerta y avanzó unos pocos pasos, deteniendo su caminar cuando escuchó cómo la cerradura de la entrada giraba sola. Miró al jefe de los Rapax quien portaba en sus manos un pequeño mando con el que señalaba la entrada.

—Es solo para que no nos molesten —indicó y siguió sirviéndose un líquido marrón en un vaso con hielos—. ¿Seguro que no quieres nada? —Lo levantó un poco animándola.

—No, gracias —negó de nuevo.

Hyaena asintió con la cabeza pasando su mano por su impoluto cabello y caminó hasta la mesa rectangular, donde se apoyó. Dio un par de palmadas en la silla que tenía delante de él.

—Ven, siéntate.

Avanzó reticente por el suelo enmoquetado y observó los enormes ventanales por los que se vislumbraba Nueva York Twin. A pesar de que las gotas de lluvia salpicaban los cristales y los rayos se dibujaban en el cielo gris, impidiendo que disfrutara de la espléndida imagen de ver la ciudad bajo sus pies, sí pudo distinguir el salvaje océano al fondo, con unas olas que comenzaban a adquirir gran altura y peligrosidad.

Se sentó en la silla que le indicaba y la colonia dulzona que utilizaba el jefe de los Rapax

atravesó sus fosas nasales, obligándola a tomar aire varias veces seguidas buscando acostumbrarse al olor.

—Quería hablar contigo.

Feles asintió.

—Dígame, señor.

Hyaena la miró. Dejó que sus ojos se detuvieran en su rostro, descendieron hasta su boca y fueron un poco más abajo, parándose en el escote pronunciado que tenía su camiseta. Se relamió los labios y devolvió la atención a su invitada.

—Falco me ha dicho que todavía no sabes qué ADN animal elegir. —Ella negó muda—. Que eres humana por completo.

Asintió con temor.

—Así es, señor. —Tragó la saliva como pudo.

Hyaena acercó su rostro al de ella y le acarició la piel de su cuello con lentitud, provocando que se removiera nerviosa.

—¿Sabes que estás transgrediendo la ley?

—No lo tengo muy claro y...

Movió el dedo con el que le acariciaba la piel, delante de ella de lado a lado.

—No, no... Si en tu cuerpo no hay genes animales, tenemos un problema, Feles. Un gran problema.

Ella se llevó la mano hasta su mejilla para alejar la lágrima que la recorría.

—Lo voy a resolver.

Asintió contento con la respuesta, se quitó la chaqueta gris que llevaba y volvió a acercarse a ella.

—Así me gusta, pero...

—¿Pero? —Temía lo que pudiera decir.

El miedo comenzaba a asentarse en su corazón y la respiración aumentaba de velocidad, pareja con los latidos de su corazón.

Hyaena acercó una vez más su dedo al cuello femenino y lo detuvo por unos segundos sobre la arteria donde la presión sanguínea era más fuerte.

—Tranquila... —Sonrió—. No muerdo. Bueno, quizás a veces.

La risa macabra del haddasu estalló en el despacho.

—Señor Rapax, tengo que marcharme. —Apoyó las manos en los reposabrazos de la silla e intentó levantarse, pero la mano masculina se posó sobre su hombro, obligándola a sentarse de nuevo.

—No hay prisa alguna.

—Tengo que...

—Quedarte aquí sentadita —continuó por ella, silenciándola.

Acercó su rostro a su cuello y le olió la piel. Se deshizo de las horquillas que sujetaban el recogido de la joven y lo acarició.

—Mejor, mucho mejor.

Los ojos dorados mostraban el miedo que la consumía con cada movimiento del tío de Falco.

—Señor Rapax, déjeme marchar —suplicó recibiendo un movimiento negativo del haddasu y una caricia en sus labios, acallándola.

—Me tienta descubrir cómo folláis las mujeres que no estáis operadas.

Un grito ahogado salió del interior de Feles. Se levantó de improviso, intentando alejarse del Rapax, pero sus manos la retuvieron de nuevo. Dejó una de ellas anclada en su hombro y

descendió la otra hasta atrapar su pecho.
—Lo vamos a pasar muy bien.

Capítulo 25

—Ha sido un verdadero... —Sus ojos recorrieron de nuevo el cuerpo maltrecho con lascivia —... placer. Es una pena que tenga que asistir a una serie de reuniones importantes en el día de hoy porque si no... —Se pasó la lengua por los labios mientras se colocaba los puños de la camisa.

Feles tembló inconscientemente, arrancándole una carcajada al haddasu.

Hyaena agarró su chaqueta y se acercó hasta ella, quien se arrastró por el suelo hasta que la pared le impidió seguir huyendo.

—No me toques —sollozó, pero no le hizo caso.

Le acarició la mejilla golpeada con delicadeza.

—Ni se te ocurra contar nada de lo que hemos compartido —susurró—. Falco y Ninox podrían sufrir las consecuencias.

Feles tembló de nuevo.

—No se te ocurra hacerles nada porque...

La carcajada tenebrosa del haddasu la interrumpió.

—Ahí está la leona. —Tiró de su cabello infligiéndole dolor—. No me amenes porque ya sabes lo que puede sucederte. —Se abalanzó sobre su boca y le robó un beso provocando que su labio sangrara ante la violencia.

En cuanto estuvo libre de su agarre, apartó la cara y se encogió más sobre sí misma.

Hyaena miró el reloj de pulsera que llevaba y se puso la chaqueta.

—No salgas hasta la noche de este despacho. No quiero que nadie te vea en esas condiciones —le ordenó señalando su estado.

Magullada, con sangre y heridas en casi todo su cuerpo, y con la ropa desgarrada no podía ir muy lejos.

—Te mandaré un coche para que te recoja y te lleve a tu casa.

El tío de Falco se acercó a la puerta y la abrió no sin antes amenazarla de nuevo:

—Feles, recuerda que la vida de los que quieres depende solo de ti.

De eso hacía ya bastantes horas. La noche comenzaba a surgir tras las ventanas vaticinando el momento de regresar a casa.

Había visto cómo pasaba el tiempo, encogida en una esquina del suelo, con la mirada perdida. Ya no derramaba ninguna lágrima y los sollozos habían sido sustituidos por un silencio sepulcral, solo roto cuando escuchaba algún ruido en el exterior del despacho. Era en esos momentos cuando su cuerpo comenzaba a tiritar de miedo, temiendo que Hyaena hubiera cambiado de opinión y que regresara.

El sonido de su teléfono móvil resonó en la habitación haciéndola saltar. El timbre se repetía insistente hasta que su dueña tomó aire y se acercó hasta él. Se encontraba en el suelo enmoquetado junto a muchas de sus pertenencias, caídas del interior de su bolso cuando intentó defenderse del ataque.

Respiró profundamente y contestó a la llamada.

—Señorita Persae...

—Sí... —musitó.

—Le espero en el garaje para llevarla a su apartamento. —El tono de fin de llamada fue la única despedida que recibió.

Feles miró a su alrededor temerosa y sin esperar un segundo más, recogió el contenido de su bolso con rapidez del suelo. Sus manos se detuvieron en el pequeño estuche metálico que tanta felicidad le había regalado esa mañana, provocando que unas pocas lágrimas se deslizaran por sus

mejillas.

No dudó en limpiárselas con fiereza en cuanto las sintió.

Guardó su más preciado tesoro en el bolso y se incorporó con lentitud. Sus piernas estuvieron a punto de fallarle, pero gracias a una silla cercana se sostuvo a duras penas.

Sus manos temblaban y su respiración se entrecortaba.

Se colocó su maltrecha falda y utilizó el bolso para esconder el pecho que asomaba entre la raída camiseta.

Avanzó con lentitud, con miedo de toparse con algún empleado rezagado de Caeli que pudiera verla, pero lo único que se cruzó en su camino fueron los silenciosos robots de limpieza.

Descendió por el ascensor hasta el garaje donde un haddasu de gran tamaño, vestido con un esmoquin negro la esperaba. Le abrió la puerta de una limusina, invitándola a entrar sin emitir ninguna palabra.

Si su aspecto le había llamado la atención, no lo dejó traslucir.

El viaje se le hizo eterno.

Ansiaba llegar a su casa, quitarse esa ropa y ducharse para alejar cualquier rastro de Hyaena de su cuerpo.

Temía el reencuentro con Falco, pero rezaba a los dioses para que no hubiera llegado todavía al apartamento. No podía verla en ese estado. No debía verla si no quería perderle.

Entró en su casa donde reinaba la oscuridad y el silencio.

Encendió una a una las luces de las habitaciones temiendo encontrar a su compañero en alguna de ellas, pero no fue así.

De pronto, unas flores en mitad de la mesa del salón llamaron su atención. Se acercó hasta el ramo artificial donde el aroma a violetas la envolvió y atrapó una nota que sobresalía de esos pétalos sin vida.

He tenido que viajar a Washington Twin urgentemente. Una tormenta ha hecho grandes destrozos en la ciudad y debo supervisar la reconstrucción de algunos edificios.

He intentado contactar contigo pero me ha sido imposible.

Estaré incomunicado varios días porque las comunicaciones han caído.

Hablamos a mi vuelta.

P.D. Siento lo de esta mañana. No olvides que te amo.

Chrys.

Feles pasó los dedos por la letra y dejó que las lágrimas inundaran sus ojos mientras su cuerpo caía con lentitud hasta el suelo del apartamento.

Capítulo 26

Año 2070

En algún lugar de Nueva York Twin.

—Falco... —susurró adormilada el nombre del haddasu.

Se movió en la vieja cama buscando una posición más cómoda, cuando abrió los ojos y reconoció dónde se encontraba.

El silencio de la habitación la ahogó, la humedad buscó incrustarse en sus huesos y los sentimientos revividos en el sueño se hicieron más presentes. Llevó las manos hasta su barriga y subió las piernas hasta su pecho, buscando darse el calor que la había abandonado.

Recordaba muy bien que Falco no regresó hasta pasado mes y medio. Las tareas de rehabilitación se alargaron debido a los grandes daños provocados por la tormenta en la ciudad y aunque no fueron muchos los días que estuvieron incomunicados, ya que lo prioritario fue estabilizar las comunicaciones con el resto de las ciudades de Nueva América, Feles le echó mucho en falta.

Su idílico mundo se había evaporado y se dio de bruces con la dura realidad.

Le costó recuperarse y aunque las heridas visibles desaparecieron en unos días, el daño mayor fue interno. No le ayudó nada en esa recuperación perder al bebé que esperaba y que tanto deseaba.

Al día siguiente del ataque, su cuerpo se despertó envuelto en multitud de temblores. Se arrastró como pudo hasta la ducha donde entre lágrimas y sangre lloró por quien jamás conocería.

Sola, sin poder acudir a nadie de confianza...

Las lágrimas de Feles recorrían su cara en la solitaria cárcel mientras recordaba lo que sintió aquel día.

Añoró estar al lado de Falco, sus brazos, sus palabras de aliento... como nunca antes en su vida, pero no pudo decirle nada.

No podía llamarle, no podía desahogarse...

No debía enterarse de lo vivido por su propio bien.

La amenaza soterrada del jefe de los Rapax se repetía en su cabeza como un disco rayado. Si llegaba a enterarse de lo sucedido, su vida correría peligro. Podría morir, podría perderle...

Una amenaza que no vino sola.

Hyaena sabía lo que más amaba y no dudó en utilizarlo para chantajearla.

Los ataques del jefe de los Rapax también se dirigieron hacia Ninox. Si se le ocurría contar lo que había ocurrido entre sus manos, la hermana de Falco moriría, no sin antes experimentar lo mismo que ella.

No podía permitirlo.

Le costó mentalizarse que debía seguir hacia adelante con su vida.

Los primeros días fueron horribles, un período difícil donde el tiempo no ayudó. Con mucha fuerza de voluntad y muriéndose un poco cada segundo por dentro debía asumir lo que le había sucedido y debía ser rápido ya que Falco no tardaría en regresar a su lado.

No debía verla en ese estado.

El dolor la fue matando en vida.

Con el regreso de Falco las sonrisas no le llegaban a los ojos, la alegría no regresó a su vida y el miedo a que al final descubriera lo que le había sucedido le atenazaba.

Su vida cambió y con ella todo lo que le rodeaba.

En su cabeza se repetían las imágenes de su ataque una y otra vez, lo que evitaba alejar las pesadillas que vivía desde hacía días.

No volvió a tener relaciones íntimas con Falco. Se sentía sucia, creía que no era digna de su amor y que se merecía a alguien mejor.

Su mundo se derrumbó a su alrededor y con el corazón roto tomó una importante decisión que le persiguió durante mucho tiempo: huyó de su lado.

Sin una nota, ni una despedida, una mañana se levantó y le abandonó.

Estuvo dos años lejos de Nueva York Twin, de Caeli y de Falco.

Encontró refugio donde menos lo esperaba, en Antiqua Canadá. Hogar de proscritos y renegados del clan Rapax, que la recibieron con los brazos abiertos sin hacer ninguna pregunta.

Fueron dos años difíciles pero, rodeada de la helada y salvaje naturaleza, poco a poco se encontró a sí misma. Se reencontró con la persona que fue antes del fatídico día y descubrió a una nueva Feles. Más fuerte, más independiente y algo cínica ante la vida.

Cuando consideró que ya podría enfrentarse a su violador regresó a la ciudad.

A Falco.

Para su sorpresa lo más difícil no fue enfrentarse cada día a Hyaena. Lo más duro fue estar junto a Falco y no poder tocarle, besarle y amarle como necesitaba, como añoraba...

La distancia no pudo acabar con los sentimientos que albergaba hacia el hijo de Accipiter. Todo lo contrario: los incrementó.

Fue una tortura.

Un año donde su corazón se resintió en numerosas ocasiones hasta hacerla dudar de si era lo correcto mantenerse en silencio.

Y ahora...

Dio un golpe a la pared cercana a la cama soltando la frustración que sentía.

—Estoy encerrada aquí, prisionera de un hijo de puta...

Suspiró y escondió su mirada dorada tras su brazo.

—Sin sentir de nuevo tus besos, Falco —susurró—. Sin poderte decir que te sigo amando, que nunca he dejado de amarte.

Capítulo 27

Año 2070

Battery Park en Nueva York Twin.

La ciudad de Nueva York Twin les recibió en mitad de la noche. Las estrellas habían desaparecido del cielo, sustituidas por las nubes que vaticinaban una nueva tormenta. Las farolas que iluminaban los jardines estaban apagadas, impidiendo que los recién llegados disfrutaran de su belleza.

—Hace bastante que os esperábamos —indicó Hawk sorprendiéndolos.

El haddasu salió de entre las sombras y se acercó hasta ellos. Era extraño que siendo tan grande de estatura pudiera ser tan sigiloso. Observó a los allí reunidos, deteniendo su inspección sobre Etien más tiempo del conveniente, le guiñó un ojo y ella se rio.

Rafael que estaba a cierta distancia de la neoespartana, tensó la mandíbula ante el intercambio de gestos. No le había hecho ninguna gracia.

Falco miró a su amigo y compañero mientras se despedía del maquinista, y señaló el transporte en el que habían viajado.

—Eso tiene la culpa.

—¡Un Hyperloop!

—Mejor no preguntes. —Le estrechó la mano—. ¿Tenemos alguna noticia?

El pelirrojo negó con la cabeza.

—Seguimos investigando, pero sin novedades.

Falco se dirigió a los coches que les esperaban en el aparcamiento del parque sin decir nada.

—Hola, Hawk —le saludó Caetus—. Estos son Rafael, Etien y Pandora.

El haddasu movió la cabeza saludando uno a uno a los mencionados, mientras desfilaban delante de él y marchaban tras el jefe de seguridad.

Rafael le estrechó la mano, con más fuerza de la que correspondía a un simple apretón amistoso.

—Las chicas están bajo mi protección...

Este le miró de arriba abajo y se carcajeó.

—¿Eres su padre? —le preguntó sin esperar respuesta, y salió corriendo hasta alcanzar a Etien.

El neoespartano miró su mano y observó la espalda del haddasu quien entabló inmediatamente una conversación con la mujer.

Unas ganas inmensas de propinarle un buen puñetazo se adueñaron de él. No comprendía qué le estaba pasando.

—¿Te encuentras bien? —Caetus le preguntó al mismo tiempo que se colocaba la mochila por encima de su hombro.

Rafe se apartó el cabello de la cara y negó.

—No sé...

El mestizo miró a Etien y devolvió su atención al hombre que estaba a su lado.

—Los temas de corazón son complicados. —Se rio y le dejó solo.

—Demasiado complicado para mi gusto —repitió para sí mismo, y siguió a su amigo.

En el aparcamiento les esperaba dos SUV Acura MDX negros último modelo, con los cristales tintados, y apoyado en uno de ellos estaba Tinnun, otro miembro de la guardia Rapax. Vestido de negro, intentando no llamar la atención en la oscuridad, pero sin poder evitar que su cabello azul-grisáceo resaltara.

—Bienvenidos. —Estrechó la mano de su jefe quien se sentó inmediatamente en el asiento del

copiloto de uno de los vehículos.

—Hola, soy Pandora. —Se metió detrás de Falco en el coche, sin decir nada más.

Etien le dio la mano y se presentó.

—No se lo tengas en cuenta. —Señaló a la joven—. El viaje ha sido duro.

Tinnun observó a la neoespartana y negó con la cabeza.

—No pasa nada.

—También puede deberse a que no nos soporta —explicó Caetus en cuanto llegó a su altura y le pasó su mochila para sentarse al lado de Pandora.

Esta le miró con rencor en sus ojos.

—¡Qué gracioso!

Caetus se rio, la empujó y le guiñó un ojo pinchándola.

—Siempre.

Falco se giró y les encaró:

—No hay tiempo para juegos de niños.

La pareja compartió miradas y se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijeron a la vez y se callaron, no sin antes regalarse una sonrisa cómplice.

El jefe de seguridad gruñó.

—¿Nos vamos ya?

Hawk se sentó a su lado y arrancó el todoterreno. Detrás de ellos iban Etien y Rafael, y al volante del otro transporte Tinnun.

Aunque los vehículos estaban adaptados para que condujeran solos sin problemas, los miembros de la seguridad de los Rapax preferían llevarlos manualmente; no fuera a surgir algún imprevisto y no pudieran reaccionar con rapidez.

—¿Adónde?

Falco se pasó la mano por el pelo, mientras observaba la ciudad silenciosa.

—Es muy tarde para ir a Caeli —indicó reticente—. A casa.

El pelirrojo asintió y tomó la antigua autovía reconstruida de FDR Drive, paralela al desaparecido East River, seguido por el otro coche. La silueta de la Estatua de la Libertad se fue difuminando según se alejaban de la zona.

Las farolas se encendían al paso de los vehículos de la guardia Rapax cuando llegaban a su altura para apagarse a continuación. Un sistema de iluminación que buscaba el ahorro energético y reducir la contaminación ambiental.

Desde la oscura ventana del Acura, Pandora pudo observar la ciudad, asombrándose de los enormes cimientos que soportaban los edificios donde miles de habitantes descansaban a esas horas.

De pronto, el agua salpicó el cristal que la separaba del exterior, buscando que la neoespartana no se olvidara del océano.

Las aguas saladas estaban siempre presentes en la vida de los haddasus.

La ciudad de Nueva York Twin mantenía una lucha constante contra las fuerzas de la naturaleza, intentando que el océano no entrara en su interior, ya fuera con grandes construcciones arquitectónicas o utilizando presas enormes que buscaban retener su empuje.

Giraron a la izquierda, dejando lejos lo que parecían las ruinas de un puente.

—Son los restos del antiguo puente de Manhattan —le aclaró Caetus al observar su interés.

—¿Qué sucedió?

El haddasu negó con la cabeza.

—La parte de la ciudad que estaba al otro lado del puente no se pudo reconstruir a tiempo y

esta construcción ya no era necesaria.

Pandora asintió comprendiendo que aunque los Rapax habían salvado a mucha gente al levantar esas ciudades, otros muchos no pudieron sobrevivir.

—Mira. —Le mostró un cartel luminoso que apareció delante de ellos— Estamos atravesando Broadway.

—Chicago —leyó en voz alta lo que ponía en el letrero—. ¿Qué es?

Se rio ante su curiosidad.

—Un musical que se representa desde hace muchos años. Está ambientado en la época de la ley seca y trata de mostrar la corrupción del sistema judicial, además de denunciar que los criminales terminen siendo famosos.

Pandora se golpeó la barbilla con el dedo y soltó:

—Como la situación que vivís en Nueva América, bajo el poder de Hyaena.

Las carcajadas de Caetus estallaron en el interior del coche, acompañada de una sonrisa de Hawk ante el comentario y un gruñido de Falco.

—Algo así —confirmó el jefe de seguridad de los Rapax a regañadientes.

Tomaron la Avenida de las Américas y ya no la abandonaron.

Llevaban varios metros conduciendo cuando Caetus volvió a hacer de guía turístico.

—A tu derecha verás sobresalir el Empire State Building y al otro lado... —dudó—. No sé si podrás verlo desde aquí, pero se encuentra el Nuevo Madison Square Garden.

—¿Y qué es eso?

—El estadio donde se juega Rolling Ball, el deporte nacional de Nueva América —aclaró Hawk.

Caetus le sonrió.

—Estamos muy orgullosos de nuestro equipo local, las Águilas, y de su mejor jugador. —Le apretó los hombros al haddasu pelirrojo.

Hawk miró por el espejo retrovisor y les guiñó un ojo.

—Hemos llegado —anunció.

Falco cogió su mochila y se dirigió a Caetus:

—¿Seguro que quieres llevártelos a tu casa?

Este asintió.

—Sí, ya lo hemos hablado. Es lo mejor —insistió—. Tú necesitas descansar, lo que no has hecho durante este viaje, y nosotros estaremos más cerca de Caeli, por si surge algo.

Falco abrió la puerta del vehículo pero antes de salir se dirigió a Hawk:

—Si averiguáis algo...

—Te avisaremos urgentemente —le cortó.

—¿Podrías enviar un mensaje al Gregem solicitándoles una reunión?

El pelirrojo movió la cabeza afirmativamente.

—¿Para mañana? —Asintió—. Será lo mejor. Últimamente sus miembros están muy nerviosos.

—Mañana descubriremos cuánto saben de los tejemanajes de Hyaena.

—¿Crees que lo sabían? —interrogó Caetus.

Falco se llevó su mano hasta la nuca y negó.

—No sé qué pensar de ellos.

—¿Quieres hablar con la guardia mañana? —le preguntó Hawk.

—Sí, hay que encontrar a mi tío y rescatar a Feles. Lleva muchos días bajo su poder.

Pandora posó su mano en la de Falco que estaba apoyada en la parte de arriba del asiento.

—La encontraremos —le dio ánimos.

Él la miró mostrando en sus ojos negros por unos segundos la esperanza y el temor que le suscitaban esas palabras.

—Nos vemos mañana —dijo, y se alejó del coche.

Movió la mano para despedirse de los ocupantes del otro todoterreno y desapareció por el interior del antiguo hotel Ritz-Carlton, un reconvertido edificio de apartamentos.

Enfrente se encontraba Central Park, pero donde antaño había vegetación natural, ahora solo existía un bosque artificial que intentaba recordar los árboles que ocuparon ese espacio. Meras estructuras sin vida ni aroma que simulaban más un cementerio terrorífico que la belleza de la naturaleza o eso es lo que pensó Falco desde la ventana de su apartamento. El haber conocido Nueva Esparta, un lugar donde la naturaleza crecía con libertad, sin ningún impedimento, contradiciendo lo que llevaba escuchando desde niño, había cambiado lo que le habían inculcado.

Hace años compró ese apartamento para disfrutar de esas vistas, de Central Park, como regalo para Feles, pero ahora ya no sabía bien el atractivo que tenía.

En cuanto entró en su casa un silencio pesado le recibió. No había sido consciente de su soledad hasta este momento.

Abandonó la mochila con todos sus enseres en la entrada del apartamento y se quitó la cazadora que llevaba para tirarla en el sofá. Se acercó a la nevera, tomó un vaso con hielos y lo llenó hasta arriba de un líquido ambarino.

Desde la cocina observó lo que le rodeaba, una estancia sin vida donde tantos buenos recuerdos había compartido con Feles, y la extrañó como nunca en su vida.

Un trueno resonó en el exterior y las gotas comenzaron a caer compartiendo los tristes sentimientos que renacían en el corazón de Falco.

Se bebió de un trago el contenido del vaso y lo estrelló contra la pared más cercana sin darse cuenta.

—Dos años desaparecida. Sin ninguna noticia por su parte hasta que un día se presentó en Caeli buscando trabajo.

Falco se acercó hasta la ventana y dejó su mirada perdida en el exterior.

Todavía recordaba el día que la vio de nuevo.

—Creí que te había olvidado, Feles, pero me autoengañé y he vivido un auténtico infierno en este último año. A tu lado. Sin poder tocarte, besarte... Sin poder estar a tu lado amándote.

Capítulo 28

Año 2069

—Hola...

Falco se encontraba en su despacho, cerca de la estantería donde guardaba muchos de los planos que mostraban la ciudad de Nueva York Twin o archivadores con información relevante sobre los Rapax. Dejó los documentos que tenía en las manos en una de las baldas, tomó aire y se giró para enfrentar a la recién llegada.

No podía creer que estuviera allí. Delante de él. Tras dos años... y más hermosa que como la recordaba.

Deslizó sus ojos por su silueta, como un animal sediento ante lo que observaba.

Vestida con un traje azul claro de falda y chaqueta, subida en unos zapatos de gran tacón. A primera vista no había cambios significativos en ella, pero él, que la conocía muy bien, notó ciertas variaciones. Había bajado de peso, por lo que la ropa le quedaba algo holgada, y en su rostro se mostraba una crudeza que antes no tenía.

Observó cómo esa visita no le era indiferente. Estaba muy nerviosa, moviendo las manos constantemente sin saber qué hacer con ellas. Las llevó a su largo cabello negro para bajarlas hasta sus caderas, donde las dejó apoyadas unos segundos, hasta que las metió en los bolsillos de la chaqueta.

Escuchó su respiración tan acelerada como la de él.

—¿Qué haces aquí? —le espetó observando cómo tensaba la boca ante el tono que había usado para dirigirse a ella.

Su primer impulso fue disculparse pero entonces recordó que le había abandonado.

—He venido a pedir trabajo.

Falco la miró asombrado.

—¿En Caeli? —Ella asintió—. Sube a personal y habla con ellos. Algo te encontrarán —le indicó y se sentó en la silla, detrás de su mesa, intentando ignorarla. Atrapó un lápiz táctil y comenzó a modificar el gráfico que había desplegado ante sus ojos en una imagen holográfica tridimensional. Los números saltaban de una a otra celda como si tuvieran vida propia.

Feles se quedó quieta sin saber cómo reaccionar.

—¿Necesitas algo más? —preguntó de pronto sin mostrar ninguna compasión.

—Quería hablar con el doctor Vultur para operarme.

El haddasu levantó una de sus cejas incrédulo ante sus palabras. Se echó para atrás en la silla y apoyó las manos en su nuca, mientras en su cara aparecía una sonrisa nada cordial.

—Tú queriendo operarte. Esto debe ser un chiste. —Se rio sin diversión—. ¿Y a qué debemos este cambio? —Dejó caer sus manos hasta la mesa.

Feles miró a cada uno de sus lados nerviosa.

—Es mi vida.

Falco chirrió los dientes ante la contestación.

—Cierto. Lo dejaste muy claro cuando te marchaste sin decir ni siquiera adiós.

—Yo...

Este levantó la mano acallando lo que fuera a decir.

—Como dices, es tu vida y yo no formo parte de ella. En realidad, no me interesa —expuso con brusquedad—. El doctor Vultur ha salido esta mañana, pero a la tarde estará por las oficinas, de seguro que te atenderá mejor que yo.

—Falco, yo...

—Feles, si me perdonas. Tengo mucho trabajo. —Señaló los gráficos que había sobre la mesa.

La joven le observó por unos segundos y abandonó la estancia.

Capítulo 29

Año 2070

—Estaremos algo incómodos, pero creí que era lo mejor —indicó Caetus nada más traspasar la puerta de su apartamento.

Pandora que le seguía a cierta distancia asintió con la cabeza mientras observaba con detenimiento lo que les rodeaba. Sin apenas decoración y con los muebles justos, ese piso poco podría decirle de su dueño.

—Nos adaptaremos —anunció Etien—. Solo necesitamos un poco de tranquilidad para descansar.

Rafael golpeó la espalda del haddasu.

—No te preocupes. He dormido en sitios peores.

La risa de Caetus les envolvió.

—Gracias por lo que me toca. —Dejó la mochila que llevaba sobre la mesa del salón y se dirigió a la cocina—. ¿Queréis algo de beber? ¿O comer? —Pasó su dedo por la superficie del frigorífico y sacó una botella de agua.

—Yo no me encuentro muy bien. —Pandora llevó su mano hasta la barriga—. Creo que la comida que nos preparó Adipem no me ha sentado muy bien.

Caetus sonrió.

—Tu estómago es muy delicado para la alimentación de Nueva América.

Etien le tiró uno de los cojines que había en los sillones del comedor a la cabeza.

—No seas malo —le regañó y se dirigió a la joven—. Es normal. No te preocupes. A mí también me sucedió al principio, cuando me destinaron las primeras veces a Nueva York Twin.

—Llevan muchos transgénicos estos alimentos y nuestros estómagos no están acostumbrados —añadió Rafael.

Pandora asintió mientras se sentaba en un sillón gris y se hacía un ovillo.

—Mañana estarás mejor —indicó Caetus mientras la tapaba con una sábana—. No suele hacer mucho frío. El edificio está bien sellado, pero por si acaso os dejaré algo de ropa de cama.

—Gracias.

Etien observó a la pareja y sonrió ante el gesto del haddasu.

—¿Nosotros dónde dormiremos?

—Hay dos habitaciones más —señaló sonriente—. Decididlo vosotros.

Rafael se sentó en un sillón cerca de las ventanas.

—Yo me quedo aquí. Prefiero estar alerta por si es necesario.

La pelirroja le miró confusa, sin saber por qué de esa reacción cuando podrían compartir cama sin problemas.

—Pues utilizaré el de la derecha —anunció con tono enfadado. Atrapó su mochila para desaparecer por la puerta que cerró con fuerza tras ella.

Caetus y Pandora se miraron extrañados ante ese comportamiento mientras Rafael seguía con la vista fija en el exterior inmune a la reacción de la neoespartana.

—Pues entonces tú a la otra cama. —Alzó a Pandora entre sus brazos sorprendiéndola.

—No. No hace falta.

—No voy a discutir en esto. —La depositó sobre el colchón, descalzándola para arroparla con mimo—. No te encuentras bien y no es la primera vez que me quedo dormido allí fuera.

—Por mi tamaño, en el sillón entro sin problemas y tú en cambio eres demasiado grande para descansar allí —rebatía sin fuerzas.

—Descansa.

Le acarició la mejilla silenciándola y salió del dormitorio.

—¿Piensas que necesitaremos la ayuda de los neoespartanos que hay en el barco? —Rafael le interrogó en cuanto cerró la puerta.

Caetus bebió de la botella de agua que había cogido antes y se sentó en uno de los sillones, estirando sus piernas todo lo largas que eran.

—Pienso que de momento no. La guardia Rapax es bastante numerosa y conoce la ciudad —respondió—. Si fueran necesarios, podremos avisarlos y se presentarán aquí con rapidez.

Rafe asintió.

—Entiendo que el cambio de transporte en Isla de Babel fue para no llamar la atención.

Caetus se masajeó la nuca intentando destensar sus nervios.

—Falco pensó que al no saber con exactitud la situación real de la ciudad, si Hyaena tiene más apoyos de los que a primera vista parece o si el Gregem podrá al final ceder a nuestro favor, era lo mejor para no llamar mucho la atención.

La carcajada del neoespartano resonó en el apartamento.

—Sí, creo que un barco antiguo del que desembarcan neoespartanos podría considerarse incluso una invasión.

Caetus se rio ante esa descripción.

—No lo habría dicho mejor.

Un trueno se escuchó en la ciudad silenciándolos. La tormenta estaba en su mayor apogeo.

Capítulo 30

Falco había llegado temprano a Caeli.

No había dormido muy bien. El silencio del apartamento le agobiaba y cuando por fin había sucumbido al sueño, los recuerdos y las pesadillas se sucedieron en su cabeza despertándole una y otra vez. Antes de que amaneciera, salió a las húmedas calles y corrió adentrándose en Central Park, controlando su carrera gracias a los dos puntos focales que poseía en su visión.

Decidió ir a la sede de los Rapax en su Hummer negro, disfrutando de la tranquilidad de una ciudad que comenzaba a despertar.

Y ahora se encontraba en esa sala, con dos sillones blancos como única compañía y en el suelo una alfombra marrón, con un diseño de flores intrincado. Dando vueltas incesantes como un animal enjaulado, esperando a que el Gregem le permitiera reunirse con él.

Se sentó en uno de los sillones y se llevó las manos a la cabeza, mientras maldecía por la pérdida de tiempo.

—Podría estar ayudando en la búsqueda de Feles, en vez de estar aquí.

La puerta de la sala de reuniones se abrió, acallándolo.

—Falco...

Delante de él se encontraba un haddasu que conocía muy bien. Un haddasu de más de cincuenta años, con el corto cabello aún sin ninguna cana a pesar de su edad y que siempre vestía con amplias túnicas de tonos oscuros, intentando esconder su gran barriga.

—Mesomelas, ¿cuánto tiempo? —le saludó al mismo tiempo que se levantaba del asiento.

El miembro del Gregem se hizo a un lado, dándole paso a la gran sala y masculló cuando estuvo a su altura:

—Podría haber seguido así.

Falco expulsó el aire que retenía y avanzó hasta el centro de la habitación. Iba a ser una tarea complicada convencer a esos haddasus y quizás su aspecto no iba a ayudar mucho, en vaqueros y con una camiseta negra de manga corta en vez del sobrio traje de chaqueta que sabía que preferían los allí reunidos.

Se encontraba en una habitación circular, donde las mesas estaban colocadas en la misma posición, dejando libre uno de sus lados para que pudieran posicionarse en su centro los haddasus que acudían a exponer sus problemas o realizar peticiones. Enfrente de la puerta, una gran vidriera ofrecía la imagen de la ciudad y al fondo se observaba el océano. En uno de los laterales, había una estantería donde se mostraban imágenes dispares de la metrópoli, de sus ciudadanos y de los límites de la ciudad, para controlar la subida de las aguas. Las cámaras de vigilancia estaban repartidas por la ciudad, impidiendo que nada quedara fuera del control del Gregem.

El silencio reinó sobre la sala cuando los doce consejeros del jefe de los Rapax se acomodaron en sus respectivos asientos, a la espera de que Falco explicara la urgencia de esa reunión.

—Falco Rapax. —La voz autoritaria de Delphin resonó en la sala—. Hacía mucho tiempo que no teníamos el placer de tu presencia en este consejo. Espero que Ninox esté ya a salvo.

—Sí, gracias. —Movi6 la cabeza saludando al consejero.

Era el miembro del Gregem de mayor edad y sus decisiones solían ser secundadas por el resto de los consejeros sin discutir, excepto cuando Hyaena quería salirse con la suya. Su padre le contó una vez que entre su sangre había ADN de delfín y si observaba bien su cuello podía vislumbrar las branquias que le permitían nadar con libertad en el océano.

De la vieja escuela, educado con la teoría de que el gen animal que debía utilizarse para sobrevivir en este hábitat inh6spito, debía de ser en su mayoría de animales acuáticos. Esta

convicción le había llevado a granjearse variados debates encendidos con el jefe de los Rapax, por su afán de comercializar cualquier ADN.

—Me alegro —indicó regalándole una sonrisa—. ¿Qué podemos hacer por ti?

Falco dudó por unos segundos qué contar y cómo hacerlo pero decidió que lo mejor era ir al grano.

—Hyaena nos ha traicionado —soltó, provocando murmullos airados ante sus palabras.

Delphin movió las manos intentando tranquilizar a los consejeros.

—Explícate —exigió—. ¿A quién ha traicionado tu tío?

Este giró sobre sus propios pies mirando a cada uno de los allí presentes.

—A Nueva América, a sus habitantes... A los Rapax.

Mesomelas dio un fuerte golpe en la mesa atrayendo la atención de todos.

—¡Esa es una acusación muy grave! —Le señaló—. Tu tío, el jefe de la Familia, no haría nada en contra de...

—Ha estado robando ADN de los almacenes de Caeli para comercializar con él —le interrumpió.

El haddasu se sentó y le miró.

—¿Tienes pruebas de ello?

Falco asintió.

—El número almacenado ha ido descendiendo poco a poco.

Mesomelas movió la mano quitando importancia a este hecho.

—Haced un nuevo inventario. Os podéis haber equivocado.

—Mi padre ya sospechó en su día de él —añadió acallándolo.

—¿Accipiter sospechaba de su propio hermano? —se interesó Delphin.

Él miró al consejero y movió la cabeza afirmativamente.

—Estaba recopilando las pruebas necesarias para mostrársela, al Gregem, pero murió antes.

—El haddasu asintió.

—¿Para qué querría robar el ADN? —preguntó Picaza, otro de los miembros del Gregem que tenía una enorme nariz puntiaguda.

—Antes de mi partida, para liberar a mi hermana de su secuestrador, comenzamos una investigación por la desaparición de las células y todo apuntaba a Hyaena —explicó—. Le puse vigilancia para descubrir qué era lo que tenía entre manos.

—¿Y hubo resultados? —Mesomelas insistió.

—La guardia Rapax al completo se dedicó a la búsqueda de Ninox y fue en ese momento cuando sin vigilancia, mi tío aprovechó para secuestrar a Feles. Una amiga muy querida.

—¿Cómo lo sabes? —interrogó el haddasu—. Puede que tu... amiguita te haya abandonado otra vez.

Falco se acercó en dos pasos hasta la mesa de Mesomelas y golpeó su superficie.

—Mi tío me llamó directamente para jactarse de lo que había hecho.

El consejero tiró del cuello de su túnica y tragó como pudo. La garganta se le había quedado seca y sintió cómo sus manos temblaban ante el arranque de ira.

—Falco... —le llamó Delphin.

Este gruñó y encaró al otro consejero.

—¡Sí!

El haddasu de mayor edad observó a sus compañeros para devolver la atención al joven.

—¿Qué es lo que quieres?

Se pasó la mano por el corto cabello y gruñó.

—Que las cosas cambien.

Delphin asintió contento con esa afirmación. Se movió hacia adelante y apoyó sus brazos sobre la mesa, sin apartar los ojos grises de él.

—¿Y qué propones?

Falco le miró y bufó.

—De momento que se destituya a Hyaena de todas sus funciones.

—¿Y quién le sustituirá? ¿Tú? ¿Un simple jefe de seguridad? —le enfrentó Mesomelas, arrancando murmullos.

—Soy el hijo de Accipiter —espetó acallando a la sala—. Soy su legítimo heredero.

Picaza se rio ante sus palabras.

—Un heredero que no quiso hacerse cargo de su responsabilidad.

Falco apretó los puños.

—Fueron otros tiempos y otras circunstancias —se excusó.

—¿Y ahora el niño ya ha crecido? —preguntó con ironía Mesomelas.

Este gruñó avanzó hacia el haddasu y le agarró de la túnica.

—Quizás si hubiera tenido más apoyo por parte del Gregem, todo hubiera sido distinto.

No tenía ninguna prueba, pero fue muy extraño que la mayoría de los consejeros votaran a favor de Hyaena, sin meditar ni media hora sobre la sucesión de Accipiter. Un tema complicado habiendo un heredero de sangre.

—Falco suéltale —Delphin ordenó con determinación.

El joven apartó sus dedos de la túnica con lentitud, remarcando lo que podría hacerle al haddasu si se lo permitían.

—Necesitamos debatir tus propuestas, Falco —anunció Delphin tras un silencio que se le hizo eterno—. Es una decisión muy importante la que nos pides y más estando vivo el actual jefe de los Rapax.

—Puede que eso lo solucione, en cuanto lo encuentre —interrumpió.

El consejero asintió ante su comentario. Conocía al hijo de Accipiter desde que era un niño y por primera vez sentía que era digno de ocupar el cargo de jefe de la Familia, de gobernar Nueva América.

—Te llamaremos en cuanto lleguemos a una conclusión.

Falco asintió y con paso firme abandonó la habitación.

Capítulo 31

Tras la reunión mantenida con el Gregem, Falco acabó en su despacho a la espera de que llegaran sus compañeros. A pesar de que estaba concienciado de sus palabras, de querer hacerse cargo del liderazgo de Nueva América, necesitaba meditar lo que había dicho en un ataque de impulsividad, animado por la animadversión de algunos de los miembros del Gregem.

Sentado en la silla, en su cabeza se repetían las imágenes de esa reunión y de cómo Delphin había asentido feliz ante su anuncio. Parecía que el consejero estaba de acuerdo con él, lo que podía ayudarle de cara a convencer al resto del Gregem.

Un golpe en la puerta le devolvió al presente.

—Parece que soy el primero —indicó Caetus entrando en la habitación.

Falco miró su reloj.

—Deben de estar por llegar —predijo—. ¿Y los neoespartanos?

Su amigo se sentó en una silla cercana a la mesa, no sin antes hacerse con una botella de agua de la nevera que se escondía cerca de la estantería de libros antiguos.

—Los he dejado con Hawk en recepción. Aprovechando que hemos llegado antes de tiempo, quería hacerles de guía por el edificio. —Apoyó el codo en el reposabrazos de la silla y sonrió a su amigo—. Bueno, creo que más bien quería hacerle una ruta personal a Etien, pero Rafael no se lo ha permitido.

Falco levantó su ceja sorprendido.

—¿Qué le pasa a Rafe con Hawk?

Caetus se rio.

—En este viaje tenías la cabeza más en otros sitios que en el presente —mencionó con cariño. Sabía por lo que su amigo estaba pasando. El secuestro de Feles le había removido en su interior más de un recuerdo—. Rafael y Etien están... —Movi6 los dos dedos índices a la vez.

El Rapax se echó hacia atrás.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—En el viaje.

Falco suspiró.

—Mi cabeza estaba haciendo otro tipo de viaje y no me he percatado de nada.

Caetus le miró comprensivo y cambió de tema a propósito:

—¿Has hablado con el Gregem?

Este se levantó y se dirigió hacia la estantería donde guardaba los planos.

—Sí.

—¿Y? ¿Qué ha pasado?

Le miró.

—Me he ofrecido para sustituir a Hyaena. —El silencio se posó entre los dos ante el anuncio—. ¿No dices nada?

Caetus se levantó de su silla y se acercó a él.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó—. Que ya era hora, que por fin has abierto los ojos... Eso ya lo sabes tú. El tiempo ha sido muy largo y la vida te llevó a actuar como lo hiciste. El pasado se queda atrás para que aprendamos de nuestros errores y el presente solo nos deparará tu destino.

Falco le escuchó con atención.

—Caetus, pero esto supondrá que acabe con tu padre, que...

Su amigo chistó acallándole.

—Desde hace mucho tiempo asumí que aunque lleve parte de su sangre en mis venas, jamás

será mi padre. Lo que le hizo a mi madre... —dudó—. Y con el secuestro de Feles. —Buscó sus ojos—. Si no le matas tú, lo haré yo.

Falco apretó el hombro del haddasu y asintió.

—Pagará por sus crímenes.

Un par de golpes en la puerta interrumpió la conversación que mantenían. Miraron hacia ella y vieron a Hawk, seguido por Etien, Rafael y Pandora.

—¿Molestamos?

Su jefe negó con la cabeza.

—Ya hemos acabado —señaló y se dirigió a la mesa donde extendió el plano de Nueva York Twin.

Ante ellos se levantó una imagen holográfica tridimensional de la ciudad. Cada edificio era de un color diferente, dependiendo de su función: vivienda, negocio, almacenes, etc. Resaltando las distintas calles y carreteras que se utilizaban para circular por la misma.

Miró hacia la puerta y vio entrar a Tinnun acompañado de Talpid, el encargado del albergue Nueva Esperanza.

—¿Qué hace él aquí?

Hawk miró a quien señalaba.

—Ya sabes que nos ha estado ayudando para encontrar a Feles.

—Dice que tiene noticias, Falco —explicó Tinnun.

—A mí también me molesta estar en Caeli. —Sonrió el recién llegado—. Pero esto es urgente. Falco asintió y le animó a que se explicara.

—Cuenta.

El encargado del albergue se rascó el hocico de topo que llevaba por nariz, y le guiñó un ojo a Pandora que no apartaba la vista de él desde que había llegado.

—Uno de los mandatos de los Rapax. Todos los habitantes de Nueva América deben estar operados —le explicó.

—Talpid... —Falco le llamó la atención—. Te estamos esperando.

Este asintió.

—Parece ser que la codicia de Hyaena no tiene límites y se ha granjeado más de un enemigo con sus negocios. No somos los únicos que le buscamos.

—¿Qué quieren de él? —le interrogó Rafael.

—El ADN que les prometió o que les devuelva el dinero que le pagaron por anticipado. No ha cumplido con lo prometido.

—Eso quiere decir que tenemos un problema —mencionó Falco, recibiendo un movimiento afirmativo por parte de Talpid.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pandora.

Caetus la miró.

—Debemos encontrarle antes que esos haddasus si queremos ver con vida a Feles. Si ellos le atrapan, le matarán y no sabremos dónde la esconde.

Pandora asintió muda ante la explicación y Etien no dudó en atrapar la mano de Rafael, al escuchar al haddasu. Temía lo que podría sucederle a la mujer si no la hallaban antes.

El silencio se posó en la habitación, cada uno sumidos en sus propios pensamientos.

—Bien, debemos ponernos en marcha —anunció Falco atrayendo de nuevo la atención de los presentes—. Hawk, explícame qué zonas habéis registrado.

El pelirrojo se acercó hasta el plano que había sobre la mesa y señaló los distintos barrios por donde la guardia Rapax había extendido sus alas.

—De los arrabales ya me he encargado yo —indicó Talpid—. Son muchos los que tienen ganas de hincarle el diente al jefe de los Rapax, pero literalmente hablando. —Su comentario logró arrancar alguna carcajada rompiendo un poco la tensión que les rodeaba—. Ya saben que deben avisarme a mí, si le ven o lo capturan.

Falco asintió.

—Gracias, Talpid. Por todo.

El encargado del albergue negó con la cabeza.

—Quiero salvar a esa chica, pero también quiero cargarme a ese haddasu. —Miró a Caetus—. Perdóname, pero no puedo evitarlo.

El mestizo se rio.

—No te preocupes. Es mi padre, pero yo también quiero acabar con él.

Talpid estrechó la mano que le ofrecía el haddasu.

—Es un demonio que ha hecho más mal que bien.

—Un demonio que acabará en el infierno —sentenció Falco.

Todos asintieron confirmando esas palabras.

—Hawk, hay que dividir a la guardia. Siendo más grupos podremos abarcar más zonas.

El pelirrojo asintió.

—Ahora mismo me pongo a ello.

—Avisadme de cualquier cosa relevante por el dispositivo intracraneal —ordenó el jefe de seguridad.

—¿El dispositivo intracraneal? —se interesó Pandora.

Tinnun observó a la joven y le explicó:

—Es un sistema de comunicación interna que tenemos implantados todos los miembros de la seguridad de la familia Rapax. Pulsando detrás de nuestra oreja aparece delante de nuestro ojo una pantalla holográfica que nos permite comunicarnos, viendo a nuestro interlocutor. —Le enseñó el pequeño botón apenas perceptible—

—Entiendo —confirmó la neoespartana.

—Nosotros podemos ayudar —Etien se ofreció.

Falco asintió.

—Id con Tinnun y Hawk, y que os expliquen cómo proceder.

—De acuerdo —confirmó Rafael, siguiendo a los dos haddasus que abandonaban el despacho, acompañado de las dos neoespartanas.

—Debo irme. Si tengo alguna noticia, te avisaré —comentó Talpid.

Caetus le estrechó la mano de nuevo.

—Gracias por tu ayuda.

—Sí, gracias —repitió Falco—. Y siento mi recibimiento.

Talpid negó con la cabeza y se rascó la nariz de topo.

—No te preocupes. Nos vemos.

Caetus le acompañó hasta la puerta para regresar junto a su amigo que seguía con la mirada fija sobre el mapa.

—La encontraremos.

—No podemos utilizar las cámaras porque el muy hijo de puta las inutilizó cuando la raptó —explicó a regañadientes Falco.

—¿Ya están arregladas?

—Sí, pero ya no nos sirve de nada...

Caetus tiró de la mano de su amigo intentando hacerle reaccionar.

—Pero ahora ya funcionan y podemos controlar desde ellas cualquier movimiento extraño. Falco soltó el aire que retenía.

—Es verdad.

—Voy al control para hacerme cargo de ello —anunció su amigo—. ¿Tú qué harás? El Rapax dudaba qué hacer. Si salir a las calles o quedarse allí.

—De momento subiré al *nido*...

—¿Al despacho de Hyaena? —le interrumpió.

—Sí, por si algo se les ha pasado por alto a Hawk y a los otros.

Caetus movió su cabeza afirmativamente.

—Estamos en contacto por el dispositivo intracraneal.

Falco asintió y vio cómo abandonaba el despacho, quedándose solo.

Capítulo 32

El despacho de Hyaena estaba desordenado, prueba de que por allí ya había pasado la guardia Rapax.

Hawk le había informado que tras el registro que habían realizado no habían hallado nada relevante, pero aún así había decidido subir y probar suerte, por si algo se les había escapado.

Tras pasó la puerta y fue recogiendo algunos documentos que encontraba a su paso, vasos o cualquier otro objeto que había terminado en el suelo. Lo colocó todo encima de la mesa, junto a un par de tabletas apagadas que no se molestó en encender. Los informáticos ya las habían revisado y no habían encontrado nada que le pudiera servir para encontrar a Feles.

—¿Dónde estás? —preguntó al aire.

Se sentó en la butaca que ocupaba el jefe de los Rapax y se giró hacia el gran ventanal. La ciudad de Nueva York Twin estaba a sus pies.

Aunque todavía no había llovido sabía que no tardaría en hacerlo. El problema de encontrarse rodeados de agua es que la ciudad sufría incesantes tormentas que en ocasiones, dependiendo de su fuerza, podían ocasionar grandes destrozos.

Adoraba esa ciudad y a sus habitantes desde niño, con sus diferentes culturas y sus costumbres, a pesar de las disputas que podían surgir por el pequeño espacio que ocupaban en un mar sin fin. Su padre le había enseñado todo lo que concernía a ese nuevo mundo. Le había inculcado las viejas tradiciones y le había adoctrinado sobre todo lo que concernía a las leyes Rapax, sus instituciones y el gobierno de Nueva América.

Estaba más que preparado para tomar las riendas del legado de su padre.

Sabía que al principio iba a ser duro. Tendría que eliminar muchas de las normativas que había creado su tío e intentar adaptar a la nueva situación a aquellas que había seguido Accipiter con buen criterio.

En ese mismo despacho había sido testigo de niño de lo duro que era el trabajo del jefe de los Rapax, de Nueva América. La de veces que acudía con su padre y se sentaba en una esquina, en silencio, escuchando la toma de decisiones de Accipiter. Allí mismo le enseñó su pasado, el presente y el futuro de lo que se esperaba de ellos.

La aparición de Nueva Esparta como un nuevo jugador en el tablero, acarrearía algunos problemas, pero podría asumir esa responsabilidad. Tenía que hacerlo si quería que ese mundo no se desmoronara, si querían tener todos un futuro.

Observó la estantería desierta que ocupaba una de las paredes, donde antes había planos de las distintas ciudades de Nueva América o archivadores electrónicos con información del trabajo que se llevaba a cabo en Caeli.

Ahora, prueba del trabajo de la guardia Rapax, solo había huecos vacíos.

De pronto, un vago recuerdo se le apareció en la mente que le hizo dudar si era un sueño o un momento vivido con su padre.

Se acercó a la estantería, palpó el primer travesaño lateral sin ningún resultado pero comenzó a tocar cada uno de ellos, intentando localizar lo que buscaba.

Tiró al suelo los pocos objetos que quedaban en las baldas con desesperación.

—Tiene que estar aquí —suplicó.

Estaba a punto de desistir cuando sintió un pequeño botón, uno tan minúsculo que podría pasar desapercibido para el ojo. Apretó y rezó a los dioses para no equivocarse. Retrocedió unos pocos pasos y escuchó cómo el engranaje se ponía en funcionamiento.

Pasados unos segundos, entre dos baldas de la estantería se abrió una portezuela secreta. En su interior se escondía una dispar documentación en láminas planas, algunas enrolladas sobre sí

mismas, que tenían el mismo grosor que los antiguos folios, y varias memorias externas que atrapó.

—Tiene que haber algo importante aquí si Hyaena lo tenía escondido —se dijo para sí mismo y salió corriendo de la habitación con dirección a los ascensores.

Pulsó el comunicador intracraneal y en la pantalla holográfica, dividida por la mitad, aparecieron los rostros de Caetus y Hawk al mismo tiempo.

—Bajad a mi despacho. He encontrado algo que puede ser importante.

Los dos haddasus asintieron con su cabeza para desaparecer inmediatamente.

En cuanto la puerta del ascensor se abrió en el sótano, se encontró a sus amigos.

—Mirad —les enseñó.

Caetus tomó parte de la documentación que portaba.

—¿Dónde la has hallado?

Se sentó en la silla y cogió su ordenador, insertando una de las memorias que había encontrado.

—En una de las numerosas visitas que hacía al despacho de mi padre, le vi guardar expedientes en un espacio escondido en una de las estanterías. Estando ahí arriba de pronto me vino ese recuerdo.

—¡Falco mira! —Hawk le llamó señalando una lista verde que se había proyectado desde una de las láminas.

—¿Qué es eso? —preguntó Caetus.

El pelirrojo se sentó en una silla cercana y bufó.

—Parece que es un registro contable de las diferentes transacciones que conseguía Hyaena con el contrabando de ADN.

El mestizo removió las distintas láminas y fue abriendo una a una sobre la mesa. Delante de ellos se expandieron multitud de datos e información de los negocios del jefe de los Rapax.

—Con esto creo que no habrá problemas para que el Gregem le expulse —sentenció sin recibir respuesta—. Falco, ¿me has escuchado?

Ambos haddasus observaron a su amigo quien tenía toda su atención en la pantalla del ordenador.

—Venid a ver esto. —Movié la mano para que se acercaran.

—¿Qué es eso? —preguntó Hawk cuando observó las imágenes azules que había delante de él. Caetus gruñó y se apartó el negro cabello de la cara.

—Parece un viejo búnker.

Falco asintió.

—Pero debajo del agua —especificó.

—Puede que Feles se encuentre allí.

El Rapax apartó la silla de golpe y miró a Caetus.

—Vamos a comprobarlo.

Capítulo 33

La noche había caído sobre la ciudad. El frío la envolvió y el silencio se asentó sobre sus calles. Parecía como si todos los habitantes de Nueva York Twin dedujeran que algo importante iba a suceder y era mejor quedarse en sus hogares que circular por el exterior.

Salvo unos pocos incautos, la urbe estaba casi desierta.

Hasta el cielo se había aliado con la guardia Rapax, impidiendo que la luz de su luna y de las estrellas se mostraran, ocultas tras unas negras nubes que pronosticaban una gran tormenta.

Los planos encontrados en el despacho de Hyaena escondían una propiedad desconocida para Caeli. Un búnker situado bajo las aguas del océano en la zona portuaria. Anclado a una de las robustas columnas que sustentaban la ciudad para impedir que se sumergiera y con un acceso difícil de encontrar, camuflado con un sistema tecnológico que proyectaba una imagen alternativa, de uno de los muchos almacenes que formaban parte del puerto.

Los miembros de la seguridad de los Rapax se posicionaron en puntos estratégicos buscando controlar cualquier calle o esquina que pudiera servir de vía de escape para Hyaena y sus hombres. No sabían si alguien le ayudaba, por lo que lo mejor era ser precavidos.

Falco junto a Caetus, Hawk y Rafael formaban el primer equipo de reconocimiento. Armados con pistolas de largo alcance que dejaban inmobilizados con sus disparos a sus atacantes, avanzaron con lentitud sirviéndose de la visión periférica del pelirrojo o de la perfeccionada del hijo de Accipiter.

Detrás de ellos, a menos de dos metros de distancia, iban Etien y Pandora, acompañadas de Tinnun que había jurado al neoespartano protegerlas con su vida si algo les sucedía.

Se adentraron por el almacén vacío. Una gran nave desierta donde las columnas sustentaba el deteriorado tejado a dos aguas, por donde comenzaba a caer la lluvia. Los escombros abundaban por el espacio, junto a restos de muebles o desperdicios de alimentos. Parecía que era el lugar que utilizaba el resto de los comerciantes para tirar sus basuras.

Un ruido extraño detuvo sus pasos. Falco levantó el puño para detener a sus compañeros. Esperaron unos segundos en los que el sonido del viento se colaba por los vanos de las paredes, para, a continuación, con un movimiento de la mano del jefe de seguridad de los Rapax, ponerse en movimiento de nuevo.

Caetus llevaba en sus manos un aparato localizador de forma circular. Desde su base se alzaba una brújula en tres dimensiones, que indicaba el punto exacto donde se encontraba la entrada al escondite de Hyaena.

Solo unos metros les separaba de su destino, que si obviaban el sistema de posicionamiento global electromagnético que llevaban para localizarlo podría pasar desapercibido ante sus ojos.

Observaron lo que tenían delante de ellos, una pared de ladrillos, con un par de huecos vacíos por donde se colaba el aire del exterior. Era imposible que allí se encontrara la entrada al búnker.

Pandora y Etien llegaron a su altura, y miraron el muro infranqueable.

—No puede ser aquí —comentó la neoespartana morena.

—Esperad —señaló Falco. Cogió una piedra y la tiró hacia la pared.

El muro tembló ante el impacto, pero no se desvaneció.

—Hay que localizar el punto exacto desde donde se emite la imagen. Si no desactivamos el sistema de camuflaje, no podremos traspasarlo —explicó Falco.

Todos se pusieron a buscar el foco de emisión salvo Pandora que se acercó a Caetus y le preguntó:

—¿Por qué no podemos cruzar la imagen holográfica?

—Estos sistemas de camuflaje sirven también de defensa o para alertar de visitas indeseadas.

Si intentáramos traspasarlo tienen mecanismos que pueden provocar la muerte de los seres vivos y al mismo tiempo, avisar a los que se esconden tras ellos de nuestra llegada —le explicó.

—¿Y la piedra?

—Al ser inerte no sucede nada con ella.

Pandora asintió y comenzó a buscar junto al haddasu el punto desde donde se emitía la imagen.

—¡Aquí! —llamó Tinnun atrayendo la atención de todos—. Creo haberlo encontrado.

Falco corrió hacia él y observó lo que le indicaba.

En la parte de abajo de una de las paredes, detrás de residuos de distinta índole, había incrustado un pequeño botón metálico que parpadeaba cada cinco segundos mostrando una luz roja intermitente.

—Necesito luz —solicitó el Rapax.

Hawk sacó un tubo pequeño con el que enfocó al objeto y pulsó una pestaña, ofreciendo claridad con rapidez.

—¿Cómo lo ves, Falco? —se interesó Caetus.

El jefe de seguridad movió la cabeza de un lado a otro, intentando discernir de qué modelo se trataba el sistema de camuflaje que su tío utilizaba para su escondite.

—Creo que no es muy avanzado en su tecnología. Si consiguiera presionar ese botón azul tan minúsculo... —Hawk le pasó la linterna—. Necesitaría algo muy fino y puntiagudo.

Comenzaron a registrarse buscando algo que pudieran utilizar para desactivarlo. Tinnun rebuscó entre la basura por si algo podía servirles hasta que Pandora sacó del bolsillo de su pantalón un alfiler decorado con varias perlas.

—¿Te sirve esto? —Se lo mostró—. Era de mi madre.

—Gracias. —Falco asintió—. Ahora, con mucho cuidado, tengo que desactivarlo justo cuando la luz se apague.

—Pero es muy poco tiempo el que pasa del encendido al apagado —observó Etien preocupada.

Falco movió la cabeza afirmativamente reteniendo la respiración. Abrió el alfiler y, con mucho cuidado evitando que los nervios se apoderaran de su pulso, acercó la parte puntiaguda hasta el botón. Contó hasta cinco y lo pulsó.

Pasaron unos segundos interminables. Sus miradas estaban fijas en la pared ilusoria, atentos por si saltaba alguna alarma, cuando apareció ante sus ojos una puerta blindada.

—Hecho —indicó Caetus dando una palmada al aire.

—Ahora nos queda eso —Rafael señaló preocupado.

Se acercaron hasta la puerta que tenía una cerradura con reconocimiento del iris.

—Va a ser imposible abrirla sin usar algún explosivo —comentó Tinnun alejándose de ellos.

—¿Dónde vas? —Caetus le preguntó.

—A los vehículos, para coger los explosivos —aclaró.

—Espera —indicó Falco, y sacó de su mochila un pequeño ordenador convertible, que permitía rotar la pantalla y colocarla como si fuera una pizarra.

—¿Qué vas a hacer? —se interesó Etien, agachándose a su lado sin perder de vista sus movimientos.

Falco tecleó en la pantalla táctil y la miró.

—Puede que tenga entre mis archivos alguna conversación grabada de Hyaena y...

—Y gracias a su holograma en 3D podremos proyectar el iris —interrumpió Caetus—. Buena idea.

El hijo de Accipiter asintió.

—Recemos para que sea posible —comentó—. Aquí está.

Pulsó la tecla *intro* en la pantalla y se apareció la cabeza de Hyaena hablando sobre unos edificios de la ciudad que necesitaban revisión. Una imagen casi perfecta del jefe de los Rapax en tres dimensiones que salvo porque temblaba levemente, parecía que estaba allí con ellos.

—Puede fallarnos los píxeles de la imagen —indicó con temor Hawk.

Falco acercó la cabeza hasta la pequeña mampara de la cerradura y pulsó el botón de reconocimiento. Una luz verde escaneó la cabeza de Hyaena pero no funcionó.

—Maldita sea —blasfemó Falco.

Pandora posó la mano en su brazo, buscando tranquilizarle.

—Tus manos tiemblan, Falco —señaló—. Déjame que pruebe yo.

Él asintió y le pasó el portátil.

La joven acercó la pantalla desde donde se proyectaba la cabeza de Hyaena y la dejó fija para que el láser verde escaneara su ojo.

Pasados unos segundos, un leve ruido les anunció que lo habían logrado.

Pandora le entregó el ordenador con una sonrisa a Falco y tiró de la puerta abriéndola.

—Sencillo...

El sonido de un disparo los sorprendió.

Falco empujó a Pandora hacia un lado y atrapó su pistola con la que apuntó a un haddasu que había al final de las escaleras, que cayó sin sentido al suelo.

—¿Estáis bien? —preguntó sin mirar a nadie en particular, mientras seguía apuntando hacia donde se encontraba el hombre de Hyaena por si aparecía alguien más.

—Pandora... Está... —Etien susurró.

—Caetus, ¿estáis bien? —exigió que le respondieran preocupado.

—Tengo que llevarla a un hospital —anunció con rapidez el haddasu mientras la levantaba del suelo inconsciente, sangrando del costado.

—Joder, joder, joder... —repetía mientras se reprochaba a sí mismo no haber estado más atento—. Etien vete con él —ordenó—. Tinnun protégelos.

—De acuerdo —confirmó y salieron corriendo con la neoespartana en brazos de Caetus.

Pasaron unos segundos en los que esperaron a quedarse solos, atentos por si aparecía otro guardia de Hyaena y los atacaba.

El silencio los envolvió, solo interrumpido por sus respiraciones.

—Tenemos que bajar. —Rafael señaló las escaleras húmedas por donde se filtraba algo de agua salada.

Falco movió la cabeza afirmativamente y se recolocó la pistola en la mano derecha.

—Voy delante. Seguidme a corta distancia.

Los dos hombres asintieron y se pusieron en movimiento en cuanto el jefe de seguridad comenzó a descender.

Llegaron al final de la escalera donde estaba el cuerpo del haddasu. Hawk se agachó y le buscó el pulso en el cuello.

—Está inconsciente.

Falco asintió y se giró con lentitud hacia la izquierda, con el arma preparada por si se encontraba con alguien más pero la habitación estaba desierta. Una mesa y una silla, junto a un viejo camastro eran los únicos muebles que adornaban la sala rectangular donde destacaba una sola puerta de madera de estilo antiguo, con una portezuela en su parte inferior.

No había nadie más.

—No está Hyaena —Rafael anunció cabreado.

El Rapax negó apretando la mandíbula con fiereza.

—¿Dónde se habrá metido? —rumió.

Un golpe en la puerta atrajo la atención de los allí presentes.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Hawk.

Falco señaló la puerta y se acercó. Tiró del picaporte pero no pudo abrirla.

—Ayudadme.

—Falco... —La voz de Feles les llegó a duras penas.

—¿Feles? ¿Eres tú? —preguntó desesperado—. Apártate de la puerta —le ordenó.

Observó la cerradura endeble y le dio un par de patadas, hasta conseguir tirarla abajo.

—Feles...

—Falco, ¿eres tú?

El Rapax la observó por unos segundos sin saber reaccionar.

—Estoy aquí. —Corrió hacia ella y la abrazó.

Capítulo 34

Entre sus brazos cobijada, buscando su calor, temblando ante el mínimo ruido que escuchaba, la sacó del búnker. Le susurraba palabras de consuelo mientras las manos femeninas se agarraban con fuerza a su nuca, con temor a que fuera un sueño que desapareciera.

Intentó separarse de ella cuando llegaron al todoterreno, pero le fue imposible.

—No, por favor —suplicó a media voz mientras sus manos se aferraban más a él.

—No me voy a ningún sitio. —Le acarició la mejilla y se acomodó en la parte de atrás del vehículo con ella encima.

Antes de poner el todoterreno en marcha, Hawk dio aviso a la guardia Rapax para que un equipo de ocho haddasus registraran a conciencia el lugar y que vigilaran por si a Hyaena se le ocurría regresar. Había que atraparlo.

El resto del equipo debía trasladarse a Caeli para decidir cuál sería el siguiente paso en esa misión, a la espera de que llegaran ellos tras dejar en su casa a Falco y a Feles.

La tormenta arreciaba con fuerza, convirtiendo las calles de la ciudad en una pista de agua, pero con Hawk al volante llegaron al apartamento sin incidentes.

—Iremos al hospital para conocer el estado de Pandora —anunció Rafael cuando bajó del vehículo, ayudando a Falco a descender del mismo.

—Les haré llegar al Gregem las pruebas que encontraste en el despacho de Hyaena y que muestran los negocios ilegales que ha llevado a cabo durante todos estos años —añadió Hawk.

—De acuerdo. Avisadme con cualquier cosa. —Cerró la puerta y se adentró en el edificio.

El ascensor no tardó en llegar, llevándoles hasta su casa sin dilación. En cuanto estuvo delante de la puerta, apoyó su dedo sobre la superficie lisa y esta se abrió sin problemas.

La oscuridad los recibió, solo rota por los relámpagos que se reflejaban en las ventanas.

Se quitó las botas como pudo, sin soltar a Feles un segundo, y la llevó hasta el cuarto de baño. La sentó en el inodoro y pasó su mano por debajo del grifo de la bañera para que saliera el agua. Pulsó un par de botones en la llave y acondicionó la temperatura.

Se deshizo de su camiseta negra, quedándose vestido solo con el vaquero, y se volvió hacia la mujer.

El sucio cabello caía sobre su rostro como una cortina que impedía traspasar la luz. Sus manos trataban de esconderse entre los pliegues de la falda roja y la blusa destrozada, mostraba parte de un sujetador sucio.

Falco apretó los dientes al mismo tiempo que sus puños. La impotencia al observar el estado en que se encontraba y no poder desahogarse con el culpable, podía con él.

Expulsó el aire que retenía y se pasó las manos por su cabello.

Tengo que tranquilizarme. Feles no puede verme así, pensó.

Se agachó delante de ella y le apartó el cabello de la cara.

—Necesitas darte un baño —susurró sin obtener respuesta alguna.

Le acarició la mejilla y esperó unos segundos por si reaccionaba, pero no hubo ningún movimiento o palabra por su parte.

Comprobó que la bañera ya estaba llena, echó en su interior un jabón con aroma a violetas y tomó una decisión.

La levantó con cuidado y con lentitud desabrochó los pocos botones que quedaban en su blusa maltrecha, tirándola al suelo cuando estuvo libre. Se deshizo de la falda que siguió el mismo camino que la anterior prenda y la miró.

—Tienes que bañarte —repitió con suavidad.

Posó la mano en su cara y la sintió suspirar.

Dejó que sus dedos se deslizaran por su cuello hasta el cierre delantero del sujetador y un *click* le confirmó que ya estaba suelto. Le quitó las tiras con delicadeza y apartó la mirada de sus redondeados pechos. Llevó las manos hasta su tanga y se lo quitó también.

Con rapidez la cogió en brazos y la metió en la bañera, arrancándole un gemido. Parecía que ya reaccionaba.

Ella le miró, atrapó su mano y se la llevó hasta sus labios.

—Gracias. —Le dio un beso en los nudillos.

Sus miradas se entrelazaron por unos segundos y Falco negó con la cabeza.

—¿Estarás bien si te dejo sola?

Feles asintió reticente.

—¿Regresarás?

Le pasó el dedo por la mejilla.

—Regresaré.

Recogió la ropa del suelo y salió del cuarto de baño, cerrando la puerta tras su paso.

De eso ya hacía un par de horas, en las que había terminado ayudando a Feles a asearse para secarla a continuación y arropada con una gran toalla, que terminó siendo sustituida por una camiseta suya, la metió en su cama.

Ahora dormía plácidamente.

Sentado en el enorme sillón del salón, con un vaso medio vacío de la bebida que se había preparado, descansaba con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados, cuando el timbre de una llamada del teléfono de su reloj de pulsera resonó por la estancia. Lo atrapó con rapidez y rezó para que Feles no lo hubiera escuchado.

—Dime —contestó en cuanto se lo acercó al oído.

—Perdona por las horas —se disculpó Caetus—, creí que querrías saber las últimas novedades y preferí llamarte al otro teléfono que usar el dispositivo intracraneal.

—Sí, sí no te preocupes. ¿Qué sucede?

Escuchó de fondo la voz de un altavoz y el trasiego de gente, lo que le llevó a deducir que todavía se encontraba en el hospital.

—Pandora ha salido del quirófano. Tiene algunos órganos internos dañados, pero los médicos prevén que se recuperará.

Falco suspiró.

—Me alegro mucho.

—Me quedaré a hacerle compañía —informó—. Rafael y Etien están conmigo, pero el resto ha preferido irse a Caeli por si encuentran alguna prueba de dónde puede estar Hyaena.

—Habría que avisar a Talpid —añadió Falco.

—Avisaré a Hawk —confirmó—. ¿Qué tal está Feles?

Falco observó la puerta de la habitación donde se encontraba la mujer.

—No lo sé...

El silencio se coló por la línea telefónica.

—Dale tiempo —aconsejó.

—Así haré. Avisadme por si hay algún cambio.

—Sabes que esta chica nos va a odiar todavía más tras el disparo...

La risa de Falco le interrumpió.

—Habría que atrapar a Hyaena para que nos perdona —añadió—. Cuando despierte no saques a relucir tu querido carácter.

Caetus se carcajeó.

—En realidad me adora, pero se está haciendo la difícil.

Falco sonrió ante sus palabras, iba a añadir algo más cuando la imagen de Feles, apoyada en el marco de la puerta de la habitación, llamó su atención.

—Hablamos más tarde —se despidió y colgó.

—¿Buenas noticias?

—Sí —afirmó sin añadir nada más. Dejó sus ojos fijos en ella y observó cómo se sentaba en el sofá a cierta distancia de él—. ¿Estás bien?

Asintió apartándose el cabello de la cara y escondiendo sus piernas por debajo de la camiseta.

—Mejor.

El silencio se posó entre ellos.

Falco con la mirada prendida en el cuerpo de ella.

La haddasu sin poder enfrentar su mirada.

—Feles... Yo... —dudó—. Siento lo que ha sucedido. Si hubiera estado aquí... Si...

Ella negó.

—Él hubiera encontrado otra manera de hacernos daño. Él es así. Lo lleva en su naturaleza —expuso.

—Pero si hubiera estado a tu lado...

—Tenías que encontrar a Ninox —le cortó—. Ninguno podríamos prever lo sucedido.

Falco la miró, orgulloso de la entereza que mostraba en esos momentos, tan distinta a la muñeca rota que se había encontrado. Un recuerdo que le hizo estallar. Se dirigió a la cocina y dejó sobre la encimera con fuerza el vaso vacío.

—Feles... —titubeó—. Necesito saber si ese malnacido se ha atrevido a...

—No me ha hecho nada —le interrumpió—. Me llevó hasta allí y aunque estuve varios días encerrada, solo le vi dos veces. El día que te llamamos y otra visita... —Negó con la cabeza con fuerza—. No sucedió nada.

Él asintió mudo, se acercó hasta las ventanas y apoyó la mano en el cristal.

Esa imagen le robó la respiración a Feles. Con la espalda desnuda pudo ver como sus músculos se encontraban en tensión, reflejando el estado de su dueño. Los pies asomaban por debajo de los pantalones, sin ningún calzado, y los vaqueros se sustentaban en sus caderas a duras penas.

—Te has cortado el pelo —susurró.

Falco se volvió hacia ella y se pasó la mano por la cabeza.

—Debían cambiar algunas cosas. —Le sonrió siendo correspondido.

Ambos recordaban las peleas continuas que tenía con sus padres cada vez que le insistían en cortarse el pelo y cómo al final terminaba saliéndose con la suya, a pesar de que tanto Accipiter y Melli trataban de convencerle con la frase hecha de que un jefe Rapax no podía llevar el cabello largo.

—Si te viera tu madre, estaría orgullosa de ti.

—¿Y tú?

Feles le apartó la mirada.

—Siempre he estado orgullosa de ti.

Ambos se callaron tras esa confesión.

Falco la observó y no pudo evitar acercarse a ella, sentándose en la mesa pequeña que había enfrente del sofá. Atrapó sus manos y las acarició, buscando su atención.

—Mi vida ha estado vacía sin ti —susurró—. Si algo te hubiera ocurrido... No sé si...

Feles llevó los dedos hasta su boca y le silenció.

—No ha pasado nada.

Falco asintió.

—Este viaje desde Nueva Esparta...

—¿Nueva Esparta? —le cortó.

La risa masculina resonó en la habitación.

—Es una larga historia que ya te contaré.

—¿Ninox?

—Mi hermana está perfectamente. —Ella asintió conforme con esa respuesta y observó cómo Falco se alejaba de nuevo de ella nervioso.

—¿Estás bien? —se interesó.

La miró y tomó una decisión.

—Feles, he sido un idiota. El orgullo me impidió decirte lo que de verdad sentía por ti cuando regresaste. No quiero saber por qué te fuiste. —Ella quiso intervenir, pero se lo impidió—. Ni por qué regresaste tras esos dos años, en los que viví en un infierno... —La miró—. Sin ti.

—Falco... —Se levantó y posó sus manos en el pecho masculino, donde sintió su corazón acelerado.

Él llevó sus manos hasta su rostro y enfrentó sus ojos dorados.

—En este viaje me he dado cuenta de que no quiero seguir viviendo así, que necesito compartir de nuevo mi vida contigo, las horas, los segundos...

—Falco...

—Sé que dijiste a tu regreso que no querías que volviéramos a ser una pareja y yo... —Le acarició las mejillas—. Feles, no puedo volver a pasar por lo mismo. Verte cada día y no poder tocarte, besarte...

La boca femenina le silenció sorprendiéndole.

—Feles, yo no...

Ella siseó y le besó de nuevo.

—Calla y bésame —le ordenó.

Falco no dudó en obedecer.

Atrapó su labio inferior y tiró de él, arrancándole un gemido a su dueña. Pasó al superior y lo acarició con su lengua. La boca femenina se abrió y su lengua salió buscando a su compañera. El beso que comenzó con suavidad se volvió voraz en unos segundos.

Las manos masculinas descendieron por su espalda para acabar asentadas sobre su trasero.

Ella acariciaba su nuca, enredando sus dedos por el nuevo corte de pelo mientras saboreaba la boca de su amante.

Falco la elevó, obligando a que sus piernas se enrollara en sus caderas, y la llevó hasta su habitación, depositándola sobre la cama con delicadeza.

Dejó sus ojos fijos en los dorados por unos segundos y deslizó la mirada por cada uno de sus rasgos, memorizando su rostro, tan presente en ese viaje.

Se deshizo del vaquero, dejando libre su masculinidad y observó cómo su pareja tiraba al suelo la única prenda de ropa que llevaba, quedándose desnuda.

Retuvo por unos segundos la respiración ante ese espectáculo, intentando memorizar el cuerpo femenino que tanto había añorado.

Atrapó sus pies y besó cada uno de los dedos. Dejó que sus manos se deslizaran por los suaves gemelos mientras se arrodillaba encima del colchón y se acomodaba entre sus piernas. Deslizó las manos hasta el trasero y las posó en su estómago, donde depositó un dulce beso. Ascendió con lentitud, adorando el cuerpo femenino, hasta los montículos rosados que asomaban y

exigían una atención especial.

Miró a su dueña, deleitándose en el placer que observaba con sus ojos, y decidió besar con necesidad los enhiestos pezones. Primero con delicadeza para pasar a continuación con voracidad. Los besó, lamió y succionó arrancándole a Feles guturales gemidos de satisfacción.

Cuando creyó que estaba satisfecho, dejó que sus manos acariciaran los perfectos pechos, deleitándose con la suavidad de la piel femenina, y continuó saboreando ese cuerpo que le volvía loco, depositando dulces besos hasta su barbilla, donde dejó que sus dientes salieran a jugar un poco arrancándole a su amante una risa divertida.

No sabía cuánto la había echado en falta.

Su boca volvió a reclamar su atención y no dudó en robarle un nuevo beso con rapidez, arrancándole un gemido delicioso que le animó a seguir besándola.

Feles necesitaba más, necesitaba sentirle...

Sin dudarle, deslizó sus manos por la espalda masculina hasta su trasero. Una caricia que había extrañado. Se adentró por su estómago, acarició sus testículos arrancándole gemidos de satisfacción a su dueño y agarró su pene erecto, le aproximó hasta su húmeda vagina y elevó las caderas.

Falco la miró en cuanto notó sus movimientos.

—Te necesito —suplicó la joven.

Falco atrapó su boca, intentando saciarse de sus palabras y atrapó las manos de la mujer que sujetaban su duro miembro. Fijó sus ojos negros en los dorados y sin apartar la mirada de ella se adentró en su interior.

Feles levantó su cadera intentando profundizar la caricia y Falco no dudó en satisfacerla. Comenzó a mover sus caderas, a la par que las de ella, incrementando la velocidad de sus embestidas. El roce de su pene contra las paredes vaginales era un delicioso suplicio que fue aumentando las sensaciones que crecían en la pareja.

Feles llevó sus manos hasta el trasero masculino animándole a que adquiriera mayor velocidad.

Falco no apartaba la mirada del rostro femenino, memorizando cada uno de los gestos que le regalaba.

Una nueva acometida, un nuevo suspiro...

Ella subió sus manos hasta la cara de él y le acarició su rostro.

Sus ojos se encontraron, sus respiraciones se entrelazaron y sus gemidos resonaron en la habitación.

—Te amo —le declaró Falco.

Una lágrima fugaz nació de los ojos de Feles, que él no tardó en retirar.

Besó el lugar por donde se había deslizado, intentando hacerla desaparecer y le dio un dulce beso acompañado de una nueva embestida que le arrancó un grito de satisfacción.

Un tsunami de sensaciones se hizo presa de la pareja, recordándoles todo lo que habían compartido en estos años.

Sus miradas se encontraron de nuevo.

Sus respiraciones se normalizaron poco a poco.

Un dulce beso y una caricia que hablaba de amor eterno.

Falco intentó cambiar de posición, pero Feles le abrazó reteniéndole.

—No. No te vayas todavía.

Le apartó los mechones negros de la cara.

—Te voy a aplastar...

Ella negó.

—Necesito sentirte un poco más.

Falco besó la punta de su nariz y asintió sin moverse.

Capítulo 35

El sol nacía por el horizonte acompañado del silbido feliz del dueño del apartamento. Vestido con solo un pantalón de color gris de pijama, escuchaba la música que se reproducía a través de un sistema de audio de última generación, insertado en algunos de los muebles de la casa. Las melodías se guardaban en la base de datos de su ordenador, acompañando su estado de ánimo.

El desayuno esperaba en la encimera de la cocina a que Feles se despertara.

Los dos se habían quedado dormidos abrazados, como en los viejos tiempos. Cuando abrió los ojos y observó esa estampa, la felicidad le llenó por completo. Decidió que lo mejor era abandonar la cama, no fuera que su deseo por querer repetir una vez más lo que habían compartido varias veces a lo largo de la noche, pudiera con su fuerza de voluntad y terminara despertándola.

Feles necesitaba descansar.

Y ahora la esperaba, mientras observaba el cielo despejado con una taza de café bien cargado en la mano.

—Me pregunto cómo sabría el verdadero café.

—Seguro que sería más aceptable que esa bebida nauseabunda que te tomas cada día desde que te conozco —le sorprendió acercándose a él.

Falco la observó y le sonrió. Llevaba la misma camiseta que le había prestado el día anterior, dejando sus piernas expuestas a su mirada. Le dio un beso en la mano y la sentó encima de él.

—¿Has descansado?

Feles apoyó la cabeza en su cuello aspirando su aroma masculino y asintió con la cabeza.

—Te he extrañado cuando me he despertado.

Le acarició las piernas y le dio un beso que pretendía ser suave, pero que comenzó a demandar más atención mientras sus manos ascendían ávidas por las piernas.

En el último momento el haddasu se apartó con la respiración acelerada y apoyó su frente en la de ella.

—He preparado el desayuno.

Ella sonrió.

—Lo he visto. —Falco le dio un beso en la nariz y la acomodó en el sofá.

No tardó en estar de nuevo a su lado. Dejó la comida encima de la mesa y le ofreció un vaso de zumo.

—Tienes que probar la fruta de Nueva Esparta —comentó Falco cuando la vio beber.

Le miró asombrada ante sus palabras.

—¿Fruta? —Él asintió—. ¿Es verdad que existe Nueva Esparta?

Le cogió el vaso y lo dejó en la mesa. Tiró de sus manos y enfrentó su mirada.

—Tengo tanto que contarte... —dudó—. Una de las cosas más importantes es que Nueva Esparta existe y mi padre lo sabía. Iba a informar al Gregem de ello y del robo de ADN que realizaba mi tío Hyaena cuando falleció.

Feles apartó las manos de él en cuanto mencionó al actual jefe de los Rapax y se levantó del sofá.

La miró preocupado.

—¿Te encuentras bien?

La mujer se acercó hasta la ventana y observó la ciudad silenciosa. Los segundos pasaron sin que los dos dijeran nada, hasta que tomó una decisión.

—Tengo algo que contarte...

Falco se levantó del sofá y le atrapó las manos de nuevo. Le apartó un mechón de la cara y negó con la cabeza.

—Ya habrá tiempo para hablar.

Feles negó y se apartó de nuevo de él.

—Hay algo que desconoces y... —dudó—, debes saber antes de que sigamos adelante con esto.

Se apoyó en la ventana, cruzó los brazos y la miró.

—Digas lo que digas seguiremos adelante con esto —ratificó con seriedad—. No pienso dejarte escapar de nuevo.

Feles le observó con una sonrisa triste en su cara. Entrelazó sus manos para a continuación tirar de su camiseta hacia abajo nerviosa.

—Me fui porque...

—Ya da igual por qué te fuiste, Feles —interrumpió—. Es pasado y el pasado se queda atrás. Lo importante es nuestro futuro. Un futuro juntos.

—Hyaena me violó. —Falco calló ante la confesión.

Un silencio opresor se hizo presente en la habitación.

Feles se sentó y apoyó sus piernas en el sofá mientras se balanceaba.

Falco retuvo su respiración por unos segundos hasta que golpeó con fuerza varias veces la ventana haciendo vibrar el cristal. Se giró y le dio la espalda, apoyando su cabeza en la lisa superficie.

—¿Cuándo fue?

Ella miró su espalda y susurró:

—El día que tuviste que marchar a Washington Twin por la tormenta que ocasionó tan graves desperfectos. —Le escuchó gruñir y vio cómo golpeaba de nuevo la ventana.

—Cuando regresé te noté extraña, pero... Creí que...

Feles comenzó a llorar atrayendo su atención.

—No podía decirte nada... Me amenazó con matarte, con hacerle lo mismo a Ninox —sollozó.

Se acercó a ella con rapidez y la abrazó.

—¿Por eso huiste?

Asintió muda, agarrándose a sus brazos.

—Tenía miedo de que volviera a aprovecharse de mí si me quedaba, que se aprovechara del amor que sentía por ti y el miedo a perderte... O que terminaras descubriéndolo y...

—¿Y? —insistió.

Feles le miró a los ojos.

—En tu afán de venganza acabara perdiéndote.

—¿Tan poco confiabas en mí?

Ella negó.

—Sabía... Sé que puedes acabar con su vida, pero siendo el jefe de los Rapax... Las leyes le amparan. Acabaría perdiéndote de todas formas por culpa de la justicia que impera en este estado.

Él se calló calibrando sus palabras.

—¿Dónde fuiste?

—A Antiqua Canadá —confesó.

—¿Te trataron bien allí?

Asintió.

—Me dejaron el espacio que necesitaba para reencontrarme, hasta que decidí regresar.

Falco acarició su mejilla.

—Te eché mucho de menos —confesó mientras borraba las lágrimas de su rostro con besos—. Mucho de menos... Cuando apareciste en la puerta de mi despacho creí que había muerto, que no

eras real... —titubeó—, pero no podía mostrarte cómo me sentía.

Ella chistó acallándole.

—Aunque regresé seguía sin poder contarte nada. La amenazaba seguía presente, aunque no volvió a tocarme.

Expulsó el aire al escuchar esa confesión. Temía que con su regreso su tío hubiera intentado propasarse de nuevo con ella.

—Me operé y parece ser que eso le alejó —supuso.

—¿Por eso te pusiste en manos del doctor Vultur? —Asintió—. Me extrañó cuando me informaste de ello.

Le miró a los ojos y pasó sus dedos por su recia mandíbula.

—El ADN de gato fue una forma de tenerte cerca —declaró a media voz.

Falco posó las manos a cada lado de su cara y fijó su mirada en la de ella.

—Si lo hubiera descubierto antes, todo habría sido distinto.

Ella negó con la cabeza.

—Nunca lo sabremos.

—Te prometo que cuando lo atrape, le haré pagar por todo —juró.

—¿Y el Gregem? —se interesó.

—Hay pruebas suficientes contra él de todos sus negocios ilegales para que no deseen que vuelva a ocupar el puesto de jefe de la Familia.

Feles le acarició los labios con dedos temblorosos.

—Estaba embarazada. Chrys, esperábamos un hijo y lo perdí...

Falco miró las lágrimas que comenzaban a nacer en los ojos dorados, el temblor sutil de sus labios y la besó intentando alejar esos fantasmas que tanto daño les habían hecho. La cogió en brazos y la sentó encima de él, dejando que sus manos le acariciaran la espalda intentando tranquilizarla.

—No volverá a tocarte. No le verás nunca más.

Capítulo 36

Tras una llamada urgente de Hawk, avisándole de que el Gregem quería reunirse con él, había acudido reticente a Caeli. No quería dejar sola a Feles, tras la conversación que habían mantenido, donde le había confesado las razones por las que huyó de su lado hacía ya casi tres años. Pero una vez más, la entereza de la haddasu le sorprendió.

—Debes ir —le urgió en cuanto le explicó lo que ocurría.

Falco le levantó la barbilla y le dio un dulce beso en los labios. Seguía sentada encima de él y no quería que se moviera.

—Mi sitio está aquí. Contigo. —Le acarició la espalda por debajo de la camiseta.

Ella negó con la cabeza, mientras enredaba sus dedos en el vello de su pecho.

—Hay que terminar con todo esto. Hacer las cosas bien y para ello, tú debes ser el jefe de los Rapax.

Suspiró y posó sus manos en las caderas femeninas.

—Puedo reunirme con ellos otro día.

Feles pasó sus dedos por el corto cabello hasta su nuca.

—Debes irte —susurró—. Estaré bien.

Falco atrapó su cara y le dio un beso que no tardó en ser correspondido con la misma energía, robándoles a ambos la respiración.

—¿Seguro?

—Seguro —confirmó.

Y allí se encontraba ahora, en Caeli, en la misma sala de espera que el día anterior, pendiente de si el Gregem le recibía de una vez.

Los nervios se habían apoderado de él, ante el posible motivo por el que los consejeros quisieran reunirse urgentemente y no ayudaba nada que su cabeza no parara de girar en torno a todo lo que le había contado Feles.

—Cuando te atrape, Hyaena, pagarás por todo el sufrimiento que has causado a mi familia — juró en voz alta, golpeando la pared que tenía más próxima.

La puerta de la sala de reuniones se abrió en ese momento y Mesomelas apareció detrás de ella.

—Espero que dejes esa ira fuera. No queremos presenciar de nuevo el comportamiento que nos brindaste ayer.

Falco pasó por su lado conteniendo lo que en realidad deseaba decirle. Debía comportarse si quería que esa reunión llegara a buen puerto, y no ayudaría nada que le diera un puñetazo en las narices al haddasu.

Avanzó hasta el centro de la sala y como en la anterior reunión los doce consejeros del Gregem ocupaban sus respectivos asientos. La puerta se cerró tras él y observó como Mesomelas con una túnica azul, se dirigía a su sitio.

—Buenos días, Falco —le saludó el miembro más mayor del Consejo.

Él escondió sus manos en los bolsillo del vaquero, intentando mostrar una tranquilidad que no sentía.

—Delphin.

—Lo primero de todo, querríamos felicitarte por el rescate de... ¿Feles?

Movió la cabeza.

—Gracias.

—¿Espero que esté bien?

Un golpe en la mesa de detrás del hijo de Accipiter impidió que respondiera.

—No hemos venido aquí a confraternizar —espetó Mesomelas.

Delphin movió su mano intentando tranquilizar a su compañero.

—Educación, se llama educación.

El haddasu gruñó mientras Falco intentaba no sonreír ante la corrección de Delphin.

—Pero sigamos... —comentó quitando hierro al asunto—. Tras estudiar las pruebas que tu subalterno Hawk nos hizo llegar anoche. —Él asintió—. El Gregem se ha reunido y hemos decidido condenar a Hyaena por corrupción, extorsión, malversación de fondos genéticos y financieros. Será expulsado de Nueva América.

—¿Y por secuestro y violación? —interrogó con crudeza.

Un murmullo ahogado se escuchó en la sala.

—Eso seguimos estudiándolo —dudó—. Es una acusación muy grave y algunos de los miembros del Consejo piensan que...

—Qué es falso —escupió Mesomelas—. No podemos creer en las palabras de una jovencita antes que en las de nuestro jefe Rapax.

Falco acortó la distancia que le separaba del consejero y le atrapó del cuello de la túnica, levantándole de su asiento.

—No sé lo que insinúas, pero te juro que vas por mal camino —le encaró.

—Falco... —le llamó Delphin, obligándole a soltar su agarre.

El miembro del Consejo sonrió cuando vio como retrocedía y se envalentonó.

—No sé lo que puede esconder esa Feles si tanto tú como tu tío habéis caído en sus redes.

Un golpe sordo silenció la habitación.

La silla donde había estado sentado Mesomelas acabó en el suelo ante la caída de su dueño. De la nariz del haddasu salía sangre y los ojos temerosos miraban al culpable de su situación.

—Ese que tanto defiendes, mató y violó a mi madre —escupió con odio—. Él mismo se lo confesó a Feles cuando estuvo prisionera. —Se acercó hasta el haddasu y aproximó su cara a la de él sin rozarle—. Mi madre no pudo contarle para que el culpable fuera detenido y juzgado, pero te garantizo... —Atrapó su túnica y le levantó—. Te garantizo que cuando le encuentre puede que desee estar muerto.

Sintió como alguien posaba la mano en su hombro.

—Suéltale. No merece la pena —le indicó Delphin.

Falco le miró por unos segundos para devolver su atención a Mesomelas. El miedo que reflejaban sus ojos le hizo alejarse de él. Se acercó hasta las ventanas y miró la ciudad mientras el resto del Gregem le observaba.

—Vas a tener que controlar ese carácter si quieres ocupar el puesto de jefe de los Rapax —le sugirió Delphin que se había aproximado a él.

Falco le miró asombrado ante sus palabras, más después de su reacción.

—Tendré que aprender.

El consejero asintió contento ante esa respuesta.

—Aquí estaremos si necesitas ayuda. —Falco desvió la vista hacia el miembro del consejo que sangraba por la nariz—. Una vez te hagas cargo de lo que te corresponde, podrás realizar los cambios que consideres convenientes.

Ambos sabían a qué se refería.

—De acuerdo.

—Y con respecto a Hyaena...

—¿Sí?

Delphin se colocó a la misma altura que el joven y dejó fijos sus ojos en el océano que

rodeaba la ciudad.

—Algunos no vamos a llorar su muerte si sucede.

Falco le miró dudando sobre lo que quería decir.

—¿Y la ley? La condena era el exilio, no la muerte.

El consejero le miró por unos segundos para alejarse de él a continuación, no sin antes mencionarle:

—Lo que el Gregem no ve, no puede juzgar. Siempre ocurren accidentes.

Capítulo 37

Una voz a través de los altavoces sorprendió a Etien. Continuaban en el hospital, pendientes de la recuperación de Pandora que parecía mejorar. Apenas habían salido de esas instalaciones donde el trasiego de médicos, enfermeras y pacientes era continuo. Los robots inteligentes que sustituían a los cirujanos en algunas ocasiones, abundaban en esa zona y eso la ponía nerviosa. Prefería estar en manos de un humano o un haddasu que en las de un supuesto ser inteligente.

Observó a la joven dormir a través de la mampara que separaba la habitación del pasillo. Estaba tumbada en la cama blanca que suspendida en el aire se mantenía sin necesidad de ninguna sujeción. Dos monitores a cada uno de sus lados, controlaban las constantes vitales y la medicación que la habían suministrado. Y a su lado, en silencio, Caetus.

No se había alejado de su lado ni un segundo desde que la habían disparado. Preocupado por su estado y atento a cualquier cambio que indicaban los ordenadores.

—¿Sigue ahí? —le preguntó Rafael en cuanto regresó de hablar con los médicos.

—No ha querido dejarla sola —indicó—. Dice que prefiere que lo primero que vea nada más abrir los ojos, sea una cara que le desagrade y así desee recuperarse lo antes posible.

La risa de Rafael la envolvió.

—Se preocupa demasiado por alguien que apenas conoce.

Etien se encogió de hombros.

—A veces solo necesitamos un segundo para encariñarnos de un desconocido que con el tiempo se vuelve muy importante en nuestras vidas.

—O un mismo segundo para perder a esa persona.

Le miró extrañada por el tono empleado, pero temiendo lo que podría decirle si preguntaba, no añadió nada.

El silencio se hizo entre ellos. Cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Etien, yo...

Ella levantó la mano acallándole.

—Aquí no. Necesito salir fuera.

Rafael asintió y la siguió a través del pasillo blanco hasta los ascensores que le llevarían a la azotea del edificio. Un hilo musical sin ritmo alguno, que se colaba por los altavoces, los acompañó todo el camino y nada más cruzar las puertas del elevador, la lluvia fina les recibió.

Bancos vacíos poblaban la terraza, rodeados de una vegetación artificial que buscaba hacer de la estancia de los enfermos y acompañantes un tiempo más agradable.

Se encontraban solos.

La lluvia que empezaba a caer sobre sus cabezas había ahuyentado a los haddasus que allí acudían, pero a ellos no les molestaba.

Etien anduvo con lentitud por el paseo de piedras blancas y se detuvo a tocar las ramas de un jazmín artificial.

—Esperaba este momento, pero en el fondo quise creer que nunca llegaría —susurró.

Rafael se puso a su lado y le rozó el corto cabello pelirrojo.

—No puedo continuar con esto —soltó.

Ella se rio, pero fue una risa sin alegría repleta de tristeza que se le incrustó en el corazón.

Rafael vio cómo se apartaba el flequillo húmedo de la cara y miró al cielo.

—En realidad no sabía ni lo que teníamos.

—Etien, yo...

Ella se alejó de su lado en cuanto presintió que la iba a tocar.

—Hace tiempo comprendí que vivimos en un mundo donde lo importante es el día a día.

—Te avisé. Te dije que no podía comprometerme, que...

La carcajada femenina le interrumpió.

—No intentes culparme de esto, Rafael —le acusó—. Ambos somos mayorcitos y sabíamos dónde nos metíamos.

Él agachó la cabeza, incapaz de enfrentarse a sus ojos verdes.

—No puedo —declaró.

Gruñó en cuanto le escuchó.

—¿No puedes qué? —gritó abriendo sus brazos impotente—. ¿Sentir? ¿Estar conmigo? Pues siento disentir, pero lo que tú y yo hemos compartido —le señaló—, te contradice.

—Lo que ha sucedido en el viaje...

Gritó de impotencia y se llevó las manos a la cabeza.

—De verdad que estás ciego. No te hablo del viaje —indicó con fiereza—. El viaje ha sido el resultado de lo que llevamos años sintiendo el uno por el otro. Lo raro es que haya sucedido tan tarde.

Rafael asintió reticente, sabiendo que tenía razón.

—Mi vida es complicada.

—Y la de todos —recalcó—. Fíjate dónde vivimos. Estamos rodeados de agua, envueltos en teorías conspiratorias... Pandora está abajo herida, luchando por su vida.

—No me refería a eso.

Etien se abrazó a sí misma.

—Me has defraudado. —Rafael buscó su mirada, dolido—. Eres un cobarde.

Avanzó unos pocos pasos queriendo acercarse a ella, pero le detuvo con la mano.

—Etien, es difícil de explicar.

Le miró de arriba abajo y espetó:

—Ni siquiera lo has intentado.

El silencio cayó entre ellos, solo roto por las gotas que caían sobre la azotea.

De pronto, la música del móvil de Etien les devolvió al presente. Sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón y lo miró. Era tan grande como su mano, antiguo, de formato clásico, tan diferente a las tecnologías que utilizaban el resto de los Rapax para comunicarse.

—Dime... Ahora bajamos —contestó para colgar a continuación.

La pelirroja se apartó el cabello de la cara e intentó limpiarse las gotas de lluvia que caían por ella, mezcladas con sus lágrimas. Miró a su compañero y dijo:

—A veces nos sorprendemos y si luchamos podemos conseguir grandes cosas. —El hombre la miró sin comprender—. Pandora ha despertado.

Caetus no paraba de ir de un lado a otro nervioso en la pequeña habitación blanca del hospital mientras esperaba el regreso de Pandora. En cuanto abrió los ojos, apenas le dio tiempo a saludarla, un equipo médico se presentó en el cuarto y se la llevaron para hacerla un reconocimiento completo.

No sabía muy bien la razón, pero necesitaba saber que la neoespartana se encontraba bien y que no correría más peligro.

Estaba pálida, indefensa y cuando le reconoció, se sorprendió de verle allí. A su lado.

Se sentía responsable de ella.

La puerta se abrió atrayendo su atención, creyendo que se trataba de alguno de los robots que cuidaban de los pacientes y que traería a Pandora, pero en su lugar aparecieron Etien y Rafael. Estaban empapados, prueba de que habían estado en la azotea a pesar de la tormenta que caía, y en sus caras se reflejaba con claridad que el tema que habían tratado no era del agrado de ninguno de

los dos.

—¿Qué tal? —se interesó Etien.

—Bien. Se ha despertado y me ha insultado.

La risa de los neoespartanos se escuchó en la habitación.

—No puedes estar hablando en serio —señaló la pelirroja.

Caetus se apartó el cabello de la cara y sonrió.

—Casi, casi...

—Sigue siendo una pequeña guerrera —anunció Rafael.

Los otros dos asintieron a la vez ante sus palabras.

—¿Dónde está ahora?

El sonido del móvil de Caetus, incorporado en el reloj de pulsera impidió que respondiera. Levantó el dedo, pidiéndole un segundo, y salió de la habitación dejando tras él un silencio opresor.

La pareja se miró por unos segundos sin saber muy bien qué hacer.

Rafael avanzó un par de pasos, intentando acercarse a ella, pero Etien se movió con rapidez alejándose.

—Etien, yo... —La puerta se abrió de nuevo acallándole.

Caetus asomó la cabeza por ella y los miró.

—¿Interrumpo?

—No —dijeron a la vez.

Este sonrió y asintió, comprendiendo que tenía ante él la primera discusión de pareja.

—Era Falco —explicó, refiriéndose a la llamada que había recibido—. Tengo que ir a Caeli.

—De acuerdo —confirmó Rafael.

—Informadme de lo que os digan los médicos cuando regresen.

—Está bien —afirmó Etien.

El mestizo miró a la pareja y suspiró.

—Y por favor, cambiad vuestro comportamiento. Si seguís así creará que se muere y que tiene que preparar su propio funeral —soltó, cerrando la puerta tras de sí.

Ambos se miraron y no pudieron evitar reírse.

—Tiene razón —Etien comentó.

Rafael asintió.

—¿Una tregua? —Le ofreció la mano que terminó dejando caer, al no ser correspondido su gesto.

—Tregua por Pandora —consintió—. Pero no cambia nada más.

Capítulo 38

—Falco, ya he llegado —anunció Caetus nada más traspasar las puertas del despacho.

El hijo de Accipiter se levantó de la mesa y le miró.

—Me acaba de llamar Talpid —informó—. Tienen a Hyaena.

—¿Dónde?

—En el albergue Nueva Esperanza.

El mestizo asintió.

—¿A qué esperamos para ir allí?

Este asintió y cogió las llaves del Hummer.

—¿Te vienes?

—No me lo perdería por nada del mundo —indicó mostrando una sonrisa enigmática.

Ambos salieron del despacho y se dirigieron a los ascensores que los llevarían hasta el garaje. El jefe de seguridad de los Rapax pulsó el botón táctil de llamada y en cuanto las puertas se abrieron, entraron en su interior. El piano de Ludovico Einaudi les recibió en el pequeño cubículo.

—Violó a Feles —Falco mencionó de pronto, sorprendiendo a su amigo.

Este golpeó la pared acristalada del elevador justo cuando sus puertas se abrían.

—Cuando se marchó. Cuando Feles me abandonó fue porque ese malnacido... —titubeó—, la violó. —Le miró mostrando en sus ojos los sentimientos confusos de los que era presa—. Caetus, le amenazó con matarme o con hacerle lo mismo a Ninnox, si alguien se enteraba de lo sucedido.

—Pagaré por ello —juró apretando el hombro de su compañero.

El hijo de Accipiter asintió y se subió al vehículo. Este imitó sus movimientos, acomodándose en el asiento del copiloto.

En silencio, Falco arrancó el motor y lo puso en marcha con el sistema manual. Necesitaba conducir personalmente para conseguir centrar sus pensamientos.

Desde que Feles le había confesado todo lo que su tío le había hecho, el motivo de que terminara alejándose de su lado, vivía en un infierno a punto de explotar. Había tenido que retener sus verdaderos sentimientos delante de ella, para no asustarla o impedir que su dolor se viera aún más incrementado, pero en cuanto Caetus apareció por la puerta de su despacho, necesitó contarle qué había sucedido.

Salieron de Caeli y se dirigieron a la zona en la que se encontraba el albergue de Nueva Esperanza, en los barrios pobres. Era una institución clandestina que dirigía Talpid, fuera del control de los Rapax. Allí se intentaba ayudar a la población más desfavorecida de Nueva York Twin, abasteciéndoles con suministros de primera necesidad o ayudándoles en su día a día con algunas de las obligaciones que se demandaban desde la sede de Nueva América.

—¿Cómo se encuentra Feles? —se interesó el haddasu.

Él suspiró.

—Mejor de lo que debería estar —contestó—. El secuestro ha sacado a la luz los fantasmas que llevaban en su cabeza adormilados desde hace bastante tiempo.

—Normal.

—Temía por mí. —Le miró para devolver la atención a la calzada inmediatamente—. Pasó por una pesadilla y supo levantarse de sus cenizas por mí y por Ninnox.

Caetus le apretó el brazo.

—Es una gran mujer.

—Íbamos a tener un niño —soltó.

El silencio se asentó en el interior del todoterreno.

Falco apretó el volante, consiguiendo que sus nudillos se pusieran blancos de la presión que

ejercía.

—Lo perdió por...

—Se lo haremos pagar —sentenció con crudeza.

Este asintió conforme con las palabras de su amigo.

—Es un psicópata, Caetus. Se jactó delante de ella de ser el culpable de la muerte de mi madre. —Golpeó el volante varias veces—. Ese hijo de puta abusó de Melli, la mató y luego fue a por Feles.

Caetus llevó su mano hasta el cabello y expulsó el aire que retenía.

—Tantos años y siempre ha sido él.

—Estaba ante nuestras narices y no lo supimos ver. Si...

—No —interrumpió—. No pienses en nada más. —Señaló los edificios viejos que había delante de ellos—. Ya hemos llegado.

La zona estaba desierta. No había ni un alma a la vista. El sonido de las olas, rebotando contra los límites de la ciudad, fue lo único que escucharon cuando salieron del Hummer. El deterioro de esos barrios había aumentado desde la última vez que habían estado allí. La invasión de las aguas provocaba más desperfectos e impedía que los residentes de esa zona hicieran una vida normal. Las estructuras de los edificios, de un color verde en sus fachadas por la humedad imperante, estaban más deterioradas debido a la desatención de las instituciones.

Falco cerró con fuerza la puerta del vehículo ante lo que observó.

Ese no era el mundo soñado por los Rapax. Todos debían cuidarse entre sí y los más desfavorecidos no debían sufrir los despropósitos de sus gobernantes.

—Esto tiene que cambiar. —Señaló lo que les rodeaba.

Caetus asintió contento de que su amigo decidiera retomar los pasos de Accipiter.

—Tú lo conseguirás —expuso.

Este le miró sorprendido de la confianza que tenía en él.

—Necesitaré ayuda.

Caetus asintió.

—Siempre podrás contar conmigo. —Falco le sonrió.

De pronto su atención recayó sobre el haddasu con hocico de topo que apareció en la puerta del edificio que había enfrente de ellos.

—Pero ahora resolvamos este problema —anunció con seriedad el próximo jefe de los Rapax mientras se dirigía a la entrada del albergue.

Capítulo 39

En mitad de una habitación lúgubre, sin ninguna ventana que permitiera entrar al aire fresco del exterior, había una silla ocupada por un haddasu maniatado. Con la cabeza erguida, sin perder un ápice de su arrogancia, se encontraba el actual jefe de los Rapax.

En su rostro se observaba los golpes recibidos por los hombres de Talpid e incluso por este mismo. Su traje, antaño impoluto, mostraba desgarros. La camisa blanca descansaba en el suelo húmedo y en su cuerpo los hematomas y cortes sufridos resaltaban entre la sangre seca, la suciedad y el sudor de su dueño.

Falco no había apartado la vista de él desde que había llegado. Su cuerpo estaba en tensión e intentaba mantener el control del mismo para no abalanzarse sobre el prisionero.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Caetus.

—Aquí cerca —señaló—. Buscaba salir de la ciudad y se había citado con un pesquero para que le ayudara.

El mestizo sonrió al encargado. Sabía que al utilizar la palabra de pesquero se refería a un contrabandista. Era como los llamaban para disimular de alguna forma el trabajo que realizaban fuera de la ley.

—¿Cómo os habéis enterado?

Talpid le guiñó un ojo.

—Sabía que le buscábamos y este cabrón no es muy querido. Ha preferido entregárnoslo y perder algo del dinero que iba a recibir por su trabajo, que ayudarle a huir.

Caetus asintió.

—Un buen ciudadano.

—Un buen ciudadano —repitió.

El prisionero de repente se rio atrayendo la atención de sus visitantes.

—Creéis que el Gregem permitirá esto.

Falco avanzó unos pocos pasos hasta él, descendiendo su cabeza hasta tener los ojos marrones a la misma altura que los suyos.

—El Gregem ha decidido que es hora de sustituir al jefe de los Rapax —susurró sibilino—. No puedes pretender que tus negocios clandestinos de ADN queden impunes.

Observó como su ceja temblaba ligeramente ante ese anuncio.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió—. Sé que ellos no te dejarán matarme.

El joven tensó la mandíbula.

—Ya te han juzgado y tienes una condena: el exilio. —Hyaena se rio.

Talpid gruñó y Caetus golpeó la pared que tenía más cerca.

—Tiene que pagar por lo que ha hecho —espetó el encargado del albergue.

Falco miró a sus compañeros.

—Es la ley.

El mestizo asintió reticente. Comprendía que a pesar de todos sus crímenes, había que obedecer al Gregem si no querían parecerse al haddasu que se encontraba delante de ellos.

Talpid gritó de impotencia y salió de la habitación, cerrando la puerta con fuerza.

—Habrás que llevarle a Caeli —cedió resignado Caetus.

Falco asintió.

La carcajada sin vida de Hyaena estalló en el cuarto.

—Jamás podrías ser hijo mío —espetó mirando a Caetus—. Eres un perro faldero que obedece sin rechistar. La sangre que corre por tus venas no puede ser mía.

Este le miró y apretó el puño.

—Ojalá no fuera tu hijo —masculló—. Cada día me levanto rezando porque todo sea una broma pesada, pero luego me doy de bruces con la pesadilla. —Se acercó hasta él y le atrapó del cuello mientras este le sonreía—. Sería tan fácil apretar y...

La mano de Falco se posó en el hombro de su amigo.

—Déjale.

Caetus apretó un poco más el cuello de su padre.

—Sería tan fácil —repitió—. Acabaría en un segundo.

—Y te perseguiría toda la vida —su amigo añadió.

Este expulsó el aire que retenía y aflojó su agarre poco a poco, hasta soltarle.

—Quizás sí mereció la pena dejar embarazada al engendro de tu madre.

Un grito desgarrador se escuchó en la habitación, seguido de un golpe seco al caer la silla al suelo junto a su ocupante.

Caetus se abalanzó sobre Hyaena para propinarle un nuevo puñetazo en la cara pero los brazos de Falco le detuvieron.

—¡Talpid! —llamó al encargado del albergue que apareció con rapidez junto a dos hombres más.

Entre los cuatro, a duras penas, consiguieron alejar a Caetus de Hyaena.

—Llévatelo de aquí —ordenó Falco a Talpid mientras colocaba de nuevo al prisionero.

El haddasu no dudó en obedecer, empujando a Caetus fuera de la sala.

La risa de Hyaena lo envolvió consiguiendo que chirriaran sus dientes.

—Igual que tu padre. Siempre siguiendo las normas.

Falco apretó los puños y le enfrentó.

—No le menciones. Jamás podrías compararte a él.

—Yo debería haber sido el jefe de los Rapax desde el principio, pero la dichosa ley bajo la que nos regimos me lo impidió. Él era el heredero —se burló—. Lo tenía todo. La familia perfecta, la mujer perfecta...

—No sigas hablando —le amenazó.

Hyaena le miró y sonrió.

—Pero no supo retenerlo. Tu madre fue... —dudó— un fruto delicioso que probar y Feles... —suspiró—. Bueno, ya sabes cómo es esa mujer.

Falco se abalanzó sobre su tío sin dudarle y le golpeó mientras este se reía.

—Eres muy valiente contra alguien que no puede defenderse.

El joven gruñó y rompió las ataduras que le retenían. Se separó y levantó sus puños para enfrentarse a él.

—Adelante. —Miró cómo se incorporaba y le sonreía—. Defiéndete.

Hyaena sonrió y se apartó la sangre que le caía del labio partido.

—Quizás sí seas diferente a Accipiter. Él no se defendió cuando lo maté.

Falco gritó ante esa confesión y le asestó un puñetazo sin dudarle.

Hyaena le devolvió el golpe en el costado haciendo que el joven se agachara y le atizó en la mandíbula al mismo tiempo.

Ambos comenzaron una pelea sin fin.

Los puñetazos se estrellaban en la cara, estómago o pecho, acompañados de alguna patada que terminaba con su contrincante en el suelo.

Así estuvieron bastante tiempo hasta que un fuerte puñetazo de Falco se estrechó en la cara de su tío derribándolo. Se puso encima de él y apretó su cuello, buscando ahogarle.

Los ojos marrones de Hyaena brillaron de felicidad tras conseguir lo que pretendía.

—No eres tan distinto a mí —siseó a media voz.

Falco miró sus manos, observó el rostro de su tío y disminuyó poco a poco la presión que ejercía sobre el cuello. Se apartó de él y llevó su mano a su corto cabello mientras soltaba el aire que había en su interior.

—Jamás seré como tú. Nunca.

El haddasu se rio.

—Regresaré. El exilio se puede revocar y entonces no podrás detenerme.

Falco dejó fijos sus ojos negros en su tío por unos segundos y abrió la puerta.

—Talpid... —El encargado del albergue se acercó. Miró a su tío por unos segundos y dijo—:
Es todo vuestro.

—¡No puedes! —gritó Hyaena.

Capítulo 40

Un golpe en el marco de la entrada de su despacho atrajo la atención de Falco.

—¿Qué haces aquí?

La joven morena vestida con un ajustado vestido negro y tacones del mismo color, con la suela roja, cerró la puerta y le sonrió mientras avanzaba entre las cajas y archivadores.

—Por fin has decidido mudarte.

Se llevó la mano a su nuca y sonrió.

—Alguien muy insistente me dijo que el jefe de los Rapax no debía estar en los sótanos de Caeli.

Feles posó sus manos en la camiseta negra de él.

—Debe ser alguien muy lista.

La risa masculina los arropó, al mismo tiempo que la abrazaba. Su boca descendió hasta sus labios y le robó un beso.

—La reforma del *nido* está casi terminada. Se ha modificado su estructura y los muebles han cambiado. Todo el diseño es diferente —explicó sin apartar sus ojos de los dorados. Ambos sabían que esa transformación era para que las pesadillas de Feles no se materializaran.

La haddasu se puso de puntillas y le dio un beso dulce.

—Seguro que habrá quedado perfecto. ¿Qué tal el trabajo?

Este suspiró.

—No sé si alguna vez lograré ponerme al día, pero lo importante: la reestructuración de la ciudad ya está en marcha.

Ella asintió.

—¿Y las modificaciones de las leyes?

Movió la cabeza de lado a lado.

—Eso va más lento...

—Lo conseguirás —indicó—. Confío en ti.

Le acarició la mejilla sonrosada.

—No me cansaré nunca de mirarte —susurró.

Ella le sonrió y apoyó su cara en la mano masculina.

—Ni yo de sentirte.

Falco atrapó su labio inferior arrancándole un gemido. Las manos se posaron en el trasero femenino y la elevó levemente para que sintiera lo que su cercanía conseguía en su cuerpo.

—Podríamos despedir este despacho como se debe. Creo que la última vez que estuvimos los dos juntos aquí fui un poco brusco.

Feles llevó los dedos hasta su boca silenciándole.

—Era lo que los dos necesitábamos. Ninox había desaparecido...

—El pasado...

—Se queda atrás —terminó la frase.

Falco atrapó su cara y la miró a los ojos.

—¿Qué me dices?

Feles le sonrió y le besó. Dejó que sus manos se perdieran por su cabello, atrayéndolo más cerca de ella mientras su amante subía poco a poco la falda de su vestido.

Los dedos femeninos descendieron por la camiseta negra hasta su cintura y se trasladaron con rapidez hasta el bulto prominente de su dueño, acariciándolo por encima del vaquero.

—Eres muy mala —Falco susurró con voz gutural.

Feles le sonrió.

—Bésame y calla.

De pronto, un golpe en la puerta los separó.

—¿Interrumpo? —La cabeza de Caetus asomó por la abertura.

Feles se rio mientras se recolocaba el vestido y Falco miraba al haddasu con cara de pocos amigos.

—¿Tú qué crees? —siseó.

Caetus abrió la puerta de par en par y entró.

—No os robaré mucho de vuestro tiempo. —Guiñó un ojo a Feles, que le sonrió mientras se sentaba en la silla de detrás de la mesa.

Falco gruñó, se pasó la mano por su cabello y le indicó con la mano que se explicara.

—He hablado con Ninox...

—¿Cómo está? —interrumpió la haddasu morena.

El jefe de los Rapax la miró.

—Hablaste ayer con ella. No puede haber sucedido nada nuevo.

Desde que se había hecho cargo del gobierno de Nueva América la relación con Nueva Esparta era más estrecha.

Todavía no habían informado a la población de su existencia porque querían modificar las instituciones, las leyes del mundo que habitaban para mejor, antes de que se descubriera que la leyenda de la tierra seca era una realidad. Era un camino duro que Falco quería llevar a buen puerto y en ello estaba desde que se había hecho cargo del clan Rapax.

Las comunicaciones con Séneca eran continuas. El Anciano le ayudaba en todo lo que necesitaba, teniendo un gran apoyo en este difícil trabajo.

El Gregem, aunque reticente al principio, había terminado cediendo y ahora compartían información relevante con el Consejo de Ancianos de Nueva Esparta, buscando mejorar la vida del inhóspito mundo que les había tocado vivir.

Todo esto permitía que al igual que las comunicaciones con Nueva Esparta fueran continuas, con Ninox también.

En cuanto Feles estuvo informada de todo y pudo ponerse en contacto con su amiga, todas las noches hablaban.

—Bien —respondió Caetus—. Esperando que vayas a verla.

Feles suspiró.

—Esperemos que sea pronto.

Falco se acercó a ella y le masajeó los hombros.

—En cuanto termine aquí, tendré que viajar a Nueva Esparta para cerrar algunos acuerdos. Podrás venir conmigo. —Se levantó de su asiento y le dio un beso de agradecimiento.

Caetus se rio ante la escena.

—Me encanta veros juntos —comentó haciendo enrojecer al jefe de los Rapax.

Este le miró y gruñó.

—¿Qué quieres?

—Me marcho —Observó a sus amigos y se llevó una mano a la cabeza—. Ninox sabe ya con exactitud las coordenadas de dónde está mi madre...

—Ohh... Caetus. —Feles se llevó sus manos hasta la boca.

Falco asintió. Sabía que tarde o temprano esto iba a suceder. En cuanto su hermana lograra controlar su poder, orientada por Séneca, lo primero que haría sería buscar a la madre de su amigo.

—¿Cuándo te marchas? —se interesó.

—Si no me necesitas, en cuanto prepare el barco —explicó—. Una semana.

—¿En barco? Creí que irías a nado. Gracias a tus branquias el trabajo sería más rápido y...

La risa del haddasu de piel oscura le interrumpió.

—Eso es lo que yo pienso, pero la cabezota de Pandora cree que voy a necesitar ayuda.

—¿Pandora? —preguntó confusa Feles—. ¿Ya está recuperada?

—Ojalá no lo estuviera —indicó, aunque en el fondo no lo pensaba—. Desde que salí del hospital no se separa de mí.

Falco se carcajeó. Sabía por experiencia que si la neoespartana estaba al lado de su amigo era porque este quería que fuera así. Nadie le imponía nada.

—¿Qué tiene que ver Pandora en todo esto?

—Se viene conmigo —anunció—. Dice que ya se ha cansado de Nueva York Twin y que necesita explorar más mundo.

Feles sonrió.

—Se preocupa por ti. —Estiró sus brazos a través de la mesa atrapando las de su amigo—. Como todos.

Caetus la observó y asintió.

—¿Y Rafael y Etien? —Falco interrogó.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿También se van contigo?

El mestizo se rio.

—Bueno, eso es más complicado. —La negra ceja de Feles se elevó asombrada—. Ni ellos mismo saben dónde se encuentran ahora. A cada minuto cambian de idea...

La haddasu se rio.

—Tienen una semana para pensarlo.

Caetus movió la cabeza afirmativamente y le guiñó un ojo.

—Y si no, les dejaré en tierra.

Falco se acercó a él y posó la mano en su hombro.

—Te echaré de menos.

Este estrechó su mano.

—Y yo a vosotros. —El silencio se posó en la habitación hasta que Caetus tosió—. Bueno, será mejor que me marche. Tengo mucho que preparar.

El jefe de los Rapax asintió.

—Hazme saber si necesitas ayuda.

Caetus se puso firme y le saludó con gesto militar.

—A sus órdenes.

Los tres se rieron mientras el haddasu salía de la habitación, cerrando la puerta tras él.

—Le echaré de menos —Falco repitió.

—Pero regresará —indicó—. Somos su familia.

Este asintió y se aproximó a ella que seguía sentada en la silla.

—¿Por dónde íbamos?

Agachó la cabeza hasta ponerla a la altura de los ojos dorados y comprobó cómo su dueña sonreía.

—Por aquí... —Sus manos desabrocharon el cinturón que sujetaba el vaquero de Falco.

La boca masculina se cernió sobre la de ella, robándole un profundo beso.

Epílogo

Unos meses después...

La voz de su secretaria le avisó de que tenía una visita. Había desactivado la comunicación interna holográfica porque no quería que le interrumpieran y había activado la tradicional por si surgía alguna urgencia. Tenía mucho trabajo ese día y no podía permitirse distracciones. Apretó el botón del comunicador interno y contestó:

—Espero que sea alguna emergencia...

—Creo que podríamos discutir sobre ello. —Feles estaba ante él. Había abierto la puerta con sigilo y le observaba con una gran sonrisa.

Falco se rio.

—Te he dicho mil veces que entres sin avisar.

Ella se encogió de hombros.

—Tu secretaria estaba un pelín aburrida.

Se levantó de su asiento y se apoyó en la mesa, la misma que tenía en su antiguo despacho y que había hecho trasladarla al que ocupaba en esos momento.

—Ven aquí. —Movi6 las manos animándola para que se acercara.

Feles dejó su bolso en un sillón de orejas grandes, de color burdeos, y no dudó en ir al encuentro de su amado.

—Si tienes mucho trabajo...

Falco la besó silenciándola.

—Para ti siempre estoy disponible. —Le acarició la cara—. ¿Qué es eso tan urgente que querías contarme?

Ella le sonrió y llevó las manos masculinas hasta su barriga.

Falco la miró sin comprender por unos segundos hasta que de pronto...

—¿Estás embarazada?

La risa de Feles se lo confirmó.

Le dio un beso y agachó su cabeza hasta la tripa. Acercó su oreja y esperó.

—Todavía es muy pronto —le dijo mientras le acariciaba el cabello.

Miró la barriga y sonrió.

—Te vamos a cuidar —susurró—. Tienes una mamá muy fuerte que va a hacer de ti una gran persona.

Las lágrimas de Feles cubrieron su rostro.

—Y un papá que nos quiere mucho.

Falco la miró y le sonrió apartando el llanto de su rostro.

—Te amo.

Le besó y sonrió.

—Te amo.

FIN

Glosario de Nombres

- **Accipiter:** se llama así el padre de Ninox y de Falco. Antiguo jefe de la familia Rapax su significado proviene del Accipiter Nisus, como denominan al gavilán. Se le atribuye energía, voluntad, preeminencia, sublimidad y humildad.
- **Adipem:** nombre del dueño del único bar de Isla Babel, antiguo amigo de Accipiter. La palabra proviene del latín y significa gordo.
- **Babel:** se llama así a la isla artificial en la que Adipem regenta el bar. Es el punto habitable más lejano conocido por los ciudadanos de Nueva América, donde se abastece y se lleva a cabo contrabando de sustancias ilegales. Su nombre viene del mito de La Torre de Babel.
- **Bellatores:** parte de los habitantes que residen en Nueva Esparta, encargados de las expediciones a otras tierras o de las misiones más peligrosas. La palabra proviene del latín y significa guerreros.
- **Bellis:** es como se denomina a la margarita común o europea.
- **Caeli:** sede central de la Familia Rapax. Su nombre proviene del latín y significa Cielo.
- **Caetus:** en latín su significado es tiburón.
- **Carpe Diem:** expresión latina que literalmente significa «aprovecha el día».
- **Chrys:** proviene del nombre latín Chrysaetos utilizado para designar científicamente al Águila Real: Aquila Chrysaetos.
- **Cristatus:** es el nombre con el que he bautizado a una de las familias de Nueva América y proviene de Pavo Cristatus. Es el pavo real de la India y pavo real de pecho azul.
- **Crotalus:** significa serpiente de cascabel.
- **Delphin:** miembro del Gregem Su nombre proviene del latín delphinidae y significa delfinidos o delfines acuáticos.
- **Escualos:** proviene del latín y significa tiburón.
- **Falco:** hace referencia al género de aves falconiformes de la Familia Falconidae, cuyas especies son comúnmente conocidas como halcones, cernícalos o alcotanes.
- **Feles:** en latín su significado es gato o gata.
- **Gabriel:** mano derecha de Dios, su nombre significa hombre de Dios, mensajero de la vida y el que revela misterios.
- **Gazella:** significa gacela y es el nombre con el que he designado a una de las familias de Nueva América.
- **Gregem:** es el consejo de poder de los Rapax en el 2.070. Es una palabra latina y significa rebaño, bandada.
- **Haddasu:** en el 2.070 se llama así a la población que habita Nueva América. Su significado proviene del galés y significa modificado.
- **Hawk:** proviene del inglés cuyo significado es Halcón.
- **Hyperloop:** un medio de transporte de alta velocidad hipotético, propuesto por Elon Musk, inventor y fundador de SpaceX, en 2012. Me he permitido la licencia de modificar algunas de las ideas de lo que es en realidad este transporte.
- **Hyaena:** proviene del latín cuyo significado es Hiena.
- **Isatis:** zorro polar, zorro blanco es un pequeño cánido que habita en huras a lo largo y ancho de la tundra, generalmente en laderas.
- **Lepis:** proviene de la palabra Lepidoptera, compuesta por el griego «lepis» que significa

escama y «pteron» que es ala; significa mariposa.

- **Lupin:** me he permitido la licencia de modificar el nombre latino que significa lobo y que se escribe Canis Lupus.
- **Melli:** es la madre de Falco y Ninnox. Su nombre proviene de Mellisuga helenae que significa colibrí zunzuncito, pájaro mosca o elfo de las abejas.
- **Mesomelas:** miembro del Gregem, su nombre proviene del Canis mesomelas. Es el más agresivo y voraz de los chacales, conocido por atacar animales con varias veces su peso.
- **Ninnox:** proviene al unir los epítetos latinos Accipiter nisus (Gavilán) con Athene noctua (Lechuza o mochuelo), siendo su significado Lechuza Gavilana.
- **Nival:** nombre dado al Gran Sacerdote Nival. Su nombre proviene del búho nival, rapaz de gran tamaño y uno de los cazadores alados más poderosos de la tundra. Los mitos que hablan de estos búhos suelen ser duales, asociándolos con dos conceptos opuestos: ofrecer protección y ayuda en la oscuridad, mientras que otros lo consideran el mensajero de la muerte.
- **Nueva Esparta:** la Resistencia del año 2.070, contrarios a los nuevos ideales que imperan. El nombre utilizado ha sido por buscar la analogía con la histórica Esparta que luchó contra los persas y que a pesar de ser derrotados en la Batalla de las Termópilas supuso un triunfo moral que acrecentó el patriotismo griego, influyendo de cara a las futuras Guerras Médicas.
- **Pandora:** primera mujer creada por Zeus para introducir males en la vida de los hombres. Su nombre tiene dos significados contrapuestos: el regalo de todos o la que da todos.
- **Peter:** nombre en inglés cuyo significado es Pedro. Uno de los 12 apóstoles.
- **Picaza:** también conocida como Urraca común. Es una de las aves más inteligentes y se cree que es más inteligente que la gran mayoría de los animales. En esta ocasión, su uso es para dar nombre a un miembro del Gregem.
- **Rafael:** el Arcángel Rafael, protector de los viajeros, de la salud y del noviazgo. Curó la ceguera de Tobiat (Tobit 12:6, « – Biblia)
- **Rapax:** familia que crea y gobierna el mundo conocido del año 2070. Su nombre proviene del latín y significa Rapaz.
- **Rapaz:** 1. Grupo de aves que incluye los órdenes falconiformes y estrigiformes. Cazan presas para alimentarse, utilizando su pico y sus garras afiladas.
2. Inclinado al robo. Depredador.
- **Séneca:** el significado de su nombre es El Venerable Anciano.
- **Suidae:** nombre que he utilizado para designar a una de las familias de Nueva América. Con este término se hace referencia a los mamíferos artiodáctilos, entre los que se incluyen los cerdos domésticos, los jabalíes y sus parientes más cercanos.
- **Talpid:** me he permitido la licencia de acortar el nombre latino Talpidae, de donde provienen los tálpidos que significa topos.
- **Tinnun:** proviene de Falco Tinnunculus, y es un cernícalo vulgar. Los machos tienen un plumaje en la cabeza azul-grisácea.
- **Ursus:** una de las familias haddasu que existen en Nueva América. En latín significa oso, animales pertenecientes a la familia de los úrsidos que incluye osos negros, pardos y polares.
- **Vultur:** palabra que proviene del latín, siendo su significado Buitre.
- **Yunuén:** Nombre por el que se le conoce a Caetus en Nueva Esparta. Su significado es príncipe del agua, de la mitología Maya.

Agradecimientos

No puedo terminar esta novela sin agradecer a mi familia que esté a mi lado día a día. Gracias a ellos continúo en este mundo de locos que son las letras, aunque hay que reconocer que sus llamadas, tras acabar *Encrucijada*, me hicieron dudar si solo me querían para que acabara *Destino* o por ser su hija, hermana o sobrina.

Sin Juan no habrían nacido algunas escenas. Os puedo asegurar que su imaginación me supera, y sin mi hijo Gabriel no habría continuado escribiendo. Su insistencia para que escribiera, para que terminara la novela, me ha ayudado para ponerle el FIN tan deseado. Ahora, mirándolo en retrospectiva, creo que su interés estaba bastante sustentado en la idea de que si su mamá estaba libre, podía jugar con él.

Le adoro. Son mis ojos, mi vida.

No puedo olvidarme de mis amigas Nur, Annie, Mar, Elena y Soraya que con sus ánimos o sus silencios —ha sonado poco el teléfono en estos meses—, han conseguido que Falco por fin tuviera su historia.

Gracias a Alberto y a Soraya por insistir en hacer el mapa de este mundo fantástico que muestra un posible futuro. Gracias por dar imagen a mi realidad.

Mención especial a mis *coaches* personales, Moruena y Laura, pidiéndome todos los días su dosis diaria de capítulos. Por sus opiniones y sus críticas, por estar a mi lado escuchando los desvaríos de una loca que habla y sufre con sus personajes —lo que he sufrido.

Gracias a Ediciones Kiwi por querer publicar esta segunda novela, por confiar de nuevo en mis historias, por creer en mí.

Y por último pero no por ello menos importante, puedo olvidarme de vosotros, los lectores. No sabéis lo que he disfrutado leyendo vuestras reseñas u opiniones. Saber que queríais descubrir más de este mundo y sus personajes, de que deseabais mi muerte tras el final de la historia de Gabriel y Ninnox —reconozco que soy algo malvada—. Aunque parezca extraño vuestras palabras me ayudaron para regresar a las teclas, a escribir, porque había que contar la historia de Falco...

Espero que haya cumplido vuestras expectativas y que hayáis disfrutado con esta aventura. Para mí lo más importante.

Gracias por acompañarme con cada nuevo libro.

Nos leemos.

Table of Contents

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Glosario de Nombres](#)

Agradecimientos